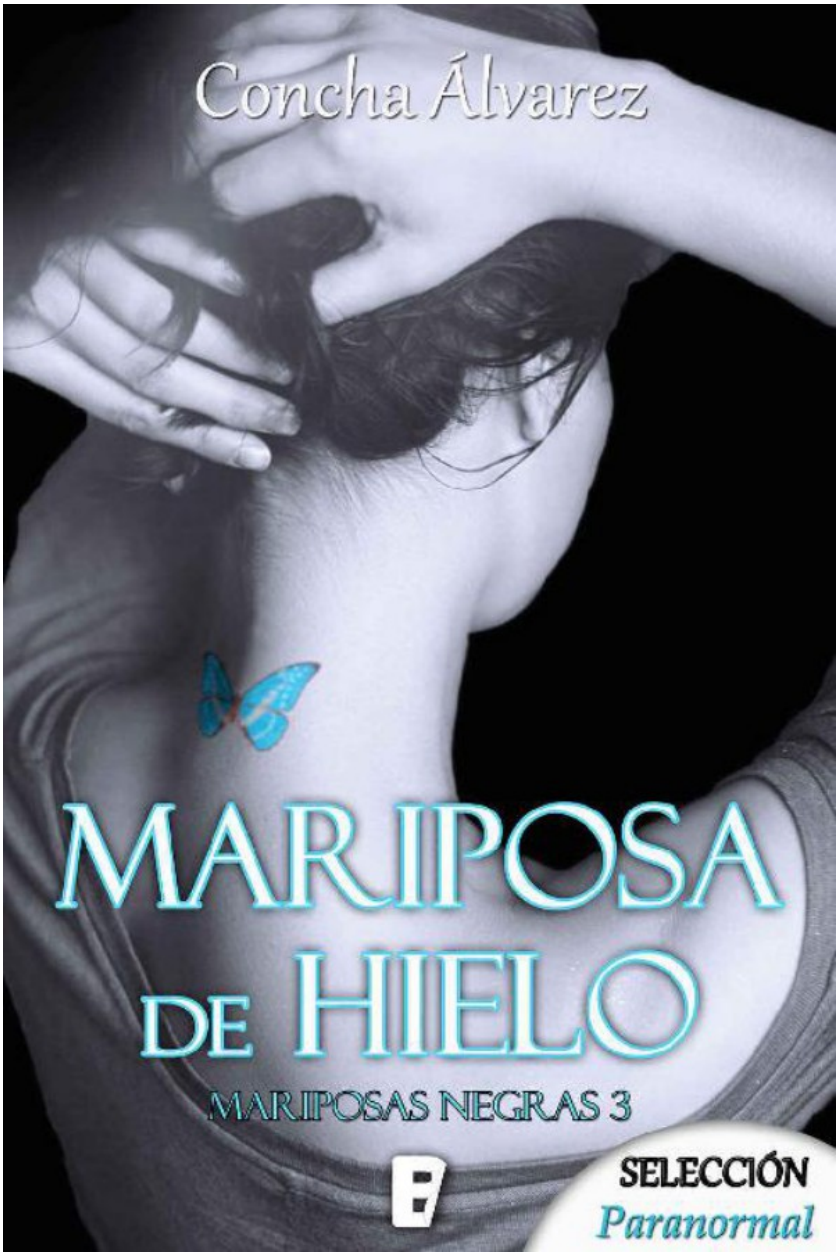
Concha Álvarez
MARIPOSA DE HIELO
MARIPOSAS NEGRAS 3
SELECCIÓN
Paranormal

Mariposa de hielo
Tercer Libro de los Caídos

Concha Álvarez

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2018, Concha Álvarez

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN: 978-84-9195-030-1

Composición digital: leerendigital.com

Sinopsis

Siempre ha tenido un don especial: dominar la voluntad de los hombres. Dicha cualidad le ha llevado a convertirse en la mejor ladrona de obras de arte de toda Europa. Cuando su socio aparece muerto, comprenderá que ha robado a la persona equivocada y se verá en la obligación de huir de París. Sin embargo, nunca ha sido demasiado ahorrativa. Necesita encontrar a un incauto al que pueda desplumar para vivir durante un tiempo sin llamar la atención. Piensa que lo ha encontrado en el club que frecuenta al ver a un motero, pero desconoce que se trata de Lucien de Chevalier, un ángel caído que ha recibido la orden de capturar a una cazadora de almas.

A Irene, Araceli, Paz y Luisa

Prólogo

Las cazadoras de almas serán entregadas por los ángeles a sus superiores, en caso contrario, se considerará traición. Libro III, Capítulo 2 vers. 3.

Desde que recordaba, Lucien había cuidado de sus hermanos y, ahora, debía alejarse de ellos. A veces, la felicidad lo embargaba al saber que ambos tendrían una vida plena y satisfactoria al lado de las personas que amaban. Sin embargo, en otras ocasiones, albergaba en su corazón un resentimiento hacia ese nuevo mundo al que ya no pertenecía. Además, don Ángelo lo sometía a una espera sin fin, en pago por la salvación de Gerard. En esos momentos de sentimientos encontrados invertía el tiempo en desarmar motores de motocicletas. Se limpió las manos manchadas de grasa en un trapo que lanzó a los pies de la sombra.

—¿Qué haces aquí?

Le alivió la idea de que hubiera llegado el día de ajustar cuentas con el viejo. A Lucien no le gustaba arrastrar asuntos pendientes y, menos aún, con un bastardo de la categoría del rey de las sombras.

—Don Ángelo quiere verte —respondió el mensajero.

Lucien estudió la postura tensa del perdido y sus ganas de pelear. Evaluó las posibilidades de ganar y concluyó que no lo vencería con facilidad, apostaría un milenio a que esa marioneta infernal lo había visitado en compañía de unos cuantos amigos. El ángel, sin dejar de vigilar a la sombra, se vistió con otra ropa limpia que sacó de una taquilla metálica.

—No lo hagamos esperar.

Obedeció el mandato de don Ángelo, cumpliría lo que le pidiera,

aunque no le agradara. Nunca jugaría con las vidas de Denis y Gerard.

Dos segundos más tarde, contemplaba la plaza de San Marcos. El lugar preferido del viejo, donde se dedicaba a su entretenimiento favorito. Escogía una paloma que sobrevolaba la turística plaza, la apuntaba con uno de los dedos y esta se lanzaba en un vuelo suicida hacia el suelo. Al verla morir, dibujaba una sonrisa pícara, como un niño ante una travesura sin importancia, mientras bebía un capuchino y elegía otra ave inocente.

—Me alegra verte, hace mucho que no me visitas —dijo igual que si fueran viejos amigos.

—He estado ocupado —mintió.

—Cierto y apestas a gasolina, querido niño —afirmó, y sus ojos mostraron una ironía que provocó que el caído frunciera el ceño.

A Lucien le disgustó que ese bastardo lo vigilara. Guardó silencio hasta que el camarero colocó sobre la mesa un capuchino y se retiró a servir a otros clientes. Tomó la taza y la retiró con desdén a un lado. El perdido sonrió al ver la arrogancia de ese muchacho. Se reconocía en él.

—¿Qué es lo que quiere?

—Tener una charla con un amigo.

—No somos amigos, así que no perdamos el tiempo.

—Tiempo es lo que nos sobra, querido niño.

Lucien estaba a punto de perder la paciencia. Don Ángelo poseía una mentalidad retorcida, incapaz de tolerar que un caído se sublevara sin tomar medidas contundentes. Observó a una de las aves y se dispuso a realizar el mismo juego, pero Lucien lo sujetó de la muñeca.

—Dígame por qué me ha hecho venir o me largo ahora mismo.

El arcángel oscuro se soltó del agarre de Lucien. Luego, lo inmovilizó con una gélida mirada.

—No consiento los malos modales. —Un fulgor rojizo apareció un instante en los ojos de don Ángelo. Con un leve aleteo de los dedos, sin rozarlo, oprimió con una fuerza invisible el cuello de Lucien. Durante unos segundos, el joven creyó que moriría en aquella plaza veneciana—. Vamos, no luches contra mí —le pidió soltándolo—. No puedes vencer. Tan solo quiero que busques a alguien.

—¿Quién es? —consiguió pronunciar, aunque su voz le sonó ronca.

—La mujer de la fotografía que te entregué. Se llama Cinthia, poco se sabe de ella, salvo que es una estafadora y…

—Y… —dijo Lucien ante el repentino silencio y desconfianza del viejo perdido.

—Una cazadora de almas.

—¿Está seguro? Ese linaje se extinguió hace varios eones.

—Hasta que nació ella.

Lucien no daba por cierta la historia, si bien no discutiría con el rey de las sombras. Le entregaría a esa mujer o bruja, de ese modo, cumpliría con su trato y jamás volvería a ver al viejo.

—¿Lo sabe?

—Ignora qué es y desconoce de nuestra existencia.

—¿Cómo ha dado con ella?

—Es una larga historia.

—No pienso correr el riesgo, si no me cuenta todo lo que sabe —mintió.

Don Ángelo evaluó al caído, cualquiera que poseyera a una cazadora vencería la batalla entre el cielo y el infierno. Los mortales, con su falta de humanidad, viajaban al infierno sin necesidad de corromperlos. Pero no era tan ingenuo, en manos de los ángeles, rompería el equilibrio entre las distintas fuerzas y se negaba a convertirse en el botones de ese hotel que era el Paraíso y el Averno.

—Es mi hija… —reconoció al fin.

—¿Cómo es posible?

—Por favor, mi querido niño, no pretenderás que te explique el cuento de las abejitas y las flores. —Lucien lo miró con intención de destrozarlo, en cambio, él reanudó su relato—. No es ninguna leyenda —explicó—. Las cazadoras de almas nunca mueren, solo agotan sus años mortales. Se reencarnan en nuevas vidas sin recordar las anteriores. Si alguna de ellas lo hiciera, perdería el don de cazar almas y se transformaría en una simple mortal.

—¿Quién sabe de su existencia?

—No estoy seguro…

—Si quiere que lo ayude, debe ser sincero —exigió Lucien al interpretar que le mentía.

Don Ángelo fijó los ojos en los del ángel. Dudó si poner en manos de ese muchacho la seguridad de su hija e incluso la de su propio reino. Lo tranquilizó comprobar que en su interior albergaba cansancio y soledad; carecía de ambición.

—Rafael la busca.

Todos conocían la crueldad del sustituto de Gabriel. Rafael no descansaría hasta que diera con ella, pero no se acobardó ante las palabras de la sombra. Todo lo contrario, sin saberlo le había dado

la oportunidad de vengarse, tenían una cuenta pendiente. Por supuesto, sus dificultades aumentarían, si Rafael descubría que esa joven era la hija de don Ángelo. El arcángel la mataría con el único propósito de dañar a su enemigo. Se removió en la silla, porque la cicatriz de su pecho palpitó al revivir el recuerdo de cómo y quién lo hirió.

—¿Cuándo la encuentre qué hará con ella?

—Eso no te concierne —dijo con voz dura—. Tú solo tráela y recuerda que su voz es ambrosía a los oídos de un ser que en algún momento fue celestial. Algunos dicen que causa enajenación en un ángel, locura a un caído; mientras que a una sombra la vuelve inestable y peligrosa.

—¿Cómo puedo evitar la locura?

—No permitas que te toque o dominará tu voluntad, ¿entendido?

Lucien asintió y miró la fotografía una vez más. Era una muchacha sin un atractivo especial. Poseía unos ojos pardos y vivarachos endurecidos por las duras vivencias que había padecido en los últimos años. Su pelo castaño y largo disimulaba un rostro desigual. Su constitución distaba de ser perfecta; de corta estatura, costaba imaginar que fuera hija del corpulento rey de las sombras. Le resultaba difícil de admitir, y menos entender, que esa chica de aspecto anodino fuera un monstruo tan temible como una cazadora de almas.

1

Canto de sirena

Un consejo, señor, no se acerque nunca al lago... Y sobre todo, tápese los oídos si oye cantar la voz bajo el agua... la voz de la sirena.
Gastón Leroux

Durante toda la noche Cinthia buscó información sobre un nuevo objetivo; las consecuencias: ojos irritados y dolor de cuello. *Marnie la Ladrona,* como la apodaban en los círculos policiales, apagó el portátil sin esperar las indicaciones oportunas ni hacer una copia de seguridad.

La joven alzó los brazos sobre la cabeza y estiró la espalda, al tiempo que reflexionaba sobre el inspector Dubois. El policía, un cinéfilo obsesionado con antiguas películas, llevaba su caso. Cruzó las piernas en una postura oriental, mientras escuchaba el sonido de la lluvia estrellarse contra los cristales de las ventanas.

Hacía dos meses de su último golpe, y el *hacker* con el que trabajaba se negaba a meterse con un pez de la categoría de Petrov; el empresario multimillonario ruso había establecido su residencia en París. Poco se sabía de su víctima, salvo que poseía un Huevo de Fabergé valorado en noventa millones de dólares.

El sonido estridente del teléfono la devolvió a la realidad. Descolgó sin fijarse en quién la llamaba.

—Soy yo —respondió una impaciente voz masculina.

—Te he dicho muchas veces que no me llames si no es necesario. La policía…

—Olvida a la policía —la interrumpió con premura—. Estamos en un problema. —Cinthia descruzó las piernas y se sentó erguida en la silla—. Nuestro último golpe… el tipo… —vaciló en continuar

—: … ha puesto precio a tu cabeza.

Desconfió de la absurda historia del *hacker*. Normalmente, sus víctimas preferían olvidar el robo, cobraban el seguro y después optaban por ignorar que las había engañado una muchacha sin atractivo que ejercía sobre ellos una inexplicable fascinación. Excepto el empresario francés, ninguna de sus víctimas se había tomado tan mal los robos. Además, se trataba de un simple Monet que en el mercado negro obtendría un tercio del valor. Desde luego, Jacob Bergue nunca aceptaría que una mujer como ella le hubiera robado su pequeño cuadro. Suponía que su ego y masculinidad se veían en entredicho ante tal hecho.

—No te preocupes tanto, nadie va…

—¡Lo dejo! No quiero más problemas —gritó—. Bergue es peligroso, muy peligroso —le recordó.

—¿Qué te preocupa tanto?

Ahora era uno de esos momentos en los que hubiera querido conocer al chico. Sin contacto físico no funcionaba el «superpoder». Desde niña, sometía la voluntad de los hombres con un simple roce de sus manos y unas cuantas palabras susurradas al oído, pero para ello, primero debía tocarlos.

—No te entregará a la pasma. —El silencio se hizo al otro lado la línea, tras un instante dijo—: Quiere meterte una bala en la cabeza. —Colgó sin despedirse.

Cinthia tomó consciencia de la magnitud de las palabras del *hacker*. También que debía olvidar al ruso, pero sus números bancarios exhibían un llamativo color rojo.

Esa noche iría de caza a uno de los locales de moda. Quizá diera con algún pardillo que hablara de alguna herencia familiar: un cuadro o una joya con la que comprar un billete a Estados Unidos. El Monet sería su seguro de vida.

Guardó el portátil y se dirigió al baño. No se tomaba demasiadas molestias en arreglarse. Su extraño don le daba la posibilidad de atraer al sexo masculino sin necesidad de usar faldas cortas, escotes generosos o perfumes caros. De todos modos, se vistió con unos vaqueros descoloridos, unos tacones rojos, un top de lentejuelas y se encaminó al local de moda de París. En la barra, pidió una copa y buscó a su posible víctima. Entonces, dio con un tipo que llamó su atención. Vestía con una cazadora de piel con un dibujo satánico. Debía haber sobornado al portero para que lo dejara pasar con esas pintas. Se apoyaba en la barra, ajeno a un grupo de estudiantes universitarias que lo señalaban lanzándole sonrisas sensuales. Cinthia se fijó en un enorme sello de oro en uno de los dedos de su

mano izquierda. De un vistazo, apreció su valor. Se situó en la otra esquina de la barra, alejada de él y buscó información en el móvil sobre la joya. Los datos que obtuvo eran escasos: pertenecía a la aristocrática y renombrada familia Chevalier y su valor en el mercado superaba el millón de euros.

El motero ojeaba entre los clientes como si escudriñara con la mirada, sin embargo, daba la impresión de desear largarse de allí cuanto antes. Tras observar la falta de interés por las estudiantes, llamó al camarero.

—Ves al tipo de la cazadora, el que viste de ángel del infierno.

El barman torció los labios en un gesto de asentimiento por la comparación con el mítico grupo americano.

—¿El rubio?

—Ese —confirmó—. Ponle tu mejor bebida.

El camarero le sirvió un vodka y la señaló. El caído siguió la indicación del dedo del barman dispuesto a disuadir a la humana que se hubiera fijado en él. Si no encontraba a la cazadora, aceptaría la invitación y se alimentaría de la energía de la mortal. Entonces, reconoció a la cazadora al otro lado de la barra. Una sonrisa curvó sus labios dándole a su rostro una apariencia siniestra, pocas veces sonreía, su trabajo no le concedía dichas oportunidades, pero había tardado una semana en rastrear alguna pista de la hija del viejo. Reconoció que la muchacha escondía bien sus huellas, aunque tras pedir varios favores obtuvo algún indicio dónde buscar.

Por su parte, Cinthia observó complacida al ángel del infierno aproximarse a su telaraña. Su posible víctima poseía el cabello rubio, con tonalidades doradas y algunas cobrizas. Al sujetarlo en una coleta baja tras la nuca, le otorgaba más la imagen de un caballero de siglos pasados que un integrante de una banda de carretera. Al llegar a su lado, la miró con unos descarados ojos azules que la evaluaron de arriba abajo sin pudor y con insolencia. Cinthia sacó pecho y alzó el mentón, su actitud suscitó una sonrisa en su víctima que molestó a la joven.

—¿Cómo te llamas?

—Lucien. Gracias por la copa.

Cinthia intentó, sin conseguirlo, rozar su brazo. Necesitaba posar su mano unos minutos sobre él para someterlo a su voluntad.

—De nada, soy Cinthia. —Se acercó a él para besar sus mejillas y, de nuevo, se retiró un paso como si danzaran un antiguo baile. Pensó que si lo llevaba hasta la pista contaría con una oportunidad de tocarlo, así que le sugirió—: ¿Te gustaría bailar?

—Prefiero beber —afirmó, manteniéndose siempre apartado de

ella.

Cansada de perder el tiempo, juzgó que pasaría al plan B. En un juego de manos, digno de un prestidigitador, echó un narcótico en su bebida.

Unos minutos más tarde, la música martilleaba el cerebro de Lucien, mientras que observaba el rostro de la bruja cubierto por una densa niebla. Se restregó los ojos para despejarse.

—No sé qué me pasa… —apenas podía pronunciar con claridad las palabras.

Cinthia aprovechó esos minutos para tocarlo. Entonces, Lucien se enardeció de fuego al escuchar la voz de la cazadora susurrarle al oído palabras empalagosas. En realidad, le pidió la dirección de su casa, pero su antigua alma celestial escuchó en su lugar un canto de sirena.

Cinthia consiguió meterlo en un taxi sin perder la ropa en el camino. La dirección era la de un hotel de tercera, el Forêt. La decoración hacía gala con su nombre, el verde predominaba en todas las tonalidades posibles de imaginar. La joven registró los bolsillos de su cazadora y encontró la llave de su habitación. Mientras tanto, Lucien la miraba con una fascinación bobalicona. Hasta ese día, sus víctimas se limitaban a sonreír, obedecer sus peticiones y nada más. Pero el dueño del sello con rubí quería besarla con una insistencia férrea sin que la droga lo hubiera dormido por completo. Logró abrir la puerta, tumbarlo en la cama al tiempo que las manos del motero tocaban ciertas partes de su anatomía que lejos de desagradarle le causaban una gran satisfacción. Cumplía con la premisa de no complicarse afectivamente con sus víctimas y nunca la había tentado vivir una aventura con ninguna. Su «superpoder» suponía un problema en muchos aspectos de su vida; también en el terreno sexual. La sensación de que su compañero de cama no la deseara realmente, sino por ese maldito don que la convertía en un monstruo, la alejaba de cualquier experiencia amorosa, aunque no era ajena al deseo sexual. Admirar su cuerpo musculoso supuso una experiencia gratificante hasta el punto de fantasear con la idea de besarlo.

—¡Dios! Tenían razón… —balbuceó Lucien.

Al caído se le cerró la garganta, incluso su percepción de la realidad era confusa. Quiso incorporarse y un terrible mareo lo postró en la cama. Sus recuerdos incluían un par de vodkas y esa cantidad de alcohol jamás lo aturdiría para perder el control sobre sí mismo. La sonrisa victoriosa de la cazadora lo ayudó a comprender qué sucedía.

—¿Me has drogado? —preguntó sin poder enfadarse.

—No digas tonterías.

La bruja acarició su rostro, el leve contacto arrasó la voluntad de Lucien y lo dominó por completo.

—Mi sirena… —dijo con voz enronquecida por la emoción a punto de perder la consciencia.

Cinthia se apoyó un momento en la pared y observó a su particular ángel del infierno tumbado en la cama. En el camino hasta allí, el motero había perdido la camiseta y casi los pantalones. No logró su objetivo y, en un acto de pura compasión, ella se los quitó. Decidida a ayudarlo de nuevo, lo liberó de los bóxers. Antes de taparlo con la sábana, se dijo: «Chica, disfruta del espectáculo».

Un duro despertar

La vida es un sueño, el despertar es lo que nos mata.
Virginia Woolf

La luz atravesó la ventana del cuarto del hotel e iluminó el rostro de Lucien. El caído sentía un cansancio inusual que le restaba la voluntad de levantarse de la cama. Todo gracias a la droga que había ingerido. Los recuerdos, referentes a la noche anterior, lo golpearon con nitidez. Abrió los ojos, frunció el ceño y maldijo en todos los idiomas mortales y divinos a ese ser maligno que lo engañó como a un imbécil. Quiso incorporarse, pero lo había esposado a los barrotes de la cama, aunque la indignación aumentó al descubrir su desnudez. De un tirón rompió el cabecero y se asomó por la ventana; su Harley seguía en el aparcamiento del hotel. Si esa arpía se la hubiera robado, no tendría piedad el día que le pusiera las manos encima. No se acordaba de cómo lo esposó y, sobre todo, cómo terminó sin sus pantalones. Él, un caído, un ángel por vocación, un guerrero de Dios, había rogado a un engendro diabólico que lo amara. Entonces, vinieron a su mente retazos de unos momentos que le causaban un terrible bochorno.

«—¡Dios! Eres preciosa…».

La atrajo hacia él, sin reparar en las veces que lo empujaba rechazando su contacto.

«—Claro, lo que tú digas. Ahora, estate quieto, lo pasaremos bien, no te preocupes y déjame a mí».

Le respondió ella a la vez que le alzaba los brazos. No olvidaría jamás que su voz era pura ambrosía. En ese momento nada le importaba, excepto sentir su aniñado cuerpo junto al suyo.

«—Cinthia…».

Susurró con tanta pasión que sintió cómo la rabia dominaba todo su cuerpo.

«—Cariño, vamos a divertirnos».

Fue lo último que la oyó decir. Un instante más tarde, escuchó un sonido metálico; después, solo oscuridad.

Creía que él era quién la había localizado, por lo visto se equivocaba, ella lo cazó hasta el punto de adueñarse del sello Chevalier; la joya aún lo mantenía con un hilo invisible unido a sus hermanos.

Entró en el baño, y su enfado se incrementó al ver la despedida que la bruja había escrito con una barra de pintalabios en el espejo: «Cariño, gracias por tu regalo».

El caído no era el único que ideaba una manera de cazar a esa muchacha. Al mediodía, en la comisaría de la Prefectura de la Policía de París, la mitad de los oficiales se disponían a comer en un restaurante cercano. Germán, el oficial encargado de investigar los delitos de obras de arte, acabó su *baguette* de queso, pavo y lechuga con regusto a plástico revisando las notas sobre el caso. Se limpió la boca y hojeó los papeles que repasaba.

—¿Aún sospechas de que la tal Marnie es la responsable de los robos? —preguntó un norteño llamado Donatien, casado con una parisina cosmopolita que por mucho que se afanara en refinarlo no lo conseguiría nunca.

—Necesito ocupar mi tiempo libre…

—Si el comisario te pilla, te ganarás una bronca —lo interrumpió, sentándose en la mesa—. Hay otros casos que resolver —dijo, y señaló con uno de los dedos, con un claro desprecio, a los papeles—, este es uno de tantos. Amigo, no es bueno obsesionarse con el trabajo —terminó por decir mientras se metía en la boca una loncha de jamón que Germán había retirado de su bocadillo.

—No va a enterarse, ¿verdad?

Su compañero alzó los hombros en señal de aceptación y comió otra loncha sin decir una palabra más.

—Apostaría mi paga de un mes a que nuestra Marnie se ha metido en un lío —dijo Germán.

—¿Por qué?

—El tipo de su último trabajo no es un don nadie.

—¿Quién es?

—Bergue.

—¿Nuestro Bergue?

Donatien se golpeó el pecho para evitar atragantarse.

—Exacto.

—No son las mejores compañías para una dama —bromeó, después con la cara muy seria, añadió—: Bergue no se anda con minucias si lo despluman. El comisario lleva años tras él, pero es un cabrón listo. Ese tipo me da escalofríos, es peligroso y no le perdonará a esa chica que se la haya jugado. Por cierto, ¿qué le quitó Marnie?

—Un Monet.

—¡Joder!, eso debe de doler —dijo con una sonrisa complacida Donatien—. Tu Marnie aparecerá tarde o temprano flotando en el Sena.

Germán cerró el dosier. El caso *Louvre*, como llamaban a los delitos perpetuados por esa mujer, era un aguijón clavado en su expediente. Poco se sabía de ella, salvo que no usaba la violencia y las víctimas entregaban los objetos sin oposición. Germán barajaba la posibilidad de una droga que anulara la voluntad, sin embargo, en las víctimas no descubrieron trazas de sustancias con tal efecto. Quizá la droga desaparecía de la sangre con el paso de las horas. Fuera como fuese alguien más la buscaba.

En cierta forma admiraba su inteligencia. Robaba a gente cuya riqueza la habían obtenido manchándose las manos con el trabajo y la sangre de inocentes; ese comportamiento le arrancaba su simpatía. Algunos ciudadanos la catalogarían de *Robin Hood* moderna, sin su esencia, ya que no donaba el dinero a ningún indigente. Si bien aspiraba a atraparla, no quería que formara parte de la lista de autopsias en el depósito de cadáveres.

Camino de la comisaria, se preguntó qué haría Marnie. Quizá observara como él a un grupo de soldados armados, en previsión de un atentado terrorista, o a los turistas, incluso, al ruidoso tráfico de París.

Al otro lado de la Ciudad del Amor, Jacob contemplaba esa urbe, repleta de extranjeros que constituía un escondite perfecto donde desaparecer. Las vistas de la Torre Eiffel y los Campos de Marte alegrarían el humor de cualquiera menos el suyo. Anudó, con ímpetu, el cinturón de la bata de grueso algodón americano y se dispuso a tomar el desayuno. Entretanto, su secretario permanecía de pie a la espera de recibir órdenes. El empresario saboreó el café en una delicada taza de la mejor porcelana inglesa y dijo:

—¿Alguna noticia de ella?

—No, señor. Aunque creemos que se ha marchado de París.

Bergue confiaba en hallar una explicación al hecho de que una zorra, a la que casi no recordaba, lo sedujera con tal habilidad que

le regalara su Monet. El cuadro carecía de transcendencia, ni siquiera entendía de arte. Tan solo lo adquirió por la posición que poseerlo le proporcionaba, en realidad, podía destruirlo. Sin embargo, le irritaba que averiguaran cómo lo habían timado.

—Aumenta la cantidad, quiero saber con quién trabaja.

—Sí, señor —respondió el secretario.

Jacob cumpliría pronto los cuarenta años, practicaba deporte asiduamente, tomaba alimentos saludables y vestía de las mejores sastrerías. No siempre fue así. Aún se acordaba de sus zapatillas desgastadas, el sabor salado y concentrado de las sopas de sobre y las facturas por pagar. El olor a desesperación, impotencia y pobreza de esa casa destartalada en la que creció y donde todo era postizo. Había logrado llegar a la cima y nada de lo que poseía era ficticio. Las rubias eran auténticas, las comidas naturales y los cuadros originales. Juró que nunca se rodearía de falsificaciones.

—No siempre fue así —repitió en voz alta. Luego, relegó sus recuerdos en pos de sus pensamientos—. Da igual dónde te escondas, pagarás caro el haberme robado.

Cinthia jamás se habría apoderado del Monet si hubiera sospechado las consecuencias. La joven volvía la cabeza una y otra vez tras su espalda. El miedo la hacía imaginar que cada persona con la que se cruzaba era un sicario con la orden de matarla. Frunció el ceño, enfadada; odiaba portarse de forma tan paranoica. Inconscientemente, tocó la cadena de la que colgaba el sello de los Chevalier. Apreció el roce frío y, al mismo tiempo, ardiente de la joya entre sus senos. Al menos, contaba con el anillo. Trabajaba con un anticuario en el barrio de Marais que no preguntaba sobre la procedencia del material. No le regatearía, se conformaba con lo suficiente para comprar un billete de avión que la sacara cuanto antes de París. Hasta ahora no había decidido adónde ir. Italia era una opción: turistas con los que mezclarse, piezas de arte con las que traficar y una ciudad soleada. Sí, Roma era un buen lugar en el que ocultarse de Bergue y sus esbirros. Se ciñó el cinturón del abrigo negro y pasó al local.

—¿Qué desea? —preguntó un anciano al que le cambió la cara al ver de quién se trataba—. ¿Por qué has venido aquí? ¿Quieres comprometerme?

—No sé a qué te refieres.

—Todos te andan buscando. —El dueño, un anciano gordo y con papada, se apresuró a cerrar la tienda—. La policía, los matones de Bergue…

—Tengo esto —dijo Cinthia, y acalló sus protestas.

La avaricia pudo más que la precaución y el anticuario se abalanzó encima del rubí como un ave rapaz sobre una presa. Se colocó la lupa de ojo y comprobó su calidad.

—¡Es magnífico! —dijo entusiasmado—. Puedo darte setenta mil.

—¡No me tomes por imbécil! —Valía cuatro veces más, pero con el doble se conformaba—. Necesito ciento cuarenta mil ni un euro menos.

El viejo se quitó la lupa y la miró fijamente, en sus ojos se reflejaba un auténtico temor. Esa muchacha siempre le había llevado piezas de calidad y fáciles de colocar, cierta compasión lo invadió al advertir su miedo, atónito, se regañó. Si actuaba como un buen samaritano, su negocio acabaría en la ruina. Los problemas de la chica le eran indiferentes hasta que la mano de Cinthia se posó en su hombro, entonces, escuchó una voz tan seductora que le alegró el corazón.

—Está bien, ciento cuarenta mil es un precio justo —se oyó decir.

Negó con la cabeza sus propias palabras, pero abrió la caja fuerte y le pagó la cantidad a la joven.

—Ha sido un placer negociar contigo —dijo ella, guardando los billetes en el bolso—, sin embargo, me lo quedo. —Señaló el anillo.

Por primera vez, rompía su palabra. Si un anticuario compraba uno de sus objetos, lo vendía sin utilizar su «superpoder». En esta ocasión era diferente. El sello la atraía tanto cómo lo había hecho su dueño. La excitación se apoderó de ella al evocar su cálida piel; también, la vergüenza ante su comportamiento en el hotel.

Cinthia regresó a la realidad cuando el anticuario colocó el anillo en una caja. Dos segundos más tarde, salió de la tienda con una única idea: huir de París.

Cariño, de nuevo nos encontramos

A veces las cosas que has perdido se pueden encontrar de nuevo en lugares inesperados.
Daniel Handler

Germán buscó en la mesilla de noche el móvil que sonaba con una estridente música electrónica. Al reconocer la voz de Donatien, se restregó los ojos.

—Han encontrado un cuerpo en…

—¿Es el de Marnie? —interrumpió a su compañero.

—¡Joder! ¡Qué obsesión tienes con esa tía! Si no trabajara contigo desde hace diez años, pensaría que te pone.

—¡No me jodas, Donatien! —dijo sin evitar que su voz sonara arisca.

Germán se vistió deprisa con unos vaqueros y un jersey de lana.

—No es tu chica, pero mi olfato me dice que tiene que ver con ella.

—Voy enseguida —contestó más calmado, mientras buscaba los zapatos.

Esa mañana, París amaneció envuelto en una espesa y húmeda niebla. Una llovizna intensa le otorgaba a los viejos edificios parisinos un aspecto gótico y fantasmal. El inspector metió las manos en los bolsillos de su abrigo y, durante un par de minutos, contempló el cordón policial que aseguraba que sus compañeros trabajaran sin complicaciones.

Habían hallado un cadáver cerca del Puente del Alma, en realidad, fue uno de los *Bateaux* que recorrían el río por la noche; aquel desgraciado se enredó con el motor. Las consecuencias fueron

un par de turistas histéricos, un *Bateaux* que entorpecía el tráfico de barcos en el Sena y la asistencia de la policía.

—¿Se ha identificado ya?

Varios policías acordonaban la zona de embarque, donde yacía el cadáver. A pesar de los destrozos que el motor ocasionó en la víctima, el rostro había quedado intacto.

—Es un estudiante de Erasmus, su documentación es española. El joven aprendía algo más que el francés. —Alzó la ceja a la espera de que Donatien finalizara de contarle lo que sabía—. También poseía antecedentes como *hacker*.

—¿Habéis dado con su móvil?

—Reza para que no esté dañado por el agua.

Germán se agachó y estudió las quemaduras en el rostro y las plantas de los pies.

—Lo torturaron.

—Eso parece. —A Donatien la visión de un cadáver destrozado no le quitaba el apetito—. Te invito a desayunar.

Germán asintió, hasta que los forenses y la científica concluyeran con su trabajo, poco podía hacer, aunque su instinto le decía que esa muerte estaba relacionada con su caso.

Desde uno de los puentes, Lucien se mezcló entre el resto de curiosos que observaban el macabro espectáculo. Antes, visitó a la mitad de los anticuarios de la ciudad. Al fin, dos días más tarde, localizó al anticuario del que obtuvo ciento cuarenta mil euros y su anillo. El comerciante sospechaba que la muchacha lo había drogado. Por supuesto, Lucien había probado dicha droga; solo era pura seducción. Tras leer la mente del anticuario, consiguió un nombre: el del estudiante español, pero había llegado demasiado tarde. De nuevo, las circunstancias lo alejaban de la cazadora. Leyó la mente de los policías por si alguno disponía de información. Uno de ellos presumía que el cadáver se vinculaba con *Marnie la Ladrona*, como llamaban a Cinthia. También que la víctima, un estudiante de Erasmus, vivía en el campus universitario.

El caído se retiró del grupo de curiosos, se encaminó a una de las calles cercanas y menos concurridas para adentrarse en el portal de uno de los edificios antiguos. En lo que dura un parpadeo, se presentó en el apartamento universitario alquilado por el socio de la chica. Rebuscó entre sus cosas, sin encontrar nada que le llamara especialmente la curiosidad. Ese ladronzuelo se creía inmune a otros piratas, pero a Lucien le entretenía superar retos informáticos y no le costó descifrar las contraseñas de los archivos concernientes a Cinthia, clasificada con el archivo «Cliente 23». De nadie más

podía ser el informe del Huevo de Fabergé. El resto de archivos y clientes hablaban de cuestiones económicas o infidelidades. También descubrió un archivo sobre el Monet que había robado a un tal Bergue. Otra de las carpetas mostraba la fotografía de la víctima. Un tipo, con el rostro marcado por cicatrices de acné, rodeado con un gran rótulo en amarillo en el que ponía «Peligroso». Fisgoneó un poco más y tropezó con un correo electrónico dirigido al Cliente 23 en el cual le deseaba buen viaje y unas palabras que despertaron su atención: «A Dios no debes robarle».

Muchos países practicaban la confesión católica, aunque en uno, Dios desplegaba la máxima representación: Roma. Sonrió al pensar que su presa se acercaba al matadero. Debía hablar con don Ángelo, le alegraría saber que la hija pródiga regresaba junto a su padre y, además, por propia voluntad.

Cinthia jamás conoció a sus progenitores y tampoco hubiera imaginado que el destino la conducía a uno de ellos después de tantos años. La joven se puso unas enormes gafas de sol al salir del aeropuerto de Leonardo da Vinci. Los turistas ocupaban las instalaciones aeroportuarias como un ejército invasor. Subir a un taxi supondría una tarea ardua y complicada. No permanecería bajo un sol de justicia en aquella fila de viajeros, gritones y cargados de equipaje, más tiempo del necesario. Se aproximó al alemán que ocupaba el primer lugar, rozó su hombro y le susurró unas palabras.

—Señorita —dijo el turista en un inglés marcado por su país de origen—, puede tomar el taxi, yo me pondré en su sitio.

—Muchas gracias, es usted muy amable.

Se montó en el taxi, mientras oía los gritos de la esposa del caballero alemán.

—*Signorina,* ¿dónde vamos?

—Al Hotel Concordia.

—¡Ah! Buen sitio, *signorina.*

Cinthia ratificó con un gesto de cabeza las palabras del taxista. Sin entablar conversación, se concentró en observar la ciudad en el trayecto al hotel, sin advertir que un ángel del infierno la seguía con una Harley.

Esa mañana, Lucien había leído las mentes del personal que se dedicaba al embarque en el principal aeropuerto de París, al fin dio con una empleada que se acordaba de un nombre: Cinthia, al igual que el destino de la pasajera, averiguar el vuelo fue una tarea sencilla. La ventaja de ser un caído era que aparecías y desaparecías en una ciudad sin necesidad de un billete de avión. Alquiló una Harley, sin la categoría de la suya, pero le bastaría por el momento.

Al principio, temió que se le escabullera, sin embargo, el revuelo que se originó en la parada de taxis despejó sus dudas. Siguió al vehículo a un hotel en el centro de la ciudad. La hija de don Ángelo entró en recepción y confirmó la reserva. Un botones la acompañó a la habitación 215, tras darle una generosa propina, cerró la puerta.

Lucien se materializó en el cuarto sin emitir un sonido que delatase su presencia. Una enorme cama con un cabecero de hierro le recordó que tenía una cuenta pendiente con la bruja. En la terraza, desde donde se divisaba una espectacular vista de Roma, le habían preparado una mesa con champán y fresas. Esbozó una sonrisa malévola cuando escuchó el agua de la ducha. Se apoyó en la pared y utilizó su invisibilidad. Era de justicia verla desnuda, ella lo había visto a él.

Cinthia, envuelta en un albornoz blanco, se sentó en la cama. Era menuda y su pelo largo y castaño caía a su espalda mojado. La hija de don Ángelo, a pesar de no destacar por su apariencia, poseía una delicada fragilidad. Lanzó la toalla al suelo y saltó sobre el colchón al tiempo que emitía una carcajada satisfecha. Después, movió las piernas y los brazos imitando el aleteo de una mariposa. Como si fuera alzada por un resorte, se levantó de la cama, se despojó del albornoz y se giró. Lucien no pudo reprimir un gemido al ver su espalda; se había tatuado unas alas negras. Descendían por su espina dorsal hasta la cintura y el artista tuvo la suficiente pericia de dotarlas de una ligereza y belleza casi etérea. Reprimió las ganas de tocarlas, apretando el brazo del sillón.

Cinthia se dio la vuelta, había escuchado un crujido, se tranquilizó al pensar que quizá los huéspedes de al lado ya celebraban su luna de miel.

Si a Lucien el tatuaje le asombró, el anillo colgado entre sus senos le impresionó tanto que se mordió la lengua para no emitir una exclamación. Debía reconocer que jamás hubiera imaginado que aquel lugar le otorgaría a la joya un brillo tan especial.

Ajena a que un ángel la acechara, se puso la ropa interior y se asomó a la terraza donde se sirvió una copa de champán. Mientras mordisqueaba una fresa, reparó en la presencia de Lucien y la copa se le cayó al suelo.

—Dejamos un asunto pendiente en París —le dijo él, sin levantarse del asiento.

La mujer se comió la fresa disimulando su temor, si bien el ángel reconoció el miedo en sus ojos.

—Entonces, acabemos con ese asunto pendiente.

—¡Oh! Ni lo intentes —le advirtió al verla acercarse con

intención de tocarlo.

Cinthia, sin saber cómo, terminó esposada en la cama.

—Maldito, cabronazo. ¡Suéltame o gritaré!

—No te conviene ningún escándalo, *Marnie la Ladrona.*

Durante un instante, Cinthia guardó silencio. En sus ojos leyó la desesperación porque él supiera su identidad.

—Por favor, si es el anillo… —rogó, cambiando el tono de voz que sonó más angustiado.

—Veo que lo has conservado.

Acarició con un dedo su barbilla y descendió con lentitud hasta el nacimiento de sus senos, donde la joya reposaba de manera tentadora. Alzó la cadena y lo puso a la altura de los ojos de la chica.

El cuerpo de la joven se tensó ante el leve roce de sus dedos. Las manos de Lucien le provocaron escalofríos de excitación y miedo, ambas cosas aceleraron su respiración.

—Si es dinero lo que quieres —propuso, tragando saliva—, puedo darte unos veinte mil.

—No mientas —dijo él, a la vez que dibujaba con el dedo un círculo en su estómago que la inmovilizó por completo.

En ese momento, sus sentimientos eran confusos. Siempre turbaba a los demás, pero en esta ocasión, ese motero de ojos azules, tan claros que se reflejaba en ellos con nitidez, alteraba todos sus sentidos.

—¡Esta bien! —admitió revolviéndose, al tiempo que se esforzaba en librarse de las esposas. Lo último que pretendía era que la acariciara de aquella forma. Avivaba en su cuerpo emociones peligrosas—. ¡Ciento cuarenta mil!

—Así me gusta. —Esta vez sus dedos bordearon el encaje del sujetador—. Nada de mentiras, Cinthia. No soporto a las mentirosas.

—Por favor… —rogó, y clavó los ojos en él.

En respuesta, obtuvo una mirada fría y vacía que le heló la sangre. Por primera vez en la vida, tenía miedo y la sensación no le agradaba.

—Aún no hemos terminado. —Sus palabras aumentaron su temor—. Antes de que acabe la noche, lamentarás haberme conocido.

Hasta el fin del mundo

El daño que hacemos no nos trae tantas persecuciones y odios como nuestras buenas cualidades.
François de la Rochefoucauld

La investigación guio a Germán hasta uno de los archivos del *hacker* asesinado, un tal «Cliente 23», al igual que Lucien, llegó a la conclusión de que la ladrona se escondía en Roma. Solicitó sus vacaciones, acumuladas durante los dos últimos años, y se montó en un avión. Al aterrizar en el aeropuerto de Leonardo da Vinci, solo deseaba dos cosas: darse una ducha y tomarse un par de analgésicos. Mientras esperaba a su amigo, repasó mentalmente el informe de la autopsia del chico español. Al pirata informático lo torturaron a consciencia y lo ahogaron con un hilo de metal. El cadáver estaba tan limpio que la científica no halló ningún indicio de utilidad. Era un trabajo perpetrado por profesionales. De todos modos, las muestras halladas distaban mucho de relacionarse con Marnie. Y si hubiera informado a sus superiores sobre sus hipótesis, ni siquiera las habrían considerado. Carecía de pruebas consistentes y, sin ellas, resultaba imposible un convenio de colaboración con la policía italiana. En contra de todo pronóstico de éxito, decidió seguir su instinto, presentándose en aquella histórica ciudad.

Tenía un amigo de la universidad que impartía clases de francés en una escuela femenina en el centro de Roma. Contactó con él, por supuesto, e inventó un pretexto que justificara su inesperado interés por visitarlo.

—¡Dios! Los años no han pasado por ti —le dijo Marcel, abrazándolo.

La estatura de Marcel le impidió en su juventud realizar el examen de acceso al cuerpo policial. Ahora, su afición a las pizzas había contribuido a lo largo de esos diez años a que unos kilos de más rodearan su estómago como un flotador infantil.

—Me alegra verte —dijo Germán, y omitió cualquier comentario sobre su aspecto.

—Por fin te has decidido a visitarme. Creía que solo vendrías a mi entierro —bromeó.

—No digas eso —se disculpó Germán, avergonzado.

Marcel lo había invitado en varias ocasiones, pero Germán, en todas ellas, se excusó inventando un motivo de trabajo.

—¿Aún sigues en la policía?

Cogió una de las maletas de su amigo y se encaminaron hacia el coche.

—Me fascina cobrar poco y trabajar mucho.

—Al menos te mantienes en forma. —Golpeó su estómago con cariño.

Germán conservaba un aspecto saludable sin excesivo esfuerzo, muy diferente del de Marcel.

—Perseguir delincuentes te quita peso y años.

—Es verdad, todo lo contrario que rodeado de niñas preadolescentes con faldas tan cortas hasta para mi decencia.

—Tampoco es un mal empleo —dijo Germán con una sonrisa.

—¿A qué has venido? —Marcel lo miró a los ojos—. No soy tan estúpido, tu viaje tiene que ver con uno de tus casos —afirmó convencido—. Te he invitado varias veces y nunca has aceptado. Y de repente, sientes una necesidad imperiosa de conocer Roma. ¡A otro con ese cuento!

—¡Está bien! —reconoció a su pesar. Siempre había pensado que la inteligencia de su amigo se desperdiciaba como profesor; habría sido un magnífico detective.

—¡Suéltalo! —le exigió saber.

—Sospecho que mi delincuente se esconde en Roma.

—¿No piensas contarme nada más?

Marcel lo miró intrigado, sabía que nada le haría hablar, ya desde la infancia ni las cosquillas, torturas o tentaciones consiguieron que soltara la lengua.

—Perdóname, necesito una ducha y mis pastillas para la migraña. Hablaremos de Marnie la Ladrona más tarde.

—¡Aja! —dijo Marcel que conducía sin ninguna precaución en el caótico tráfico de Roma—. ¡Una chica!

—No es una chica —respondió él, masajeándose las sienes. La

migraña se había incrementado y las pastillas las guardaba en la maleta—. Es una ladrona y de las buenas.

—¿Qué roba? —preguntó, al tiempo que se saltaba un semáforo en rojo.

—Obras de arte.

—Pues ha venido al lugar indicado. —Silbó—. Roma está llena de ellas.

Marcel se concentró en el volante y Germán cerró los ojos. A veces, pensaba que seguir a esa chica había sido un acto estúpido. Encontrarla podía llevarle días, incluso semanas. También podía fracasar y, entonces, regresaría a París con las manos vacías. Escuchó la voz de Marcel de fondo, lejana, antes de explicarle qué y quién era Marnie tenía que comprar una pistola en el mercado negro; confiaba en no utilizarla.

En la Ciudad de la Luz, Jacob se ajustó la corbata y se puso la chaqueta confeccionada en una prestigiosa sastrería de París, situada en la Rue Marbeuf. Escogía lo mejor y seguía sin asimilar por qué aceptó la invitación de aquella zorra. Su debilidad le exigía aparentar serenidad y apretó los dientes al recordar la facilidad con la que le robó el Monet. Se contempló una última vez en el espejo, tomó de su secretario el maletín y abandonó la *suite* del hotel en la que se hospedaba.

—¿Qué has averiguado?

El secretario se sentó al volante, miró por el espejo retrovisor el asiento trasero donde se había sentado su jefe:

—Quizá nuestra *señorita* se encuentre en Roma. Nuestro informador en la policía asegura que el *hacker* se había asociado con alguien llamado Cliente 23 con unos gustos muy parecidos a los de la *señorita*.

—Esta noche dormiré allí, haz los preparativos necesarios.

—Así se hará, señor…

El secretario de Bergue había trabajado con él desde que ambos coincidieron en la cárcel. Esteban provenía de una familia empresarial, pero el dinero, lejos de ayudarlo, lo encaminó al desenfreno. Su vida habría terminado en una celda si Jacob Bergue no lo hubiera protegido en prisión. A veces, se preguntaba si hubiera sido preferible morir en aquel presidio a convertirse en su esclavo.

—¿Algo más?

A Jacob le irritaba no conocer la información desde el principio.

—Hay un policía interesado en la *señorita*.

—¿Quién es?

—Un tal Germán Dubois. Tiene treinta y cinco años, un gato y su hermana, su única familia, murió a manos de su marido. Al acabar los estudios universitarios, ingresó en el cuerpo policial. Lo he investigado a fondo y está limpio. Hasta ahora ha descubierto de la *señorita* lo mismo que nosotros y ha viajado a Roma con la excusa de visitar a un amigo.

Durante un instante, Jacob observó en silencio a la gente caminar por las magníficas calles de la ciudad. Ese día, París mostraba todo su esplendor.

Mientras tanto, en una habitación de un hotel de Roma, Cinthia intentaba liberarse de las esposas con movimientos que hubiera envidiado cualquier contorsionista.

—¡Mierda! —gritó, desalentada porque nada de lo que hiciera la sacaría del problema—. ¡Piensa! —dijo en voz alta. Luego añadió al ver la chaqueta del motero a los pies de la cama—. ¡Nada! ¡Sin prisa, amigo! ¡Permanece en el baño todo lo que quieras! Ya me entretengo contando las flores del papel de la pared.

¿Y si las llaves estuvieran en uno de los bolsillos de la cazadora? Se estiró tanto que sintió un agudo dolor en la espina dorsal, al fin con los pies la alcanzó. La empujó hasta las manos y registró los bolsillos. El esfuerzo la dejó unos segundos sin respiración. «¡Nada!», se dijo tan enfadada que se revolvió como un animal en una jaula.

»—¡Maldito bastardo cabrón! —gritó.

Temió que el tipo fuera un drogadicto y, en ese instante, viajara al paraíso de los psicotrópicos dentro de la bañera victoriana. Sin embargo, se inquietó ante la posibilidad de que también ella hubiera ingerido droga. Parpadeó, recelosa e incrédula, ante el espectáculo que presenciaba: dos tipos con unas enormes alas blancas tras las espaldas se habían materializado en su habitación como un truco de magia. Cerró los ojos, convencida de que, al abrirlos, la ensoñación se disiparía.

—¿Es ella? —preguntó el de mayor edad a su compañero—. Rafael se alegrará.

—Mucho. —Sonrió. Aquella sonrisa no tranquilizó a Cinthia—. Además, Lucien ha hecho el trabajo por nosotros.

—Amigos, ¿alguien me ha llamado?

Lucien apareció de la nada y observó a los invitados inesperados. Uno era un joven sin importancia, un tal Pablo, con el rostro tan aniñado como un querubín de Miguel Ángel; el otro, el mayor de los dos, un ángel incapaz de pensar por sí mismo, cumplía las órdenes sin cuestionarlas. Tomás era un magnífico soldado, si se

enzarzaban en una pelea no estaba seguro de ganar.

Cinthia, con cada minuto que pasaba en su compañía, temía una nueva locura. Su idea de seguridad no incluía ser esposada a una cama, medio desnuda y delante de tres extraños, seres o engendros del más allá. Después analizaría qué había ocurrido en aquella habitación.

—Es nuestra —dijo Tomás.

—¡Y una mierda! —intervino ella.

¿Desde cuándo tanta gente se interesaba en su persona?

—¡Cállate! —le ordenó Lucien—. Si no quieres que cierre tu preciosa boquita con un beso—. La muchacha deseaba responder, sin embargo, la expresión de su rostro la acalló—. Debo explicarles a estos caballeros la situación, parece que no la han entendido.

—¡Bastardo de mierda! Eres tú el que no lo ha entendido bien. Rafael no es alguien con quien jugar.

—Don Ángelo tampoco —contestó Lucien, conteniendo las ganas de destrozar al ángel.

El caído se tumbó en la cama. Incluso, tuvo la osadía de posar la mano sobre el estómago desnudo de Cinthia. En respuesta, le lanzó una airada mirada que en otra época incluiría la quema en la hoguera, pero guardó un prudencial mutismo. Evaluó quién de esos tres lunáticos la dañaría menos y Lucien confió en que lo escogería a él.

—¿Don Ángelo? —preguntó Tomás sin disimular su desconcierto.

—Has oído bien, don Ángelo quiere a la mujer —respondió Lucien. Esta vez se levantó dispuesto a pelearse con los dos guerreros. Primero, se dirigió a Cinthia y le dijo—: Cariño, lamento que estos dos tipos nos hayan interrumpido.

Temerosa de que sus palabras encendieran la mecha de la batalla se mantuvo callada.

—Pablo —ordenó Tomás. El joven ángel pretendió apresar a la cazadora y el caído lo derribó al suelo.

—No dispongo de tiempo —dijo, y señaló a Cinthia—. Tomás, tengo a una señorita a la que complacer. —Lucien sacó una enorme espada de fuego que provocó que Cinthia dibujara con la boca una «o» perfecta. Sus palabras la irritaron por completo, pero enfrentarse a uno era preferible que a dos.

—No hemos terminado —dijo Tomás—. Rafael sabrá de ti y de ella.

El ángel desapareció.

—Parece que de nuevo estamos a solas.

El caído se giró, ante su silencio, habría apostado mil años a que recibiría una variada multitud de insultos. De pronto, los ojos de la joven se abrieron en exceso y su cuerpo se tensó en contracciones musculares que retorcían sus extremidades en una posición inhumana.

»—¡No me tomes el pelo! ¡Te juro que si se trata de una broma vas a pagarlo caro! —le advirtió.

Lucien comprendió que no actuaba cuando el dolor atravesó su rostro y torció su cuerpo. Sin saber qué hacer, la tapó con una manta y eso pareció tranquilizarla, aunque el ataque había remitido, continuaba pronunciando palabras incomprensibles. Comprobó su temperatura y se alarmó al advertir que ardía de fiebre. Impotente, se mesó el cabello. En ese instante, Cinthia abrió los ojos, pero los iris de color pardo se habían desvanecido de su mirada. Su escasa respiración lo indujo a acercarse más y quitarle las esposas. Entonces, su mano presionó la suya con tanta fuerza que le clavó las uñas.

—Me llamo Aurora y no soy ninguna bruja —dijo con voz clara.

Lucien se paralizó ante aquella revelación. *Cinthia la Ladrona* había empezado a recordar.

2

El martillo de los herejes

La iglesia nos pide que al entrar en ella nos quitemos el sombrero, no la cabeza.
Gilbert Keith Chesterton

España, año de nuestro Señor en 1483

Un viento frío asolaba las tierras de Ávila. Aurora, con las manos enrojecidas por el agua helada, se estremeció al tender la ropa de cama. Gracias a su don, que evitaba revelar a los demás por miedo a que la culparan de adoradora de Satanás, todavía no había vendido su cuerpo en la taberna donde trabajaba. En su lugar, lavaba la ropa, limpiaba los platos y servía las mesas, de esa manera eludía acostarse con varones. Esa noche debía tener especial cuidado. Ella sería la encargada de atender al distinguido viajero. Aurora miró el cielo, unas aves sobrevolaban la posada y se concentró en contemplar su vuelo hasta que sintió una patada en el trasero.

—¡Chica! ¡Date prisa! Su Excelencia ha llegado —la reprendió el amo de la taberna.

Aurora se secó las manos en la falda y se apuró por ir al cuarto del dominico. Golpeó la puerta con los nudillos y aguardó a que le dieran permiso.

—Adelante —dijo una voz enronquecida.

Aurora, con la cabeza gacha, efectuó una torpe reverencia y sirvió las bebidas. Al ilustre visitante lo acompañaba un soldado, aunque su vestimenta lo delataba como un miembro distinguido de la Inquisición. Notaba sobre ella la mirada licenciosa del soldado y supo que tarde o temprano la buscaría. Al terminar de servirles,

inclinó la cabeza y regresó a la cocina. Al calor de la lumbre y tras varias horas de angustiosa espera, albergó la esperanza de que se equivocaba en sus predicciones, entonces, le pidieron subir otra jarra de vino al cuarto del soldado. Según contó el amo, era un capitán de familia ilustre que protegía al inquisidor en sus viajes. Aurora pensó que si las intenciones del soldado eran las de poseerla, se entregaría sin más o tendría problemas. Otra vez, golpeó la puerta y aguardó paciente a que el capitán le permitiera entrar.

—Pasa, muchacha.

Aurora obedeció y le sirvió el vino. El soldado aprovechó su proximidad para agarrarla de la cintura y sentarla en las rodillas.

—Por favor… —rogó.

—Vamos, una moza de taberna no ha de asustarse de que quiera disfrutar de sus encantos, pagando —aclaró, y desabrochó su corpiño.

Su contacto fue tan repulsivo que Aurora quedó petrificada, debatiéndose entre arriesgarse a que la denunciara o ceder a sus demandas. Contuvo el asco que le produjo su lengua dentro de la suya; también, la furia con la que manoseaba sus senos. Nada lo detendría y el miedo la obligó a usar su don.

—Mi bella dama, siento mi comportamiento —dijo, incapaz de tocarla.

Si bien su cuerpo exhibía los signos evidentes de la lujuria que lo embargaba, su mente lo instó a obrar con caballerosidad, una actitud incomprensible con una moza de taberna.

—Vamos a olvidar este encuentro, capitán.

—No se lo diremos a nadie.

El capitán exhibía en su rostro una expresión de adoración, sin embargo, se apartó de ella. Aurora se arregló las ropas y se apresuró a escapar del cuarto. En ese instante, tropezó con el dominico, el viejo monje visitaba al capitán para solventar ciertas cuestiones sobre el viaje que emprenderían a la mañana siguiente. Ella se apartó de su camino y huyó esa misma noche.

Dos días más tarde, la apresaron en un bosque cercano; la acorralaron igual que a una pieza de caza. El capitán se negó a encargar a otro su captura. Aurora ignoraba que el monje lo encontró arrodillado, musitando palabras enamoradas y con la verga ansiosa por fornicar. Despejar la mente hechizada del soldado requirió dos golpes y un jarro de agua helada. El inquisidor, como buen dominico, llegó a la conclusión de que el demonio era el responsable de tal embrujamiento y, el medio, la moza a la que todos procuraban dar de lado. Por supuesto, se ordenó su captura

para someterla al juicio de Dios y asegurarse de su culpabilidad.

—¡Maldita bruja! —La sacó a rastras de su escondite. La agarró del cuello y le dio un puñetazo en el estómago que le cortó la respiración—. ¡Encadenadla! ¡No dejéis que os toque o sucumbiréis a su embrujo! —gritó el capitán a los guardias con tanta rabia que temió que la matara allí mismo.

Después del golpe, le costaba mantenerse erguida. A empujones, dos de ellos, la metieron en un carro.

—¡Bruja! ¡Despierta! —oyó decir al capitán.

La luz la cegó un instante y casi cayó al suelo al bajar del carro. Ante ella se alzaba el convento de Santo Tomás. Las historias que se contaban sobre ese monasterio, bastión de la Inquisición a la hora de condenas por herejía, eran terribles. El capitán la condujo hasta la sala de interrogatorios. Estaba tan cansada que apenas se sostenía en pie, aun así, no le consintieron sentarse ni le ofrecieron bebida o comida.

—Aurora, nacida en Ávila, se la juzga de herejía y brujería —escuchó decir a uno de los inquisidores.

La fatiga le impedía entender con claridad las explicaciones de los dominicos. Aguzó la vista y vio a varios monjes, entre los que descubrió al visitante de la posada, todos ellos con los semblantes serios y sentados alrededor de una mesa rectangular. Delante tenían enormes biblias y otro, juraría que un escribano, tomaba nota de lo que acontecía.

—¿Cómo se declara la acusada?

—Inocente —consiguió articular, a pesar de que tenía la boca tan seca que le aterró que no la hubieran oído.

—Niega que hace tres días embrujó al capitán don Anselmo Estrada.

—Lo niego, Su Excelencia —dijo ella, sin alzar la mirada del suelo.

—Hagan venir al capitán Estrada.

Aurora se balanceó agotada, y ni ante esa muestra de debilidad manifestaron compasión.

—Capitán de la guardia, don Anselmo de Estrada, ¿es esta la moza que le atendió el día de autos? —Señaló a Aurora.

—Esta es, Su Excelencia —contestó el capitán con total seguridad.

—¿Cuéntenos qué sucedió?

—Esa noche, la moza, aquí presente, me ofreció sus servicios carnales. Acepté y cuando satisfacíamos el acuerdo dijo unas palabras y desistí de tal pretensión, disculpándome como si fuera

una dama de alcurnia.

—¿Recordáis esas palabras, capitán? —preguntó el inquisidor.

—No, Su Excelencia, pero no era lengua de cristianos.

—Capitán, retiraos.

El oficial realizó una reverencia y se dispuso a marcharse. Al pasar junto a Aurora, se detuvo para mirarla con los ojos cargados de odio:

—Esta noche no olvidarás mi nombre, hija de Satanás. —Besó el crucifijo que le colgaba del cuello como juramento.

—Hagan entrar a María, llamada la de Valdepeñas —escuchó Aurora decir al inquisidor.

María era una de las mozas que trabajaba en la posada. La prostituta no era agraciada ni tampoco tenía un genio alegre ni gentil. La envidia era parte de su naturaleza. Aurora nunca le había hecho ningún mal, además, procuraba no cruzarse en su camino. En el estrado, María agarraba la tela de la falda manchada por el barro. Tras un instante de silencio, se limpió los mocos con la manga del vestido.

—¿Vos sois la de Valdepeñas?

—Sí, Vuesa Excelencia —dijo con la cabeza gacha.

La presencia de aquellos dominicos, al igual que todos aquellos instrumentos de tortura, la amedrentaban tanto que le castañeaban los dientes.

—Alguna vez, vio a la acusada convocar al demonio o practicar actos de brujería.

—Sí, Vuesa Excelencia.

—Cuéntelo al tribunal.

—Ella nunca yace con varones, sabe Vuesa Excelencia. Ella es moza de posada como las demás, pero si un varón paga no le mete la verga…

—Absténgase la testigo de explicar su trabajo —dijo el dominico removiéndose en la silla ante las palabras de la moza.

—Lo siento, Vuesa Excelencia. —La de Valdepeñas colorada por haber sido tan bruta continuó—: Vuesa Excelencia, ella no… bueno… nunca ha probado varón. Al amo no le importa, porque cobra, sabe Vuesa Excelencia y…

—¿Y…? —preguntó el dominico con interés.

—Tiene la marca del diablo —dijo con manifiesto rencor.

—¿Qué tiene que decir la acusada?

—Su Excelencia, soy inocente.

—Anoten que se declara inocente. —Después se dirigió al verdugo—: Informe a la acusada del procedimiento a seguir para

demostrar su inocencia.

El nombrado carraspeó dos veces atrayendo la atención de la sala antes de iniciar el discurso.

—Tortura, cincuenta latigazos y quema en la hoguera si se demuestra la culpabilidad.

—Procedamos —anunció el inquisidor.

El verdugo se acercó a Aurora y la desnudó por completo buscando la marca de Satán.

—¡La tiene en la espalda! —gritó la de Valdepeñas.

El verdugo le dio la vuelta. Cortó el largo cabello de la chica y enseñó a los monjes las marcas que la delataban como adoradora del diablo.

El ayudante condujo a Aurora hasta una pared en dónde la ataron. La mente de la joven solo albergaba pavor, ya ni su desnudez la avergonzaba; el miedo había sustituido cualquier otra emoción en ella.

Aurora emitió un grito de dolor hasta rozar la inconsciencia cuando atravesaron su carne con una aguja.

—Su Excelencia, no sangra —informó el verdugo, por supuesto, ocultó las gotas de sangre que brotaron de la herida y que nadie en aquella sala verificó, salvo el inquisidor.

El ayudante desató a Aurora y a rastras la llevó hasta una mesa. Varias manos, rudas y torpes, recorrieron su cuerpo, aunque el dolor nublaba su entendimiento. De nuevo, un pinchazo insufrible le arrancó un grito agudo y la oscuridad se cernió en torno a ella.

Al atardecer, Aurora despertó vestida con un saco de arpillera en el interior de una mazmorra. La escasa luz, que atravesaba una ventana diminuta, le concedió la posibilidad de comprobar la soledad de su celda. En un rincón, le habían dejado un cuenco de agua, reptó hasta él y se lo bebió con avidez. Le atemorizaba sufrir; también, morir. Las acusaciones de brujería eran falsas, creía en Dios y actuaba según las normas de la Iglesia, sin embargo, nadie la ayudaría ni respaldaría su inocencia.

Escuchó unos pasos del carcelero y se arrinconó en una de las esquinas de la celda. El temor se incrementó al advertir que, en esta ocasión, lo acompañaba el capitán. Estrada había comprado con una bolsa de oro el silencio del soldado que la custodiaba.

—Te dije que esta noche recordarías mi nombre.

Tiró del cabello de Aurora y la joven le escupió. En respuesta, él agarró con brusquedad uno de sus pechos. Posiblemente la quemarían en la hoguera, así que le daba lo mismo qué le hiciera. Estrada se limpió el escupitinajo con una fría calma, luego la golpeó

con saña, en venganza por lo que él consideraba una grave ofensa. Ella lo había convertido en el hazmerreír de la soldadesca.

—Mi querida dama —pronunció con dureza, al tiempo que rasgaba de un tirón el saco de arpillera que vestía—. Hoy os mostraré verdadera gentileza.

El capitán se bajó las calzas, abrió las piernas de la chica, quien ya era incapaz de oponerse y se adentró en ella con tal violencia que Aurora imaginó partirse en dos. Después de todo lo que había sufrido, carecía de vigor con el que defenderse.

—Satanás te ha abandonado, zorra —le dijo con desprecio cuando terminó.

Durante un instante, se avergonzó al verla ensangrentada, con el rostro impasible y sin derramar una lágrima. Sintió cómo las manos de la bruja se aferraban con fuerza a su pierna, quiso alejarse, pero lo sujetaba como si quisiera conducirlo al infierno. Levantó el brazo para pegarle, pero se detuvo al escuchar sus palabras.

—No vivirás otro amanecer. Al alba tomarás tu puñal y te lo clavarás en el pecho. Ese será tu castigo.

El rostro del capitán se volvió pálido al comprender que su venganza le costaría la vida. Serpenteó hacia un rincón de la mazmorra, santiguándose con una fervorosa creencia y rogando a Dios que lo librara de la maldición de la bruja.

A la mañana siguiente, tras presentar en el juicio el resto de pruebas que garantizaban la culpabilidad de Aurora se la sentenció a la hoguera. Sus últimas palabras fueron escuchadas en las primeras filas.

—¡Me llamo Aurora y no soy una bruja!

Abre los ojos

Prefiero ver con los ojos cerrados.
Joseph Albers

Los gritos de Cinthia atraerían la atención del personal del hotel, pero de ese problema Lucien se ocuparía más tarde. En ese instante, era incapaz de mitigar el dolor de la bruja. Forcejeó con ella para impedirle que se arrancara la piel a tiras.

—¡Piedad! ¡Quema! ¡Duele! ¡Matadme! ¡Soy inocente! —gritaba, mientras las lágrimas desencajaban su rostro y su cuerpo, bañado en sudor, se tornó de un tono rojizo—. ¡Las llamas! ¡Piedad! ¡Matadme! —repetía sin cesar como si un fuego invisible quemara su piel.

El caído la tomó en brazos y, diciendo las mismas palabras con las que su madre calmaba a sus hermanos, llenó de agua fría la bañera. Temía que se ahogara y se metió dentro. Cinthia se retorcía en un afán de autolesionarse, así que la rodeó con los brazos. Tras una dura lucha en que le marcó el rostro y derramaron la mitad del contenido de la bañera en el suelo, se tranquilizó. Comprobó la temperatura de su frente, casi era normal. Mojó su cabellera y masajeó sus sienes. Ella, lánguida e inerte, igual que una muñeca de trapo, flotaba apoyada en su pecho. El caído respiró aliviado porque todo hubiera terminado. Aguantó unos minutos, inmóvil, asegurándose de que aquel ataque remitía y salió de la bañera. La envolvió en una enorme toalla y la depositó sobre la cama, salvo algunas heridas, nada hubiera revelado que padeciera aquel episodio en dónde recordó retazos de una vida anterior.

Lucien retiró de su frente un largo mechón de cabello. No

entendía por qué se preocupaba, pero la juventud de la muchacha y su sufrimiento atravesaron la indiferencia con la que trataba a los mortales. De improviso, sus labios se torcieron en una expresión disgustada al advertir a varias sombras a su espalda. Por fortuna, la lucha no se produciría, él los había llamado.

—Debo hablar con él, ahora —exigió. Tapó a la chica con otra manta y dijo—: ¡Vigiladla!, Rafael la busca.

Lucien desapareció de la habitación del hotel y apareció unos segundos más tarde en la plaza de San Marcos. Allí, el rey de las sombras contemplaba a los turistas en compañía de uno de sus lugartenientes, al verlo, despidió a la sombra con un gesto indiferente y le indicó que se sentara.

—¿Por qué requerías la ayuda de mis hombres?

—Rafael la busca y ella… —vaciló un minuto. Después de todo, era su padre y cualquier decisión referente a la joven le correspondía a él.

—¿Qué sucede con ella?

Esta vez, el perdido no bebía su famoso *capuchino*.

—Creo que ha empezado a recordar.

—¿Estás seguro?

La voz de don Ángelo sonó con una nota de alarma que no pudo disimular a tiempo.

—El episodio que ha vivido hoy no era ningún engaño. Juraría que fue quemada en la hoguera.

—Todas las familias tienen una bruja —dijo con sorna el perdido.

—¿Qué quiere que haga?

El sentido del humor de ese bastardo le disgustaba, así que no se dignó a replicar.

—Tráela —ordenó—. Necesito averiguar si el proceso ha comenzado, si es así, ya no me es de utilidad y has de matarla.

—¿Por qué?

Lucien se atrevió a formular la pregunta pese a que se arriesgaba a comprar un billete solo de ida al inframundo.

—Si no es una cazadora de almas, no es mi hija.

Lucien asintió, obedecería sus órdenes. Don Ángelo se apoyó en el bastón y se dirigió a paso lento hacia el centro de la plaza. A su paso, las palomas descendían en un vuelo mortal.

Con mucha más suerte que sus compañeras venecianas, otras palomas revoloteaban encima de los tejados del apartamento de Marcel. Germán se dedicó esa tarde a dar una vuelta por los alrededores para despejar la cabeza y las ideas. Se preguntó por qué

le obsesionaba Marnie. No era por su afán patriótico ni por su deber de policía, simplemente quería atraparla.

Miró el reloj, era la hora, también comprobó la dirección. Al final de la calle se encontraba la pizzería que le habían indicado. Se sentó en una de las mesas del fondo y esperó a que el camarero se acercara.

—Te costará el doble. —Tras un minuto de silencio afirmó—: Ese es el precio si eres de la pasma.

Germán alzó el rostro y se encontró con un cincuentón que llevaba unas gafas de montura antigua; el vecino inofensivo, bonachón y del que nadie desconfiaría.

—Está bien —aceptó.

No era su ciudad, carecía de jurisdicción y estaba de vacaciones. Su contacto aprovecharía las circunstancias y le sacaría unos cuantos euros de más. Él lo sabía y aceptaba el pago extra.

—Mañana, aquí y a la misma hora —ordenó el vendedor—. La doble de queso es la especialidad, te gustará —le aconsejó antes de marcharse.

El policía también obedeció la orden culinaria, reconoció que tenía razón, acabó de comer y se dirigió al apartamento.

—¿Te apetece que salgamos a tomar una copa? —le propuso Marcel.

El profesor, rodeado de exámenes, le exigía un descanso con ojos de cachorro lastimero. Germán hubiera preferido negarse, pero accedió a la invitación. Jamás hubiera fantaseado con la idea de que esa noche el destino cruzara su camino con quien era mejor no enemistarse.

El inspector desconocía que no todo era obra del destino, sino que Bergue tuvo mucho que ver en ello. El avión del empresario aterrizó en la pista que Esteban contrató en un aeropuerto privado cercano a la ciudad. La noche cálida de Roma no aplacó su mal humor. Odiaba viajar en avión.

—Señor, ¿adónde desea ir?

—Necesito una copa —dijo, mientras estudiaba las fotografías que el secretario le facilitó de Dubois en Roma.

—Hay un local nuevo, está en el centro.

—El Palacio Azul.

Jacob también había hecho sus deberes y leído la información sobre los conocidos del inspector.

—Sí, señor, dicen que es el más *chic* de Roma.

Bergue alzó una ceja ante el ridículo comentario de Esteban.

—Llévame allí.

Sus investigadores le habían informado que era el local preferido del amigo del policía. Una mezcla de casa romana y modernidad. Las copas eran las más caras y el ambiente selecto, el profesor era de gustos refinados. Jacob se despojó de su abrigo y se lo entregó a su secretario. Dio al camarero un billete de quinientos euros y le pidió que lo condujera a la zona VIP. El empleado se apresuró a obedecer su petición y a traerle la mejor botella de champán del local.

El empresario se acomodó en unos amplios y cómodos sillones de piel. Situado en la planta superior, miraba al resto de clientes que danzaban como poseídos por un frenesí cuya explicación se ocultaba en las drogas, también en el alcohol y, sobre todo, en el sexo, incluso podía olerlo. Una chica conversaba con un individuo al que enseguida reconoció. Dubois compensaba su falta de dinero con un físico atractivo. Sonrió, al asegurarse que eran ciertas sus suposiciones al ver cómo una joven italiana se insinuaba al policía de una manera sensual.

—¿Ves a esa pareja? —dijo al camarero que complacería sus órdenes.

—Sí, señor, ¿el caballero de azul y la señorita de rojo?

—Exacto —afirmó—. Invítalos a que me acompañen.

El camarero se retiró a cumplir sus órdenes. El secretario ojeó a la pareja que su jefe había señalado.

—Señor, es Dubois.

Bergue esbozó una sonrisa aterradora.

—El mundo está lleno de casualidades.

—Señor, deberíamos irnos…

—Mi querido amigo —colocó la mano en el hombro del secretario. La frialdad y presión de sus dedos atravesaron sus capas de ropa—, esta ocasión nos permite medir a nuestro adversario, no perderemos la oportunidad, ¿verdad?

Esteban aseveró con la cabeza agradecido de que su jefe se alejara de él.

Entre tanto, Germán conversaba con una italiana veinteañera. Poseía un cuerpo escultural, un ácido sentido del humor y estudiaba en la universidad de Psicología. Los dos se sorprendieron al recibir la invitación, pero la muchacha aceptó y él se vio en la obligación de acompañarla. Quien los invitaba se presentó como Bergue, un compatriota.

El inspector disimuló la sorpresa al reconocerlo y comprendió que ambos buscaban a Marnie.

—¿No nos hemos visto antes? —preguntó el policía, y con

cinismo, añadió—: Es cierto, usted se mueve por unos círculos diferentes a los míos.

El empresario sonrió al captar a dónde pretendía llegar.

—Seguro que tarde o temprano coincidiremos.

—Confío en que sea antes de lo que usted imagina.

—Dejemos el futuro en manos del destino. —Su rostro se giró hacia el camarero y este le sirvió una copa.

—Gracias por la invitación —dijo Germán, y bebió el *whisky* que costaría diez veces más que la copa que pidió en la barra.

—Es un placer —respondió sin quitar los ojos de encima a la italiana.

—Adriana, ¿verdad?

—Sí, Adriana —contestó la joven con una sonrisa resplandeciente.

Germán conocía el juego al que lo retaba aquel bastardo. Demostrar que el dinero era la más poderosa arma de seducción. Aquella chica no lo escogería a él, quien pasaría a ocupar un segundo lugar en la escala de gustos de la italiana. Decidió retirarse, al menos, fastidiaría el estúpido y soberbio juego del empresario.

—Un placer conocerlo, gracias por la copa, pero he de volver con mis amigos.

—¿Tan pronto? —preguntó la joven con remordimiento en la voz.

—Inspector Dubois.

—… no le he dicho cuál era mi trabajo ni mi cargo.

Durante unos segundos, ambos se encararon en una silenciosa lucha hasta que Jacob emprendió la iniciativa.

—¡Amigo! Pura casualidad, la mitad de la gente que conozco en la policía tiene el cargo de inspector y supuse que usted también.

—Claro —dijo con suspicacia—. Sus dotes adivinatorias son magníficas.

—No solo la adivinación, amigo mío.

Jacob tomó la mano de Adriana en un gesto de absoluta posesión. El inspector se giró sin despedirse. Odiaba a los tipos como Bergue que pensaban que todo podía comprarse con dinero, pero lo que más le jodía era tener que darle la razón. Al salir de la sala VIP, el ruido y la música lo ayudaron a calmar la rabia. No ganaría nada dejándose llevar por las emociones, así que se concentró en lo que lo había llevado hasta Roma: Marnie. A empujones se abrió paso hasta la barra donde Marcel bebía su copa.

—¿Y la morena?

—Ha creído que no era tan buen partido como él.

Dubois señaló la planta acristalada. En ese momento, Bergue besaba el cuello de la chica. El policía alzó la copa y admitió la derrota. No había ido a Roma a disfrutar de *la dolce vita* o detener a un empresario con negocios turbios, sino a cazar a una ladrona.

El policía jamás habría adivinado que su Marnie ignoraba hasta quién era cuando abrió los ojos. Desconcertada, reconoció la habitación de hotel y los recuerdos inundaron su mente con una afilada precisión. La sábana se escurrió entre sus dedos y el miedo se reflejó en sus ojos al constatar que varios arañazos tatuaban su piel.

—No deberías moverte, solo descansa. Bébetelo, te ayudará. —Lucien le puso una taza de café en las manos.

—No quiero café, quiero una explicación —consiguió pronunciar, aunque su voz le sonó áspera. Enronquecida por un humo que desconocía dónde había inhalado.

—No sé qué te ocurrió, pero querías arrancarte la piel.

—¡No! ¡Otra vez no! —Las manos le temblaron y derramó el café.

Lucien le quitó la sábana empapada o le saldría una nueva quemadura.

—¡Cuidado! ¡Ya tienes suficientes heridas! —A ese paso ella sola le haría el trabajo de matarla.

—¡Otra vez no! —repitió y desoyó sus advertencias—. Aún no ha terminado. —En su rostro leyó el terror que sentía.

La curiosidad por sus palabras, pero sobre todo, porque se había abrazado a él con desesperación, lo obligó a permanecer a su lado. Ella se cobijó en sus brazos, y una extraña y cálida excitación lo invadió por completo. Lucien la rodeó con los suyos y maldijo su escasa voluntad. Esta vez, no se trataba de ningún hechizo.

El día del padre

Lo que habéis heredado de vuestros padres, volvedlo a ganar a pulso o no será vuestro.
Goethe

Cinthia se negaba a abrir los ojos, temía enfrentarse a una realidad que la aterraba. En esta ocasión, ni siquiera veía una desdibujada figura borrosa o un débil haz de luz. Cada período de aquella curiosa enfermedad, tras esos ataques inexplicables que la dejaban ciega, era peor que el anterior.

Lucien la apartó de él y le alzó la barbilla. Los ojos de la humana observaban un punto fijo.

—¡Suéltame! —Cinthia le retiró la mano de un manotazo, temerosa de que descubriera su debilidad.

—Eras tú quien se abrazaba a mí y con bastante ardor —le señaló, apartándose de mala gana de la joven—. Ponte esto encima.

Le lanzó el albornoz, pero Cinthia no lo alcanzó y tanteó las sábanas hasta que dio con él. Salió de la cama y giró la cabeza hacia el lugar del que provenía la voz del ángel del infierno.

—Coge los ciento cuarenta mil y lárgate.

Lucien detectó vacilación en la voz de ella.

—No quiero tus ciento cuarenta mil.

—¿Si es esto? —preguntó, quitándose la cadena del cuello y extendió el brazo, aunque a una distancia y posición alejada del de Lucien—. Tómalo y márchate.

—¿Estás bien?

—¡Bien! ¿Que si estoy bien? ¡Oh! Muy bien, teniendo en cuenta que un pirado me ha esposado a una cama y dos tipos alados han

entrado en mi cuarto…

—… y hayas perdido la vista —añadió él.

Cinthia enmudeció, aún albergaba la esperanza de que él no reparara en la situación en la que se hallaba.

—¿Por qué dices eso? Veo perfectamente.

Ella se dirigió al baño, pero él movió una silla y Cinthia chocó con ella. El dolor le arrancó unos cuantos improperios merecidos.

—¡Maldito cabrón! —masculló entre dientes, enfadada.

—¿Te recuperarás?

—Quizás en una semana o dos, no sé cuánto durará —admitió. Se sentó en la silla con un gesto desalentado.

Lucien la observó cómo se anudaba una y otra vez el cinturón del albornoz. Cuando aceptó buscarla, nunca imaginó que tendría que lidiar con aquella situación.

—¿Cuántas veces te ha ocurrido esto?

—Varias…

—Puedes recordar…

El caído transformó las manos en garras por si debía cumplir la orden de don Ángelo.

—Nada —dijo con firmeza. Lucien regresó aliviado a su forma mortal, agradecido de no tener que matarla—. Son un par de horas de oscuridad, de total inconsciencia. ¿Qué ha pasado? Me siento como si hubiera sido el plato principal en una barbacoa.

—No sabría decirte —mintió el ángel.

—¿Qué piensas hacer conmigo?

—¿Qué podría hacer con una muchacha ciega?

Cinthia tragó saliva al escucharlo hablar. Por su tono de voz era incapaz de adivinar sus intenciones. El desconocimiento la angustiaba más que averiguar sus planes.

—Ser un caballero… —susurró con inocencia.

—¿Con alguien que no es una dama? Pienso en algo mucho más divertido —dijo, y acarició su mejilla.

—¡Hazlo de una puñetera vez! ¡No jugaré a tus estúpidos juegos! —Se puso en pie dispuesta a enfrentarse a él.

—¿Qué quieres que haga?

Una leve fragancia a cuero de su cazadora satánica mezclado con un ligero aroma de gasolina invadió su nariz. Reconoció, avergonzada, que aquella combinación resultaba de lo más excitante.

—Robarme, pegarme o…

—¡Olvídalo! —Rio él al imaginar qué pensaba—. Ni en mil años me acostaría contigo.

—Si yo quisiera, me lamerías las botas —le escupió al molestarle la indiferencia de ese engreído motero.

—Usando tu don especial.

—¿Cómo sabes eso? —se encaró a él—. ¿Quién eres?

Cinthia se anudó una vez más el cinturón del albornoz. Su actuación demostró a Lucien que la había atemorizado, aunque se empeñaba en disimularlo.

—Alguien al que es mejor no cabrear.

La rodeó con sus potentes brazos y extendió unas enormes alas negras.

Cinthia hubiera esperado cualquier agresión, menos sentir el viento en el rostro, la ingravidez bajo las piernas y la sensación de que viajaba lejos. Menos aún, tocar con las palmas de las manos el torso desnudo de ese tipo y apreciar el latido agitado de su corazón. También advirtió cómo el suyo palpitaba con violencia y la explicación era tan absurda que intentó apartarse de él.

—¡Si hoy no quieres morir, quédate quieta! —le ordenó con la voz cargada de frialdad.

Cinthia se mantuvo inmóvil, presentía que sus palabras no eran simples amenazas.

En Venecia, otro ser, mucho más impaciente y peligroso, aguardaba a los jóvenes. Don Ángelo tamborileaba con los dedos la mesa. El rubí de su anillo brillaba con tanta intensidad que la luz reflejaba tonos rojizos que aumentaban su singular naturaleza.

—Hazlos pasar —ordenó a una de las sombras.

Un perdido abrió la puerta del comedor del palacio en el Gran Canal de Venecia y susurró al oído de otro de sus secuaces que trajeran al caído y a la cazadora.

En una sala contigua, Cinthia guardaba un mutismo que preocupaba al ángel. Se la veía indefensa, sin la arrogancia que había adoptado desde que se conocieron en París.

—Don Ángelo desea verte —dijo una de las sombras.

Lucien aprisionó el brazo de la joven con fuerza, nada impediría que acatara sus órdenes.

—¿Quién es ese tío y que quiere de mí? —Cinthia se resistía a salir del cuarto.

—No es asunto mío.

—¿Qué no es asunto tuyo? —gritó fuera de sí—. ¡Me has traído hasta aquí! Y dices que no es asunto tuyo. ¡Maldito hijo de puta! Además, has conducido igual que un loco. ¿Podríamos habernos matado? ¿Qué te has metido? Éxtasis…

La sombra, que custodiaba la habitación, carraspeó dos veces

para no reírse.

—¡Basta! —gritó Lucien tan furioso que incluso el perdido elevó una ceja—. Si vuelves a decir una tontería, te juro que te arrepentirás.

A Cinthia el miedo la convertía en una persona imprudente. Reconoció que el motero solo se había limitado a amenazarla, aunque necesitaba respuestas.

—¡Por favor! —rogó, mientras la arrastraba hacia la salida—. ¡Te lo daré todo, pero no me entregues a Bergue! Él me matará. —Lucien guardó silencio. Era una pequeña venganza por una lengua tan afilada. La joven se sujetó a su camiseta y ante su negativa de andar, la cogió en brazos. Cinthia, al entender que nada lo conmovería, abandonó por completo su fingida docilidad—. ¡Te juro que lo pagarás caro! ¡Te odio! —gritó, dándole patadas y puñetazos que resultaban caricias a Lucien.

—¿Has acabado?

—¡Maldito cabrón! ¡Te juro que te arrastrarás a mis pies!

Su secuestrador se detuvo sin pronunciar una palabra, sin embargo, Cinthia continuó insultándolo un poco más.

Don Ángelo presenció divertido la escena en la que su hija lo increpaba con unas ofensas viperinas que le evocaron a su madre.

Por su parte, Lucien estaba harto de padre e hija. Ya era hora de que solucionaran a solas sus problemas. Sin dudarlo ni medir las consecuencias de su acción, Lucien soltó a Cinthia, quien aterrizó en el suelo con un golpe seco. Eso le valió tan solo un alzamiento de la ceja del viejo, aunque por la expresión de su rostro el arrebato le podía haber costado la cabeza.

—¡Ahora vas a matarme! —se quejó.

El golpe le dolió más en su orgullo que en el trasero.

—Don Ángelo —dijo él, con una leve inclinación de cabeza y dispuesto a marcharse.

—Lucien —le pidió—, me gustaría que asistieras a la fiesta que mañana se celebra en esta casa. Conmemoraremos la llegada de un hijo pródigo.

—La familia debe resolver sus problemas en privado.

—… te considero de la familia.

Lucien tuvo que apretar la mandíbula y tragarse su oposición. No podía negarse a la petición del viejo.

—Claro, asistiré encantado.

El antiguo ángel se acercó a la muchacha y levantó su rostro. Cinthia retrocedió y chocó con el pecho del motero.

—No eres tan guapa ni tan seductora como tu madre —escuchó

decir al jefe de Lucien—. Tienes su carácter y rebeldía; no su estilo —dijo al tiempo que la evaluaba con más atención.

—¿Conoció a mi madre? —preguntó con curiosidad y obvió sus insultos.

—Era una mujer impresionante. Muy diferente a su hija.

—Murió al nacer yo.

—Es cierto. Tú la mataste —sus palabras helaron el corazón de Cinthia. Tras un segundo de silencio, añadió—: Querida, disculpa mi mala educación, no me he presentado, soy don Ángelo. Un buen amigo de tu madre.

—El buen amigo de mi madre, ¿qué quiere de mí?

—Hablaremos más tarde de lo que espero de ti.

—Creo que no —dijo Cinthia con soberbia.

—Es hora de irse —intervino Lucien, y agarró el brazo de la joven al ver un fulgor rojizo en los ojos del perdido.

—Recuerda —le dijo Cinthia con rencor—, no soy asunto tuyo.

La risa del viejo enfrió la situación y ambos jóvenes se giraron hacia él.

—Desde luego, eres hija de Elvia y juraría que de tu padre. —Tomó la barbilla de Cinthia otra vez entre los dedos—. Aunque ya lo averiguaremos. —Su rostro cambió y se dirigió al caído—: Acompáñala en todo momento.

—El trato…

Lucien acalló sus protestas al ver la expresión del rostro de don Ángelo. El trato no incluía hacer de niñera, pero no desobedecería al viejo.

Don Ángelo confirmó por la tensión de la mandíbula del caído que le disgustaba su nueva misión. Tampoco a su hija le entusiasmaba la orden, ya que su rostro se asemejaba al de un condenado a soportar un calvario. Ambos debían superar sus diferencias. Había elaborado un concienzudo plan y las disputas de esos dos no lo estropearían.

Baile de máscaras

Los hombres no cambian, se desenmascaran.
Germaine De Staël

Cinthia abrió el balcón que daba directamente al canal. Era absurdo negar que el aroma a salitre y humedad, junto con el ruido de las góndolas repletas de turistas, perteneciera a otra ciudad que no fuera Venecia. Clavó las uñas en la barandilla y esperó a que su carcelero volviera. Un rato antes, le habían ofrecido una bandeja con comida que no se atrevió a probar. Hasta ahora la habían tratado con cierta amabilidad, incluso le habían regalado un vestido, demasiado femenino para su gusto, cuya cremallera se resistía a obedecer.

En ese instante, unos golpes en la puerta le avisaron de que alguien entraría.

—¿Eres Lucien? —Vacilante, tanteó la pared para avanzar hasta la salida.

—Sí, soy yo.

Cinthia guardó silencio, pero su rostro se tranquilizó al escucharlo. Pese a ello, Lucien veía cómo disimulaba el miedo.

—¿Puedes subirme la cremallera? —preguntó para acabar con el silencio que se había instalado entre los dos.

Sin escuchar su aceptación, se dio la vuelta. De nuevo, aquellas alas tatuadas en su espalda reanimaron en él una agitación extraña que prefería no repetir. Cinthia apoyó la cabellera en uno de sus hombros.

—¿Por qué te tatuaste unas alas?

Se giró hacia él y el tatuaje cobró más realismo. Las plumas se

agitaron en un movimiento sinuoso y delicado que envolvió la espalda de la joven en un abrazo.

—No estoy segura —confesó—. Siempre me han gustado los ángeles. Hasta he tenido la alucinación de ver unos cuantos. —Sonrió, y surgieron dos hoyuelos en sus mejillas otorgándole un encanto oculto que Lucien no había visto hasta ese momento.

El ángel le subió la cremallera del vestido. La curiosidad venció a la prudencia y acarició el tatuaje. La caricia encendió en Cinthia una excitación que nunca había notado antes. El silencio entre ambos era tan opresivo que se escuchaban sendas respiraciones. La joven cumplía veintiséis años ese día y perderse entre los brazos de aquel ángel del infierno sería el regalo perfecto con el que celebrar su cumpleaños.

—¿Por qué no has comido? —preguntó, alejándose de ella. No era buena idea dejarse llevar por el deseo.

Cinthia recuperó la compostura, reprimiéndose por abandonarse a unos instintos tan primitivos como estúpidos.

—¿Por qué crees?

—¿Piensas que te van a envenenar? —Don Ángelo nunca escogería el envenenamiento como castigo, sino un método mucho más doloroso—. Puedes comer, ya te he dicho que nadie te hará daño.

La joven extendió la mano hacia la mesa en busca de la bandeja, palpó el filo del plato hasta que cogió uno de los sándwiches.

—¿Quién es ese don Ángelo? —Mordisqueó el pan.

—El dueño de todo esto —dijo con prudencia.

—¿Es amigo de Bergue?

—¿Quién es ese Bergue?

—Yo respondo, si tú también contestas a mis preguntas —propuso ella.

Lucien dudó si aceptar el juego, no obstante, resultaba más divertido escuchar sus explicaciones que leerle la mente. Además, no tenía otra cosa mejor en que invertir el tiempo. El antiguo arcángel le había ordenado que la vigilara y terminaría desquiciándola si la censuraba con su silencio. La había visto enfadada y prefería no hacerlo de nuevo.

—Hecho —respondió él, y se sentó en la otra butaca.

—Bergue es un tipo al que le robé un Monet.

—¿Por qué le temes tanto?

—¡No le temo! —se apresuró a decir, y su rostro exhibió una certeza diferente—. Tienes razón. No me gusta, es peligroso.

—¿Por qué le robaste el Monet?

—¡Basta! El trato es una pregunta y tú no has contestado todavía a ninguna de las mías.

—Don Ángelo es un hombre que lleva un imperio con mano de hierro.

Al perdido le habría divertido la descripción que daba de él, pero no tenía otra manera de explicarle la realidad.

—¿Por qué le intereso?

—Eso no lo sé —mintió—. No soy nadie en esta organización. Solo el encargado de traerte aquí y…

—Vigilarme —dijo ella con un tono de ironía en la voz. Soltó el sándwich sobre el plato con más fuerza de la necesaria y sin acertar en la diana—. No piensas abrir la boca, ¿verdad? —Ante el silencio de Lucien añadió—: Márchate —dijo resignada—. Descansaré un rato. No quiero defraudar a tu jefe.

—No intentes escapar —le advirtió.

—¿Dónde iría?

Lucien salió de la habitación, ni siquiera había cruzado el dintel de la puerta cuando escuchó el estruendo que produjo la bandeja al estrellarse contra el suelo.

A solas, Cinthia recorrió cada centímetro del espacio en el que la mantenía encerrada con el ánimo de tranquilizarse. Apreció al tacto la calidad de las cortinas, la comodidad de la cama, la inmensidad de un baño del tamaño de una *suite* de hotel; inclusive, se rindió a la bañera estilo victoriano que lo presidía y tocó cada detalle de las patas de metal. Mientras el tiempo pasaba, la desesperación de Cinthia aumentaba en la misma proporción.

—¿Lucien? —Su voz sonó con más intensidad de la que pretendía al escuchar cómo se abría la puerta.

—No, señorita —dijo una voz femenina, Cinthia detectó furia en ella.

—¿Quién eres? —preguntó, disimulando su angustia.

—Vengo a ayudarla a vestirse para la fiesta.

—¿Una fiesta?

—Sí, en su honor.

El tal don Ángelo había hablado que la fiesta se celebraría por el regreso de un hijo. Daba igual por qué la habían invitado. Su sexto sentido le avisaba de que tenía que huir de allí cuanto antes, pero su mente le aconsejaba que desistiera, ya que sin su ángel del infierno no lo conseguiría.

—Es una fiesta de época y su vestido es de damasco con incrustación de perlas…

—Será precioso.

—… es más que precioso —dijo con tal dureza que acalló a Cinthia—, perteneció a su madre.

—¿Mi madre? —Cinthia se acercó a tientas hasta dónde se encontraba la mujer—. ¿La conocías?

—Todos en esta casa la conocieron.

Con el paso de las horas, la turbación de Cinthia aumentaba. Durante toda su vida había supuesto que a su madre le tocaron unas cartas demasiado duras con las que vivir; pero, también había disfrutado de una casa, vestidos y amor.

—¿Puedes contarme… ?

—Nada, señorita —la interrumpió otra vez—. Se hace tarde y debe arreglarse.

Cinthia se hubiera negado, pero obedeció para no disgustar a la mujer que podía hablarle de su madre.

—Por supuesto —dijo, con la esperanza de congraciarse con ella.

Dos horas más tarde, Lucien fue a buscarla y admiró el cambio sufrido en la cazadora a causa de la ropa.

—¿Y bien? ¿Parezco un cuadro de Picasso?

—No —dijo, incapaz de halagarla como era debido.

Cinthia apoyó las manos en las caderas, al menos, se merecía un comentario adulador por soportar el corsé y un vestido que pesaba una tonelada.

—Supongo que nunca dices cosas bonitas a las chicas.

—Nunca digo nada a las muchachas imprudentes, ni cosas feas ni cosas bonitas.

—Ya…

—Ya qué.

—Tu conversación no es tu máximo atractivo.

Lucien hacía mucho que no conversaba con una mujer. La última vez fue con Sara exigiéndole que se quitara la vida; tampoco con Alis fue elocuente en sus escasos encuentros.

—¿Cuál es mi máximo atractivo? —Al terminar de hablar la tomó del brazo.

Cinthia experimentó esa sensación extraña que la embargaba cada vez que estaba cerca de él.

—¿Viajar de Roma a Venecia a toda velocidad? ¿Acaso es un buen truco para llevarlas a la cama?

El caído emitió una carcajada. Su risa sonó a los oídos de Cinthia tan sensual que agradeció en ese momento su ceguera o habría leído el deseo en sus ojos.

—Te aseguro que ese no es el mayor de mis encantos —le susurró. Su proximidad crispó más sus nervios con aquel juego de

palabras.

Habían transcurrido cientos de años desde que una mujer le provocara pensamientos lujuriosos. Ella era una cazadora de almas, la razón que explicaba el magnetismo que ejercía sobre él. Tan solo era un monstruo más poderoso que él mismo.

—Quizá esto sea lo que atraiga a las mujeres —dijo ella con una sonrisa de satisfacción al enseñarle el anillo.

—¿Cómo me lo has robado?

Lucien reconoció, admirado, la pericia de la muchacha como ladrona. Gerard se burlaría de él por dejarse engañar dos veces.

—Ese es mi mayor encanto.

—Tu don es tu mayor encanto y será tu perdición —profetizó él, enfadado por doblegarse a sentimientos humanos.

Sus palabras fueron tan duras que Cinthia se puso rígida.

—Tenemos que asistir a una fiesta —le recordó, y empezó a caminar.

—Sí, una de máscaras. Toma la tuya.

Lucien le entregó una y Cinthia negó abatida con la cabeza.

—No necesito una máscara. Sé quién soy.

—No tienes ni idea de quién eres y, lo que es peor, lamentarás descubrirlo. —Le puso la máscara en la mano—. ¡Póntela!, te protegerá de los monstruos.

—¿También de ti?

Lucien retuvo a tiempo una respuesta, él era un monstruo del que debía protegerse, pero no era el único. El salón estaba repleto de ellos. Le ofreció el brazo y sostuvo su mano en él. Cinthia no pudo negarse y se dirigieron al salón de baile. La música llegó a sus oídos con reminiscencias de otra época.

—Cuéntame qué ves —pidió Cinthia.

—Una gran sala de mármol, lámparas de araña encendidas, candelabros por doquier.

—¿Qué más?

—Camareros vestidos de levita, bandejas brillantes, copas de champán, una orquesta y parejas con ropa de época.

—No puedo imaginarme que lleves una levita y unas calzas por pantalones.

—… soy capaz de muchas cosas, hasta de llevar esta ropa.

—Eres capaz de ayudarme a cambio de los ciento cuarenta mil que tengo a buen recaudo.

—No traicionaría a don Ángelo, olvídalo.

—Si no es por dinero, podría… —dijo ella recorriendo con un dedo el torso musculoso del motero.

La caricia sorprendió a Lucien. Estaba convencido de que no veía, pero si poseía de nuevo su don, tenía que ser precavido o esa bruja anularía su voluntad.

—Ya te dije que no me acostaría con alguien como tú.

—¡Cabrón!

—Bruja —respondió él, y rozó con la yema de uno de los dedos el cuello de la muchacha.

—¡No me toques!

—Antes de comprar he de probar un poco de la mercancía para averiguar si vale la pena jugarme el cuello por ti.

—Eres un bastardo —dijo ella con una sonrisa cínica.

—No era a mí a quién se lo decían, pero la mayoría piensa que lo soy.

—¡Dios! Eres un…

El rostro de Cinthia se enrojeció de la rabia y se mordió la lengua para evitar una escena. De todos modos, a ella qué más le daba si estropeaba aquella fiesta a la que la obligaban a asistir. Aquel traje aprisionaba su talle, juraría que esa zorra le había apretado el corsé más de lo necesario; le faltaba el aire.

—¿Te encuentras bien?

—A ti qué te importa —logró decir, procurando disimular el manojo de nervios en el que se había convertido.

—Querida jovencita —dijo el perdido, y la aparición del rey de las sombras acalló la respuesta de Lucien—. El vestido de tu madre te sienta bien, aunque pareces sofocada.

—Es que no estoy acostumbrada a este tipo de ropa. Gracias por el vestido —dijo Cinthia—. Saber que era de mi madre le otorga un gran valor.

—¿Me concederías este baile? —pidió don Ángelo.

—¿Tengo otra opción? —preguntó ella sin dejar de sonreír.

—No, querida, no la tienes.

—Entonces…

Alzó los brazos bajo la atenta mirada de medio inframundo. Lucien omitió contarle al describirle el salón que los invitados eran demonios dispuestos a lanzarse sobre ella de un momento a otro. Solo el rey de las sombras impedía que tomaran la vida de la cazadora. La muchacha habría gritado de terror si hubiera visto que don Ángelo y ella eran los únicos que bailaban en ese cuarto. Entonces, un engendro vestido de color púrpura se acercó al caído.

—¿Cuánto tiempo sin verte, Lucien?

—Débora, ¿qué quieres?

—El viejo no tendrá paciencia. —La sombra había vestido y

arreglado a Cinthia, cumpliría cada orden de su rey, pero había luchado por no apoderarse de la joven con todas sus fuerzas—. Tendrás que matarla si no recobra su don.

—¿Y si me niego?

—Nadie le niega nada, ya deberías saberlo. —Un ligero olor a azufre y los ojos rojos de la sombra pusieron en tensión al caído—. Te recuerdo que todavía tienes una familia a la que proteger.

—No se atrevería —dijo él con tanta vehemencia que motivó en la perdida una sonrisa de triunfo.

—Es un arcángel del inframundo. No lo olvides.

Lucien observó a Cinthia, inocente de que en treinta días él la asesinara posiblemente. La música se detuvo y don Ángelo la acercó al ángel.

—Ya no tengo edad para esto —bromeó con una ingenuidad fingida que generó en Lucien que torciera los labios—. Baila con Cinthia —le ordenó, sus ojos se clavaron en el caído. Sus palabras no eran una sugerencia, sino una orden.

—¿Cinthia?

Ella no se negó, incapaz de comprender las sensaciones que don Ángelo le había causado, pero era como si hubiera bailado con el mismo Satanás. En cambio, los brazos de Lucien le devolvieron la normalidad.

—No me pises —protestó, rompiendo el mutismo de su compañero de baile.

—Ninguna mujer se ha quejado de que la pisara cuando bailábamos.

—¿Y de qué se han quejado?

Lucien padeció una ligera excitación gracias a aquel peinado de tirabuzones que bajaban hasta sus senos encorsetados que se exponían de un modo tan apetecible. Todo en ella era un atentado contra su voluntad. Mientras sus ojos, brillantes y ciegos, lo miraban sin temor, él no olvidaba las alas tatuadas de su espalda. Se convenció de que las sensaciones que lo mortificaban cada día más eran obra de su don porque temía preguntarse que si no lo eran a qué se debían.

—¿Has recuperado la vista?

—Aún no.

—¡Maldita sea! —masculló él, y la condujo sin aliento en un vals a lo largo de la pista.

—¡Eh! ¡Ten cuidado! Mi vestido se enreda en las piernas. ¡Basta! ¡No puedo respirar! —gritó, y se detuvo en medio de la pista de baile.

Lucien respiró agradecido porque ella no viera cómo todos los observaban. Atrapado entre todas aquellas sombras, y dividido por las impresiones inquietantes que Cinthia despertaba en él, se resignó a lo inevitable.

—¡Vamos! —dijo, tomándola del brazo y sin dar más explicaciones la arrastró hacia la salida.

Desde una esquina del salón, el rey de las sombras los vigilaba.

—Don Ángelo —dijo una de los soldados del perdido—, ¿detenemos a esa escoria?

—No, es el único en quien confío.

El perdido asintió con una inclinación respetuosa. Nadie en aquella habitación resistiría por mucho tiempo la tentación de apoderarse de la cazadora y obligarla a robar almas, salvo ese bastardo de Chevalier.

No hay final, sino un principio

La pasión a menudo convierte en loco al más sensato de los hombres, y a menudo también hace sensatos a los más locos.
François de la Rochefoucauld

—¡No puedo seguirte más! ¡Quieres parar de una jodida vez! —gritó ella con la respiración agitada por el esfuerzo de atravesar los cuartos y pasillos de aquella interminable mansión veneciana.

—Intento que salgas de una pieza…

Lucien no pudo terminar la frase, ya que en el camino tropezó con una sorpresa desagradable.

—¡Caído, entréganosla! —dijo una de las sombras que le impedía llegar hasta el cuarto de Cinthia.

La joven dedujo que su vida dependía de la decisión de Lucien. Rogó para que no recordara la manera en que lo había tratado en algunas ocasiones.

—Don Ángelo, ¿sabe esto? —Lucien vigilaba cada movimiento de las sombras. Durante unos segundos, los tres perdidos se miraron unos a otros—. ¿Quién es el cabecilla de esta tontería?

Resguardó a la cazadora tras su espalda, protegiéndola con su cuerpo.

—¿Qué sucede? —Cinthia se sujetó con mucha más fuerza a su levita.

—Nada de lo que preocuparse —dijo él, y le retiró las manos—. No te muevas de aquí.

Sin quererlo, besó su nariz. Fue un leve roce, aunque para ambos supuso un *tsunami* de sentimientos.

—Tranquilo, no me moveré ni un centímetro. —Entrelazó los

dedos con los suyos—. ¿Ellos son tan peligrosos como suenan? —preguntó con un tono de acritud.

—Lo son, pero yo lo soy más, bruja.

—Ten cuidado, él de tu izquierda huele extraño, a azufre o pólvora…

Lucien sonrió, el olfato de Cinthia no la engañaba, todas las sombras olían a azufre. Los humanos solían confundirlo con el olor a pólvora quemada.

—¡Eh! Dejemos las palabritas de amor para después —dijo uno de los secuaces de don Ángelo.

Lucien, de un vistazo, se aseguró de que a Cinthia no la alcanzaran esas bestias. Desplegó las alas, mostró las garras al tiempo que sus ojos aguamarinas brillaron con tanta intensidad que uno de los perdidos tragó saliva, asustado. Lucien no se asemejaba en nada a ningún otro caído, su fama le precedía; una fama terrible y mortal.

—¿He de escribiros una invitación?

Las sombras se lanzaron contra él con un alarido ensordecedor. Cinthia se tapó las orejas. El ruido era infernal y temió por la integridad de Lucien y por la suya. Escuchó chasquidos de huesos, rotura de muebles e incluso palabras en un lenguaje ininteligible. Luego, el atronador ruido dio paso a un inquietante silencio.

—¿Lucien? ¿Dónde estás?

Cinthia se atrevió a dar unos pasos, pero Lucien la sujetó de los hombros o hubiera tropezado con alguno de aquellos cuerpos destrozados.

—Te dije que no te movieras —oyó a su espalda.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué querían? ¿Qué les has hecho? ¿Te encuentras bien? ¿Por qué?

—¡Dios! Basta de preguntas —exclamó Lucien abrumado por el interrogatorio de la chica, mientras la alejaba de aquella escena macabra.

—¡Está bien! —gritó, soltándose de él cuando escuchó cerrarse la puerta tras ella—. Si no quieres explicármelo, al menos déjame respirar.

Lucien no podía perder el tiempo en explicaciones innecesarias, entró en el baño y se limpió las heridas. Luego, se dirigió a Cinthia y comenzó a desanudar las cintas del corsé.

—¡Maldito cabronazo! ¿Crees que soy una Barbie?

Lucien ignoraba a qué se refería, ¿quién era Barbie? Pero no disponía de tiempo para perderlo en cuestiones que no la sacarían de allí con vida.

—Tenemos que irnos ahora —ordenó, y evitó emitir un quejido de dolor por las heridas que los perdidos le habían infligido—. Esta ropa sería un estorbo.

—¿Por qué? Si no abres esa bocaza, no moveré un músculo —dijo con una cómica tozudez.

Mientras, se deshizo del vestido, aunque lo sujetaba con cuidado. Algún día lo recuperaría.

Durante un instante, Lucien la observó despeinada y en ropa interior. Enfadado, por aquella distracción, arrancó un vestido de la percha del armario y se lo metió por la cabeza.

A lo largo de su vida, Cinthia había conocido a toda clase de hombres, sin embargo, este era diferente a todos ellos. Nunca había confiado en ninguno, pese a que se negara a aceptarlo, no le ocurría lo mismo con él. Al principio, abrigó la idea de que se debía a la ceguera, pero esa no era la única causa.

—¿No piensas contestarme? —insistió ella, a la vez que se daba la vuelta y le subía la cremallera.

—Si no lo haces, morirás esta noche —sentenció, y acarició una de las alas tatuada en su espalda.

Él le había confesado que la matarían. En cambio, solo pensaba en sus manos y en cómo había dibujado con las yemas de los dedos el contorno de su tatuaje. En la sensualidad que había despertado al rozar su piel. Lanzó un suspiro resignado. La cordura también había desaparecido junto con su vista. Era absurdo negar la atracción que ese hombre ejercía sobre su voluntad, pero se preguntó si su ángel del infierno era su salvador o su verdugo.

En Roma, Germán limpiaba el arma y comprobaba el equilibrio y el peso. Alzó el brazo y apuntó a la puerta. En ese momento, Marcel salía del baño, envuelto en una toalla.

—¡Joder! —Su amigo levantó los brazos.

—¡Lo siento! —se disculpó azorado—. Solo la probaba.

—Por eso no me hice policía.

Marcel bajó los brazos, se sujetó la toalla y se sentó. Las piernas apenas lo sostenían. El cañón apuntándole directamente al rostro le había quitado las ganas de desayunar.

—¿Por las armas?

—Por las armas y porque matan —le recordó con sorna Marcel.

Germán dibujó una sonrisa torcida y guardó la pistola en la funda de su cinturón.

—Tengo que salir.

—¿Se han acabado las vacaciones?

—Eso me temo —dijo, y sin ninguna otra explicación se marchó.

Germán se dirigió a un cibercafé, necesitaba conectarse a Internet y no lo haría desde el ordenador de Marcel, prefería no complicar a su amigo en sus asuntos. Se introdujo en la red de la comisaría y buscó información sobre Bergue. Poseía el expediente de un recién nacido. Si algo en su profesión escamaba a Germán, era la asepsia de empresarios con ojos como peces muertos y Bergue pertenecía a esa categoría. Releyó el informe del forense sobre el pirata informático y continuó con el de la ladrona. Nada en ellos lo ayudó a iniciar una línea de investigación que lo condujera hasta Roma. Telefonearía a Marcos, el policía italiano con el que trabajó en un caso de ladrones albanos por si alguien había denunciado el robo de alguna obra de arte menor.

—*Centro commissario di polizia* —dijo una voz femenina.

—*Con l'ispettore Pacciani* —respondió Germán, era lo único que pronunciaba en italiano.

Dos segundos más tarde, una voz ronca de fumador respondió al teléfono. El inspector Pacciani tenía familia francesa y hablaba su lengua.

—*Il discorso Pacciani Inspecto, chi é?*

—Marcos, soy Dubois.

—¡Eh! ¿Cómo estás?

—Más viejo y cansado —bromeó—. Pasaré unos días en Roma y me gustaría verte.

—¿Trabajo o vacaciones?

Marcos conocía muy bien a Dubois por el caso que compartieron juntos, así que ante el silencio momentáneo al otro lado de la línea supuso que las vacaciones de Germán eran una tapadera.

—Trabajo y no es oficial.

—De acuerdo, dentro de una hora en la cafetería *Tempo del Caffè*. Te envío la dirección a tu móvil.

Germán esperó a Marcos saboreando un expreso en la terraza de la cafetería, sobre la mesa había extendido las fotografías de Bergue y el *hacker* asesinado.

—Veo que sigues igual —dijo una voz enronquecida.

—¡Marcos! Me alegro de verte.

Ambos se estrecharon la mano. Dubois hizo una señal al camarero y este trajo otro café.

—¿Es sobre el caso en el que trabajas?

—¿Qué puedes decirme de este tipo?

Pacciani observó las fotografías. El policía italiano encendió un cigarrillo. Su aspecto bonachón ocultaba a un policía profesional y conocedor de los mundos más sórdidos del hampa italiana.

—Es Bergue —dijo, y golpeó la fotografía con un dedo—. Es peligroso y escurridizo. —Se desajustó la corbata y se replegó en la silla con aire cansado. Marcos era un cincuentón que la comida italiana no había malogrado—. No es buen asunto mezclarse con él. Hace unos años descubrimos una relación con la mafia siciliana, pero no pudimos demostrarlo. ¿Por qué vas detrás de él?

—Por un robo de un cuadro.

—Este tío no se complicaría la existencia por algo tan insignificante.

—En este caso, la víctima es él.

Marcos emitió una carcajada. Después puso los codos en la mesa acercándose más a Dubois.

—¿Quién ha sido el imbécil que le ha robado?

—Marnie la Ladrona.

—Una mujer muy estúpida. Si la encuentra, no vivirá mucho tiempo.

—El socio, un estudiante, ha aparecido muerto en el Sena. Quien lo haya asesinado ha disfrutado torturándolo.

Marcos bebió un sorbo de café y dio una larga calada a su cigarrillo.

—Ten cuidado, Dubois. Bergue no es alguien con el que se juegue. Aquí no tienes jurisdicción y no es oficial, poco puedo hacer por ayudarte.

—No estés tan seguro.

—¿Tú dirás?

—Necesito una lista de los anticuarios que compran objetos robados.

—La lista será larga.

Marcos apagó el cigarrillo en un cenicero de metal y aguardó la aclaración de su compañero francés.

—Solo los que comercien joyas y obras de arte menores. No grandes piezas.

—La lista se reducirá a cinco o seis. Dame un par de horas y te la envío a tu móvil. ¿Crees que colocará alguna pieza en el mercado?

—Huyó deprisa de París y nadie ha encontrado el Monet, quizá…

—Si lo vende, será una presa fácil.

—Mi chica no sabe hacer otra cosa —afirmó.

El sol lo obligó a ponerse las gafas y a Pacciani encender otro cigarrillo. Tomaron un segundo café mientras recordaban el caso albano. Después se despidieron, no sin prometerse que comerían

juntos antes de que el inspector regresara a París.

No muy lejos del café donde los inspectores se habían reunido se hospedaba Bergue. El empresario ignoró a la rubia con la que había dormido esa noche, salvo para ordenarle que se largara. Su voz sonó tan fría que la chica se envolvió en la sábana y abandonó la cama sin decir una palabra más. Esteban le entregó un fajo de billetes. La muchacha cogió sus cosas y salió de la habitación aprisa. Esos dos tipos le provocaban escalofríos.

—¿Alguna noticia?

—Dubois ha hablado con Pacciani.

Bergue se giró y en sus ojos leyó que contenía la furia.

—Busca a la *señorita* y ha preguntado por usted.

—No se da por vencido.

—Es persistente y…

—Un loco —lo interrumpió—. Ocúpate ya de este asunto.

—Entendido, señor.

Bergue se metió en el cuarto de baño. El secretario cerró la carpeta en la que guardaba las fotografías del policía. Marcó un número de teléfono, la voz al otro lado sonó bronca.

—Tenemos que atrapar al ratón en una trampa. El jefe se impacienta.

3

Una pasión que arde como el fuego

La lujuria merece tratarse con piedad y disculpa cuando se ejerce para aprender a amar.
Dante

Por primera vez en la vida le gustaba a alguien sin que el responsable de ello fuera su «superpoder». Emitió un segundo suspiro de rendición al notar los brazos de Lucien rodearle la cintura. La respiración se le aceleró cuando los labios del caído rozaron su cuello. Todas esas sensaciones se incrementaron al notar el viento agitarle el cabello y la ingravidez bajo los pies. En esta ocasión, se mantuvo inmóvil, expectante, temerosa de que aquel hechizo se rompiera. Le daba igual qué le sucediera, mientras permaneciera entre sus brazos. Las emociones la invadieron por completo, aumentando el ardor que la excitaba cada vez más. El momento se disipó cuando sus pies se asentaron en el parqué y él la soltó. Un terrible vacío se apoderó de Cinthia. La joven con la yema de los dedos dibujó el contorno de su rostro.

—¿Dónde estamos? —Cinthia agachó la cabeza para disimular la pasión que sus ojos mostraban sin pudor al caído.

—En tu habitación de hotel.

Las suaves manos de la cazadora encendían un fuego en su interior que Lucien ignoraba poseer. Agradecía su ceguera o habría visto su timidez y desasosiego por amarla. Hacía tanto tiempo que no yacía con una mujer que realizaba un gran esfuerzo por controlar las ganas de poseerla. Se recriminó las veces que en el pasado había condenado a su hermano Denis por un amor inexplicable o a Gerard por entregarse a la pasión. En aquel

instante, era él quien no dominaba la excitación por Cinthia. La miró fijamente, juraría que padecía las mismas ganas que él de lanzarse a ese juego sexual. Mandó al cuerno sus prejuicios y se adueñó de su boca. Recorrió con la lengua cada centímetro de la de ella en un beso profundo, completo, que trastocó el mundo de Cinthia, al igual que el suyo. Lucien saboreó su interior con deleite, mientras se dejaba llevar por el placer de conocer cada rincón de su cuerpo.

—¡Dios! —exclamó Cinthia al apartarse de él para respirar.

Jamás la habían besado de aquella manera, incluso había perdido la consciencia de su propio ser. Solo existía lujuria. De pronto, Cinthia se maldijo a sí misma y al universo por recuperar la visión. Contempló sus ojos aguamarinas, brillantes, apasionados y tan ardientes que creía se consumiría en llamas. Cerró los suyos para alargar ese instante un poco más.

—Hace mucho que… —vaciló él con la respiración agitada gracias a un sofocante ardor que lo embargaba.

Cinthia casi se descubrió al ver su rostro invadido por la incertidumbre, si bien su indecisión era tan real que la invadió la ternura. Veía en su mirada, mucho más brillante y salvaje, la inseguridad que ella también padecía. Colocó las yemas de los dedos en sus labios y acalló sus explicaciones. Lucien se apoderó de nuevo de su boca, apenas soportaba su cercanía sin lanzarla a la cama, el roce de sus manos era una tortura que le supondría pagar un alto precio. Su cuerpo ardía y ansiaba poseerla como nunca había deseado a nadie. En diferentes circunstancias, ese extraño mutismo hubiera alertado a Lucien, sin embargo, su don ya lo subyugaba. La joven se consoló al recordar que al menos el primer beso no fue una ilusión.

En ese momento, Germán repasaba la lista de anticuarios que podían negociar con su ladrona. Todos negaron conocerla y, cansado de obtener la misma respuesta, lanzó los papeles sobre la mesa. Sin previo aviso, un individuo, con el semblante agrio y una voz espesa, se acercó a él. La intromisión se produjo cuando el inspector bebía su tercer expreso de esa mañana, sentado en una cafetería cercana a la tienda del último anticuario que había visitado ese día.

—Señor Dubois, el señor Bergue lo invita a almorzar.

El policía continuó degustando su café sin contestar a la oferta, indiferente al empleado que aguardaba la respuesta. Esperaba esa invitación desde que se conocieron en el club.

Bergue lo citaba en un restaurante llamado El Edén, uno de los

locales más caros y selectos de Roma. El inspector, vestido con vaqueros y una chaqueta con coderas, destacaba entre el resto de comensales y, sobre todo, con el de su anfitrión. El empresario vestía un traje impecable y, su engominado pelo, revelaba a un tipo seguro de sí y acostumbrado a cumplir su voluntad. El Rolex que exhibía en su mano izquierda costaría tanto como la paga que recibía en dos años. Germán se acercó a la mesa, donde Jacob ya bebía una copa de vino, cuando su acompañante se retiró con discreción.

—Es de la mejor añada, le aconsejo que no desperdicie la oportunidad de probarlo. —Alzó una ceja y añadió—: ¿Acaso está de servicio?

—Señor Bergue, qué quiere.

Jacob dejó la copa vacía en la mesa.

—La muchacha es mía.

Germán hubiera conjeturado cualquier propuesta menos una declaración tan evidente.

—Señor Bergue, no sé de qué me habla —se obligó a decir.

Ambos sabían a quién se refería, pero Dubois carecía de jurisdicción y autoridad. Estaba en Roma sin el consentimiento de su jefe, si algo salía mal, en París solo le quedaría su gata, a la que era alérgico, junto con una carta de despido.

—Señor Dubois, pensé que nos entenderíamos sin problemas. —Su rostro cambió de pronto—. Me robó y nadie me roba.

—¿Qué piensa hacer para atraparla?

Jacob esbozó una sonrisa que torció su labio superior, dándole el aspecto de una persona cruel. Germán había detenido e interrogado a lo largo de su carrera a muchos delincuentes y ninguno le había provocado un escalofrío como ese tipo.

—Yo nada, señor Dubois, pero usted sí lo hará.

—No lo entiendo. —Sonrió—. En Roma, solo soy un turista de vacaciones.

—Preferiría que la atrapara usted antes que mis hombres.

—¿Por qué no detiene la búsqueda?

Dubois miró directamente a Bergue, ambos se enfrentaban a la verdad de ese encuentro.

—¿Y que todo el mundo piense que una ladronzuela puede robarme? Señor Dubois, tengo una reputación.

—No comprendo por qué me cuenta todo esto.

—Usted siente obsesión por ella y yo también. Mi intención no es matarla —mintió—. Ambos somos caballeros, pero mis asuntos los resuelvo a mi manera —le advirtió—. Disfrute de la cena, no se

preocupe por la cuenta, corre a mi cargo.

Bergue se puso en pie, señal de que daba por concluida la conversación. Le había declarado que apresaría a Marnie. Germán supo que debía encontrarla o sería otro de los cadáveres anónimos que aparecerían en los noticiarios de la ciudad.

Germán jamás hubiera imaginado que Marnie habría renunciado a la libertad antes que revelar a un motero, con una chaqueta satánica, que veía de nuevo.

Lucien supo que había recuperado el maldito poder al esquivar su mirada. La agarró del cuello y la alejó de él.

—¿Cuánto tiempo hace que ves?

Cinthia, abochornada, al ser pillada en su propia mentira, no se defendió.

—Hace cinco minutos —confesó, y se desprendió de sus manos.

En el rostro de Lucien se plasmó con claridad la opinión de su comportamiento. —¡Bruja! No vuelvas a tocarme —la amenazó Lucien con rabia.

La joven no supo qué le dolió más, que la llamara «bruja» o que le pidiera no tocarlo.

—Parecías muy dispuesto —le siseó con verdadero resentimiento.

Lucien no aguantaba más aquella situación. Sí, estaba dispuesto, y sí, su cuerpo ansiaba llevarla a esa cama.

—Si intentas seducirme con tu brujería, te juro que te mataré. Si algo desprecio más que a un humano, es a un engendro mentiroso.

Sus palabras acumulaban tanta rabia que se preguntó cuáles eran los motivos por los que la odiaba tanto. Sin embargo, Lucien se sentó en la butaca de la habitación, cruzó los brazos sobre el pecho y disimuló dormir.

Cinthia habría golpeado la cabeza de ese majadero por sus hirientes palabras, pero al analizarlas comprendió que su locura era mayor a la suya. Había utilizado «humano y engendro», ¿quién llamaba a su semejante humano? Unos golpes en la puerta le anunciaron que tenían visita. Cinthia lo miró, viendo que no movería un músculo, se dispuso a abrir.

—Ni se te ocurra —le advirtió.

La chica rechinó los dientes, achinó los ojos cargados de odio y desoyó su advertencia. Ningún engreído, imbécil y bastardo le dictaría cómo vivir. Desde la infancia se había valido por sí misma, pasado de una a otra familia de acogida hasta que un día decidió coger las riendas de su vida. Se escapó, cambió de nombre y sobrevivió gracias a su don. Robar obras de arte fue producto de la

casualidad.

»—¡Siéntate! —le ordenó con una autoridad que terminó por enfadarla.

Cinthia abrió la puerta y, dos segundos más tarde, un hombre de tamaño descomunal se abalanzaba sobre ella arrastrándola al exterior.

»—¡Suéltala! —escuchó decir a Lucien.

—Si no te alejas de ella, le partiré el cuello —lo amenazó la sombra.

—Suéltala o serás tú el que esta noche no tenga cuello.

Dos segundos más tarde, el gigante que la aprisionaba moría despedazado por un ser con forma de ángel. Cinthia se desplomó en el suelo, sin saber qué creer. Pronunció unas palabras incomprensibles, una mezcla de oración católica y protección Zen. No estaba segura de qué había sucedido en aquel cuarto. Se había enfrentado a diferentes situaciones a lo largo de su vida: algunas más desagradables que otras, pero esta carecía de una explicación razonable.

—¿Cómo?

—Te advertí que no abrieras. —Lucien no se molestó en ayudarla.

Cinthia reculó hasta apoyarse en la pared. Su instinto le exigía huir, pero la verdad es que no temía a Lucien de Chevalier. Habría apostado su vida a que no le haría daño en ninguna de sus formas.

—Él… tú… ¿qué eres?

El rostro de la muchacha exhibía su desconcierto, también curiosidad.

—¿Crees acaso que eres el único monstruo en el universo?

—Yo no soy un monstruo.

—Es verdad —dijo Lucien, e inclinó el cuerpo hacia adelante con el único objetivo de asustarla—, eres una bruja.

—¡No soy una bruja!

—Entonces, qué eres.

—¿Y tú?

—Un caído.

Lucien pronunció aquellas palabras con satisfacción. Pretendía que le temiera, pero la joven no se sorprendió. Es más, juraría que incluso expulsó un suspiro de alivio.

—Vale, un caído. Lo entiendo, por supuesto, eso lo explica todo.

Él arqueó una ceja incapaz de entender si ante el encuentro con una sombra había perdido la cabeza.

—Un caído…, un caído —repitió, después añadió—: Te refieres

a uno con alas, ¿verdad? No a un pirado de una banda de moteros.

Lucien alzó el pulgar en reconocimiento de sus palabras.

—¿Quieres comprobarlo?

Cinthia luchó contra la realidad que le planteaba con una clara malicia y negó su oferta. Después, se puso en pie, atravesó la habitación y se frotó las manos en un gesto repetitivo.

—¿Qué era eso? —consiguió articular con cierta claridad.

—Un perdido, vosotros los llamáis demonios.

—Por supuesto, demonios.

Cinthia apretó los labios y asintió una y otra vez. Cruzó el cuarto varias veces más antes de detenerse. Lucien volvió a sentarse, cruzó los brazos sobre el pecho y colocó los pies encima de una silla. Disfrutaba con la conducta irascible del engendro de don Ángelo, se lo merecía por usar su don especial en él.

—¡Me tomas por una jodida imbécil! —gritó de pronto—. ¡Qué mierda de alucinógenos me has metido! ¿Fue el sándwich?

El caído vio una imagen aterradora, peor de la que hubiera presentado una sombra. Los ojos de la bruja lanzaban llamaradas, su boca improperios, que jamás oyó ni a los peores parroquianos de los antros que a veces frecuentaba. Nadie en sus quinientos años de existencia le había hablado de esa manera. Pero era la hija de don Ángelo y sin ninguna duda, había heredado el carácter de su padre. Cerró los ojos y se concentró en los problemas de uno de los motores que arreglaba en su taller. A partir de ese momento la ignoraría.

»—¡Esas tenemos! —gritó la bruja.

Cinthia se dio la vuelta, en su camino hasta el baño, tiró al suelo un jarrón, la lámpara y el teléfono de la habitación. Durante un buen rato, la chica intentó convencerse de que todo se debía a los nervios, a una droga e incluso a un dictador enloquecido, salvo que hubiera sido testigo de que en este mundo existían seres aún más monstruosos que ella. Despejó la cabeza bajo el agua de la ducha, entonces, golpeó con los puños la pared. De nuevo, padeció la sensación de ingravidez, la oscuridad a su alrededor, la pérdida de memoria, el miedo, el vacío, la nada.

El reinado del terror

La idea de que en el cielo hay una mayor igualdad de clases es lo que, en el fondo, lo hace tan agradable a los ojos de los pobres.
Georg Christoph Lichtenberg

Francia, año de nuestro Señor 1793

Bernardette quiso salir del escondite en el que permanecía desde el alba cuando el olor a quemado inundó sus fosas nasales. El ruido ensordecedor que causaba aquel gentío la obligó a rezar todas las oraciones que recordaba. Antes de ocultarse en el armario, donde su padre le aseguró que nadie la encontraría, se vistió con las ropas de Anne, su criada holandesa. Además, en previsión de que la capturaran, guardó en sus enaguas varias joyas que pertenecían a su madre.

Bernardette se mordió los puños, pero el humo la mataría antes que esos revolucionarios o jacobinos. Una panda de lunáticos que pretendían derrocar al rey y a un estamento tan sagrado como la monarquía. No entendía de política, no obstante, vio a muchos aldeanos pasar hambre y pedir en la puerta de la iglesia. Su madre, más comprensiva que su esposo, le explicó que el hambre es lo único que hace que la gente se rebele contra sus señores.

Los recuerdos desaparecieron cuando mordió el puño para evitar toser. Cada vez el humo era más intenso y su miedo también. Unos pasos le advirtieron de que uno de esos revolucionarios había entrado en el cuarto. La puerta del armario se abrió de golpe y una ruda mano la sacó a la fuerza de su escondite.

—Mira qué pastelito tenemos aquí —dijo el sujeto maloliente que agarraba su brazo.

En el trayecto hasta la planta de abajo, la joven contempló la destrucción de su hogar. Nada había quedado de los hermosos tapices de Flandes, de los laboriosos manteles bordados por monjas de clausura de España o de los excelentes jarrones orientales. Hasta de las paredes aniquilaron los bellos trampantojos. El ciudadano, como se gustaban nombrar, la empujó al suelo. Un hombre, sentado en la butaca preferida de su padre, la evaluó de arriba abajo calibrando el peligro que suponía para la revolución. Era el primer hombre que veía sin calzones ni medias, sino con unos largos pantalones negros de algodón y una chaqueta con una fila de botones metálicos con un chaleco de tres colores adornado con una franja roja.

—La encontré en un armario. ¿Quién crees que es?

—¿Se lo has preguntado, ciudadano Fave?

Este se encogió de hombros y se marchó, dejándola a solas con quién ostentaba el mando. A Bernardette le castañeaban los dientes de miedo, por mucho que pretendía controlarlo hasta aquel hombre podía oír el ruido de su mandíbula.

—Ciudadana, ¿cómo os llamáis?

Su padre la había instruido al respecto. No debía dar su verdadero nombre o podía terminar guillotinada, o, peor, forzada por esos revolucionarios y después guillotinada. Mejor era adoptar la identidad de su doncella.

—Annelien.

—¿Holandesa?

—Sí, señor —dijo ella sin levantar la cabeza.

—¿Qué hacías aquí?

—Era la doncella de la señorita Bernardette.

—Yo soy el ciudadano Bordeu —se presentó, pero notó en su voz un tono de desconfianza.

La chica realizó una reverencia sin gracia y torpe. Debía limitarse a copiar la actitud de su doncella y todo iría bien, durante un instante, dudó si debía utilizar su don, si lograba tocarlo, se sometería a su voluntad. Por una vez desobedecería a su madre, quien lo consideraba pecaminoso. Los ojos de la muchacha se clavaron en los de Bordeu. Dos segundos más tarde, le firmaba un salvoconducto a Holanda.

Tras una semana en la que solo había sufrido un desquiciante temor a que la apresaran, Bernardette se atrevió a pisar la plaza de Notre-Dame. Se subió el cuello del abrigo, donde prendía de la solapa una escarapela tricolor. Además, su cabellera pelirroja la tapaba con un *gorro frigio*. Cualquiera hubiera jurado que era una

ciudadana dispuesta a presenciar la muerte de unos cerdos monárquicos; pero, esos cerdos eran sus padres.

Los gritos ensordecedores de la muchedumbre, que horas antes se apoderaron de la plaza, le provocaron ganas de vomitar. Ella podría evitar la muerte de sus queridos padres, sin embargo, cómo escaparían de la plaza; había demasiada gente.

Una prostituta la empujó, ambas mujeres se miraron. Bernardette intentó escabullirse, pero la otra la agarró del brazo. Esa palomita le daría buenos beneficios si la trajinaba lo suficiente, sin embargo, su piel blanca y suave junto a aquellas manos tan delicadas, la hicieron desconfiar.

—Ciudadana —dijo con voz autoritaria.

—Ciudadana… —contestó la meretriz con recelo.

—¡Hoy veremos una buena guillotina! —Sus palabras le recordaron a la negación de uno de los apóstoles a Cristo y enterró su poca entereza.

—¡Muy buena! ¡Marqueses! —gritó la ramera, soltándola.

Un hombre la rodeó de la cintura y le ofreció unas monedas, momento que Bernardette aprovechó para abrirse paso entre la multitud y alejarse de allí.

La joven dejó salir el aire de los pulmones que contenía hasta que vio a una anciana empujar una carreta cargada de pescado descompuesto al cadalso. El olor amortiguaría el de las vísceras y sangre de los asesinados ese día. En el patíbulo, el verdugo comprobaba que la guillotina funcionara correctamente cortando sacos de arena del tamaño de una cabeza, los espectadores acompañaban su acción con gritos de júbilo cada vez que la hoja descendía. El negocio de las prostitutas, vendedores de vino o comida había mejorado gracias a los asistentes a ese horrible espectáculo. Bernardette se situó cerca de la guillotina. Al menos, les brindaría a sus padres la paz de ver qué le había sucedido. Esa misma noche partiría hacia Ámsterdam. Sus papeles certificaban que era holandesa y regresaba con su familia tras el arresto de los marqueses de Trevôn. Allí, contactaría con sus familiares en Inglaterra y tomaría un barco hasta tierras inglesas. Se puso de puntillas al ver la fila de condenados a muerte subir el cadalso; entre ellos los marqueses.

El pelo de su madre había cambiado del rubio al blanco en esos días y le costó reconocerla. En cambio, su padre avanzó con la cabeza erguida, orgulloso de ser el marqués de Trevôn. La tortura no había conseguido que renegara de su condición de noble ni a su marquesado. Moriría con la consciencia tranquila al haber obrado

con justicia con todos aquellos que lo sirvieron.

—¡Pronto el cerdo Trevôn terminará en esta pica! —gritó un antiguo palafrenero que el marqués despidió por holgazán, mientras movía una y otra vez la lanza dónde clavaría la cabeza de su padre.

Bernardette se alejó de su lado por miedo a que la reconociera. Las lágrimas rodaron por sus mejillas y necesitó toda su fortaleza cuando colocaron a su padre frente a la guillotina.

—¿Por qué lloras, ciudadana? —le preguntó con recelo una chica regordeta que se sorbió los mocos con la manga de una blusa mugrienta.

—Soy feliz de que mueran —se obligó a contestar—. Me despidió sin pagarme una moneda.

—Ahora se hará justicia.

—Desde luego…

Bernardette se quitó el gorro, su melena roja brilló igual que una llamarada y destacó sobre el resto de asistentes al atroz espectáculo. Durante un segundo el marqués sonrió y la hoja también.

La joven siguió varias horas en la plaza, incapaz de moverse, incapaz de enfrentarse a la realidad de que había perdido a su familia. Las campanas de Notre-Dame resonaron con una melodía triste y sombría anunciando una nueva ejecución. Nada la retenía en París, rezó una oración por sus padres y se encaminó a buscar su carruaje.

Esa misma noche, Bernardette viajaba junto a un apestoso ciudadano que no paraba de rozarle la pierna y, una revolucionaria, de aspecto severo, que coleccionaba muelas de los condenados. Alardeaba, orgullosa, de cuántas poseía como si se trataran de auténticas perlas. La muchacha contó más de cien. El hombre se durmió emitiendo sonoros ronquidos cerca de la frontera, donde un control detuvo al carruaje. Un soldado, empapado por la lluvia y de muy mal humor, abrió la puerta y ordenó a los viajeros que bajaran. El ciudadano se quejó del posible retraso, mientras que la ciudadana repartió entre los dos jóvenes una hogaza de pan que ellos agradecieron.

—Documentación —exigió uno de ellos cuando llegó a su lado.

El soldado revisó los papeles con meticulosidad e hizo un gesto a su compañero.

—Venga con nosotros, ciudadana —le pidió.

—¿Por qué?

Atemorizada obedeció la orden, al menos, los papeles no eran falsificaciones y Bordeu estaba lejos de la frontera.

—Es una orden —insistió, sin aclarar nada más.

Bernardette obedeció e intentó tocarlo, pero el otro vigilante se mantenía a una distancia que no le permitía dominar a los dos hombres al mismo tiempo.

—¿Qué ocurre? —preguntó con altanería—. El ciudadano Bordeu en persona ha firmado estos documentos. Soy holandesa y retorno a mi país.

Los dos vigilantes emitieron una carcajada.

—¿No entiendo?

El carruaje había emprendido la marcha y Berdarnette supo que su viaje concluía en aquel húmedo, solitario y embarrado camino. La montaron en un caballo y la llevaron a una casa cerca de la frontera. Allí, la esperaba Bordeu, sentado delante de una mesa repleta de papeles, la ignoró durante más de una hora. Uno de los soldados le empujó un taburete. Bordeu ni siquiera le dirigió una mirada de soslayo, concentrado de lleno en su trabajo, fuera cual fuese. La joven se impacientaba cada vez más, pero no se atrevió a quejarse por miedo a enfurecerlo. Su aspecto era cuidado, sin barba; sus dientes, blancos, e incluso apreciaba un agradable olor varonil, señal de que era aficionado a los baños. Se diferenciaba del resto de esa chusma que se llamaban jacobinos por la limpieza de sus ropas. Su pelo negro lo sujetaba en una coleta baja. Sí, había algo en él que atraería a las mujeres.

—Ciudadana holandesa, Bernardette de Trevôn.

La chica palideció sin saber cómo había descubierto su secreto. Todos habían muerto, todos no, Annelien escapó entre la confusión de ese día.

—Ha sido vuestra doncella —respondió a la pregunta que no había formulado.

Bordeu cruzó los brazos sobre el pecho y la observó unos minutos que fueron eternos para ella.

—¿Qué pensáis hacer conmigo?

—Aún no lo sé.

«Si pudiera tocarlo de nuevo, lo mataría», juró en silencio Bernardette. Él era el responsable de la muerte de su familia. Si podía matarlo antes de morir, sería feliz y le daba igual no ser aceptada en el reino de los cielos. Había llegado a creer que Dios ya no existía.

—¿Podría ayudaros a decidir?

Bordeu arqueó una ceja cuando la muchacha, con manos temblorosas y el rostro enrojecido, se desabrochó el lazo del corsé de su sencillo vestido de algodón. Una señorita de su categoría y nacimiento se le ofrecía sin pudor. Al menos, ella tenía la suerte de

elegir, su hermana fue el capricho de un noble degenerado. La rabia atravesó los ojos de Bordeu y se detuvo asustada. Quizá se equivocaba y su tendencia en el amor era de gusto griego.

—¿Por qué os detenéis?

—Pensé que…

—… no aceptaba vuestra oferta.

Bordeu se acercó a ella, acarició su rostro y se obligó a no retirarse de él. Era su oportunidad de tocarlo, pero la sujetó de las muñecas.

—Sé qué sois —le susurró al oído, y besó su cuello.

El beso trastornó los sentidos de la joven, era el asesino de su familia, el verdugo de cientos de inocentes, sin embargo, deseaba que la besara de nuevo.

—Una doncella holandesa —dijo ella.

—Una doncella holandesa —repitió él, y se apoderó de su boca.

Unos golpes en la puerta lo interrumpieron.

—Ciudadano Bordeu —dijo quien entró al cuarto sin llamar.

Una sonrisa desdentada atravesó la boca del subalterno de Bordeu, un antiguo carnicero, daba la impresión de que le hubieran rajado la cara de lado a lado.

—¿Qué ocurre?

—Traen a otros traidores. —Alzó la trenza de la chica con una mano mugrienta, quien se cubrió aprisa—, pero no tan bonitas como esta.

—Haz que se identifiquen —dijo, e ignoró sus palabras, dándole un tintero y un par de hojas—. Ya sabes qué tienes que escribir.

—¿Y esta? ¿Necesita ayuda en su interrogatorio?

—Márchate o serás uno de los nombres que aparezcan en esa lista.

La amenaza surtió efecto, Bernardette comprobó por la expresión del carnicero la autoridad de Bordeu. Al quedarse a solas, el ciudadano se sentó ante su escritorio.

—Aquí tenéis —le dijo, ofreciéndole una nueva documentación.

—¿Por qué?

—No sois solo la hija de un marqués, ¿verdad? —Ella asintió con un leve movimiento de cabeza—. No siempre he sido esto —dijo, y señaló la habitación con desprecio—. Antes, fui clérigo —la confesión la sorprendió—. En algunos libros se hablaba de una hechicera; otros, la llamaban cazadoras de almas. Dominaban la voluntad de los hombres con tocarlos. ¿Desde cuándo tenéis ese don?

—Desde niña —admitió. Era absurdo mentirle. De todos modos,

morir como monárquica o como hechicera le traía sin cuidado.

—Disponéis hasta el amanecer, después daré la voz de alarma.

Bernardette desconfió de su palabra, quizá se trataba de una trampa, pero sus ojos denotaban sinceridad.

—Ciudadano Bordeu, gracias —se obligó a responder.

La esperanza de vivir le había devuelto el color a las mejillas. Bordeu no olvidaría con facilidad la imagen de la marquesa de Trêvon.

—Haced buen uso de vuestro don.

—Os prometo que lo haré.

Un marino abrió una puerta que se ocultaba tras unas cortinas de color bermellón, el hombre sostenía un candil; sus ropas extranjeras lo delataron.

—No temáis, es inglés. Él os conducirá a su barco y os ayudará a escapar.

—Nunca podré agradeceros lo que habéis hecho por mí.

Él asintió, abrió un cajón de su escritorio, rebuscó en el interior y sacó una biblia.

—Os servirá a vos mejor que a mí.

Bernardette sonrió con tristeza, su fe se había muerto junto a su familia, sin embargo, no rechazó su bondad.

Bordeu miró por última vez a la muchacha, cuando siguió al marino y rogó que Dios le concediera llegar a Inglaterra.

En su madurez, Bernardette Trevôn recibió la noticia de que la noche que ella escapó, Bordeu murió a manos de sus propios compañeros. Rezó por él una oración, y se rozó con la yema de los dedos los labios. Nunca lo olvidaría ni tampoco el breve tiempo que compartieron.

La subasta

Para vivir existen tres métodos: mendigar, robar o realizar algo.
Michel Eyquem de Montaigne

Cinthia gritaba palabras incomprensibles hasta que Lucien la oyó hablar en un perfecto neerlandés, repetía el nombre una y otra vez de un tal «ciudadano Bordeu»; le agradecía librarla de la guillotina. Aunque resultaba desgarrador el dolor que reflejaba su rostro cuando clamaba en francés «padre» una y otra vez.

La muchacha se aferró a él con tanta desesperación que acarició su pelo para consolarla antes de tumbarla en la cama.

—¡Lucien! —la escuchó decir en un momento de lucidez.

—Estoy aquí —dijo con la voz enronquecida.

El caído se apartó de ella, pero la joven lo sujetó de la mano impidiéndole que se marchara de su lado.

—Por favor, no te vayas —le pidió—. Quiero dormir y no tener pesadillas.

Él claudicó al ver el terror en sus ojos y se acostó a su lado. Unos segundos más tarde, su respiración se normalizó, indicándole al ángel que la cazadora dormía. Recorrió su espalda con tenues caricias, enseguida, se arrepintió de esa acción, al darse cuenta de su debilidad. Ninguna brujería lo había obligado a consolarla.

En el Coliseo romano, Jacob hubiera pactado con el diablo por ser testigo de ese mundo sangriento donde los más fuertes establecían el orden y la autoridad a su antojo. Había lanzado el anzuelo y ahora solo debía esperar a que todos los peces se lo comieran.

—Envía una invitación al inspector Dubois.

—Señor, ¿puedo preguntarle el motivo de que invite al inspector?

Bergue no se dignó a dirigirle ni una mirada de soslayo a Esteban. A veces, su corta visión lo irritaba.

—Necesito que Dubois cace a nuestra ladrona.

—Si eso ocurre…

—Si ocurre —lo interrumpió—, nuestra *señorita* lamentará no estar en París, bajo la jurisprudencia y protección de Dubois. El inspector me gusta, ambos compartimos la misma obsesión por esa mujer, pero la presa es mía —dijo, y cambió de tema—: ¿Has cumplido con lo que te pedí?

—Tal y como ordenó —luego añadió—: Se subastará un Huevo Fabergé.

—Muy bien, seguro que nuestro queso atrae al ratón a la trampa.

Jacob se puso en pie y arrojó con ímpetu la servilleta sobre la mesa.

—Prepárame un traje.

—¿Asistirá a la fiesta?

Nunca acudía a eventos sociales de tal magnitud, y menos aún, los organizados por la casa Christie's. Una galería de arte se encargaba de comprar los cuadros que colgaban de las paredes de sus casas en su nombre.

—No me la perdería por nada del mundo.

—¿Requerirá compañía?

—Mi acompañante me espera en la fiesta —dijo, y ambos sabían a quién se refería.

Bergue confiaba en que esa noche tendría en su poder a la zorra que le robó el Monet. Le excitaba fantasear sobre cómo ajustaría cuentas.

También Dubois pensaba en su ladrona y si ella se presentaría a la subasta de la casa Christie's al recibir la tarjeta, dorada y blanca, cortesía de Bergue. La tentación para Marnie debía ser considerable al subastarse una de las piezas que pretendía robar.

—¿Qué es eso? —Marcel se la quitó de las manos y silbó.

—Una invitación a una subasta.

—Yo diría que es un pase a la exclusividad de la sociedad italiana. Por cierto, ¿quién es tu benefactor? No conoces a nadie aquí —dijo con suspicacia.

Marcel se llevó a la boca un puñado de cacahuetes y bebió del botellín de cerveza de su amigo.

—Jacob Bergue.

—¿El tipo al que has investigado más de una vez?

—El mismo.

—Dudo que quiera su Monet.

Marcel siempre argumentaba lo correcto, su instinto era el de un sabueso en potencia.

—No es el cuadro lo que quiere, sino a Marnie.

—Si ella va allí, ¿se la entregarás?

—No le entregaría ni a mi peor enemigo, menos aún, a una chica que le ha robado. No te imaginas qué es capaz de hacer ese tipo.

—Supongo que no es civilizado.

Germán alzó otro botellín en señal de asentimiento, luego bebió y recordó los datos más escabrosos de la autopsia.

—El chico que trabajaba con Marnie apareció en el Sena, lo torturaron y después lo ahorcaron con un hilo de metal. Estaba limpio, no pudimos vincularlo con Bergue, pero él lo ordenó.

—Amigo, ten cuidado esta noche —le aconsejó, después con su mentalidad práctica añadió—: Debemos ir de compras y dentro de una hora cierren las tiendas.

—¿Compras?

Marcel puso los ojos en blanco.

—¿Te vas a presentar allí con esas pintas?

El inspector esbozó una sonrisa, aunque tuviera una invitación de Bergue, sus vaqueros y camisas le impedirían entrar a ese antro de exclusividad.

Conseguir una invitación para la subasta fue más fácil de lo que imaginó. Gracias al recepcionista del hotel, el día en que llegó, se enteró de que uno de los huéspedes acudiría a la subasta. A veces, el dinero era casi igual de convincente que su don. Le ofreció dos mil euros por robar la invitación y el empleado aceptó su encargo. En aquel instante, acurrucada en el pecho de Lucien, tendría que apresurarse para llegar a tiempo, pero se negaba a retirarse de la calidez que la envolvía. A pesar de su mente confusa, recordaba con nitidez que el caído permaneció a su lado en otra de sus crisis; cada vez se repetían con más asiduidad. La ceguera ya no la alarmaba tanto, en un par de días volvería a recuperar la visión, sin embargo, había perdido su don en el peor de los momentos. Esa noche se celebraba la venta de obras de arte más valoradas de toda Europa. Y, por supuesto, se vendía un Huevo de Fabergé. Su potencial cliente seguía interesado en uno de ellos. Necesitaba ir allí y necesitaba ayuda.

Lucien dejó que creyera que dormía. Era divertido ver cómo se

alejaba de él con movimientos gatunos. Tramaba algo, pero se preguntó qué. Su ceguera le causó tropezar y pronunció una palabrota. El caído torció los labios, risueño, se lo merecía por imprudente. Tanteando la pared, se encerró en el baño y la escuchó solicitar un vestido de fiesta en la *boutique* del hotel. Lucien cruzó los brazos sobre el pecho, esa bruja no aprendía la lección. Ninguno de los dos se movería de aquella habitación de hotel hasta que la reclamara don Ángelo.

Media hora más tarde, unos golpes en la puerta anunciaron la llegada de la empleada de la *boutique*. Lucien se apresuró abrir, dispuesto a decir que se trataba de una equivocación. Pero Cinthia indicó a la mujer, que empujaba un perchero, que entrara, esquivando con pericia su oposición.

—Gracias —dijo Cinthia.

Sus movimientos alertaron a Adela, que así se llamaba, que la clienta a quien asesoraría era invidente. Contempló más de lo correcto al magnífico ejemplar masculino y fantaseó de manera frívola que disfrutaba de una noche loca en su compañía. En absoluto, le disgustaría no ver, si compartía cama con un tipo con aquellos músculos.

—He traído varios modelos —dijo, recuperando su profesionalidad.

—Tendrá que ayudarme a elegir. Es para la subasta de la casa Christie's.

—No vas a ir a ninguna subasta —dijo Lucien sin atender la opinión de las dos muchachas.

—No serás tú quién me impida ir a ningún sitio. Don Ángelo te ha pedido acompañarme —le recordó con desdén— no encarcelarme.

El nombrar a quien, por el momento, se había convertido en su dueño provocó que los ojos de Lucien brillaran con más intensidad. Se notaba que controlaba la ira. La dependienta retrocedió un paso, asustada, dudando si mostrar los vestidos.

—Lucien…

—¡Está bien! —cedió. Si don Ángelo hubiera querido convertirla en su prisionera, se lo habría dicho—. Iremos a esa maldita subasta.

—Sabía que entrarías en razón, lo pasaremos bien.

La empleada lanzó un suspiro de alivio y desenvolvió el primer vestido. Ambas mujeres entraron en el baño y se olvidaron por completo de Lucien.

El caído colocó los pies en una silla, cerró los ojos y se concentró en las válvulas del motor que aún debía arreglar, mientras oía el

parloteo de las dos mujeres. Diez minutos más tarde, Cinthia abrió la puerta del baño, vestida con un traje de encaje y seda que desterraba la imagen infantil que él veía en ella.

—¿Cómo me queda?

—Bien —dijo sin más.

—Gracias —respondió decepcionada.

Adela la convenció de que de los tres vestidos el que más le favorecía era el que llevaba puesto. No es que le importara la opinión de ese bruto descerebrado que finalmente había comprendido que era un ángel, pero por una vez, hubiera deseado una pizca de entusiasmo.

—Cinthia —dijo Lucien, cuando la chica se dirigió al baño.

—¿Qué quieres? —preguntó sin darse la vuelta.

—Esta noche robarás más de un corazón.

La muchacha esbozó una sonrisa y Adela en el quicio de la puerta del baño dio unas palmadas silenciosas por las palabras de ese hombre. Además de para mojar pan, como diría la bruta de su prima, parecía romántico.

—Por supuesto, no puedes ir a la fiesta con esa cazadora satánica ni con los pantalones roídos —dijo en respuesta, para evitar que viera el placer que le había provocado su halago.

—Mis pantalones no están roídos —se defendió—. Y no me vestiré de pingüino para complacerte.

«¿Por qué había dicho aquellas palabras?», pensó Lucien. Se merecía que lo insultara por comportarse como un adolescente y rendirse al capricho de esa bruja.

Los ojos de Adela se achicaron y lo miraron como si fuera un monstruo. Si hubiera sabido que era una verdadera aberración celestial, no se habría atrevido a decir:

—Señor, no le permitirán pasar con ese vestuario.

—¡Lo ves! Pero bueno, si insistes… —señaló su ropa con desprecio—, iré sin compañía.

Los ojos de Lucien fulminaron a la empleada y después a Cinthia, quien mostraba una sonrisa burlona. La bruja lo retaba.

A Lucien nunca le gustaron las fiestas y, en la última a la que acudió, terminó con el corazón destrozado. No, las fiestas no le agradaban, pero la otra opción era dejar sin protección a un arma peligrosa con forma de mujer. Don Ángelo lo trataría como a una de sus palomas si llegaba a enterarse de que abandonaba a la cazadora a su suerte.

»—¿Y bien? ¿Has decidido qué vas a hacer?

Adela vio cómo el semblante del amante de la joven se cubría de

rencor, de todos modos, la muchacha no se acobardó, sino que quitándose unas inexistentes arrugas de la falda se mantuvo firme ante el silencio opresivo y furioso de su compañero.

»—¿Cuál es tu talla?

En respuesta, Lucien gruñó como un perro rabioso, aceptó lo inevitable y se dirigió al baño refunfuñando palabras incomprensibles. Antes de cerrar la puerta, bramó:

—¡Si alguna de vosotras piensa que debo cortarme el pelo, olvidarlo!

Cuando el gato no está

Si todo el año fuese fiesta, divertirse sería más aburrido que trabajar.
William Shakespeare

Lucien se estiraba una y otra vez del cuello del esmoquin que al final aceptó vestir. Cinthia le enseñó la invitación a la dependienta de la *boutique* del hotel, quien insistió en que el vestuario del caballero debía ser un esmoquin negro que acentuaba su atractivo.

—¿Cómo está? —le preguntó a la empleada.

Marnie la Ladrona hubiera robado Tiffany por poder verlo. En cambio, Lucien creía que Adela había manoseado cada centímetro de su cuerpo con la excusa de cerciorarse de que las medidas del traje eran las correctas.

—Su novio está guapísimo, es muy…

—… *sexy* —terminó por decir Cinthia.

Los ojos de Lucien la hubieran desintegrado, pero Adela evitó reírse al advertir el sonrojo en las mejillas de un hombre tan imponente. En realidad, Cinthia pensaba que Lucien era terriblemente *sexy*, también un arrogante que le había dejado muy claro que no se fijaría en ella, aunque fuera la última mujer de la Tierra.

Lucien le obsequió con una mirada iracunda, pero continuaron hablando sobre él como si no se hallara en la habitación. Por lo que se vio en la obligación de carraspear dos veces.

—Preparada —dijo, y se removió igual que si tuviera una colmena de abejas escondida en la chaqueta—. ¡No sé cómo me has convencido de esto! ¡Eres una auténtica bruja! —le susurró cuando la empleada no podía escucharlo.

La hija de don Ángelo se limitó a sonreír y se aferró a su brazo.

—No quiero llegar tarde y he dejado mi escoba en casa.

Lucien contempló su pequeña mano, su infantil cara maquillada y esos labios que había probado y, unas emociones que no supo identificar le recorrieron la espina dorsal. Era deslenguada, hasta el extremo de la exasperación, incapaz de acatar una orden incluso poniendo en peligro su seguridad, pero sus réplicas a todo lo que provenía de él avivaban de nuevo su humanidad.

—Sí… —logró pronunciar recuperando la compostura.

Una hora más tarde, el caído ayudaba a la cazadora a bajar de un taxi. Entregó la invitación, que se negó a revelar de dónde consiguió, al encargado de la recepción. Durante más de dos horas, Lucien se dedicó a leer los pensamientos de los invitados, para él solo dos suponían un peligro y ningún problema; eran simples mortales. Al fin aconteció la hora de la subasta del Huevo de Fabergé. Cinthia se removió en la silla. Alzaba el cuello una y otra vez como si pudiera verlo.

—¿Cómo es?

—¿El qué?

—¡El huevo!

—No sé…

—¡Anda! Esfuérzate un poquito, no se te caerá la lengua por contarme más detalles, a menos que realice un hechizo. Te recuerdo que si me enfado, soy peligrosa.

Lucien torció los labios en un gesto disgustado. Comprobó que seguía sin recuperar la visión y, lejos de suavizar su actitud, se había vuelto más respondona y exigente.

—Tiene diamantes, es de oro, platino y piedras de lapislázuli y jade.

—¿Cuál es su valor?

—¡Y yo qué sé! —Ignoró fastidiado su petición y vigiló con el rabillo del ojo a los dos hombres que conocían de la existencia de la chica.

Le molestaba la chaqueta, no soportaba la corbata, los zapatos le apretaban los dedos de los pies y, encima, se había convertido en el secretario de un engendro del infierno.

—¡Serás cretino! Te juro que no será la lengua lo que me preocuparía perder.

Lucien volvió su atención sobre la bruja. Tuvo que superar la tentación de rodear su cuello con las manos y ahogarla hasta que se volviera azul. Respiró hondo y repasó mentalmente las válvulas de un motor de una Harley para controlar su temperamento o se

transformaría delante de esos humanos.

—No te conviene insultarme o nos largamos de aquí ya.

Cinthia notó el rencor que se ocultaba en esas palabras. Dependía de él y ambos lo sabían. Se contuvo de pronunciar un improperio que pugnaba por salir de su boca.

—Si eres tan amable de leerme el valor que le han asignado al huevo, seguro que lo han escrito en el folleto que te ofrecieron en la entrada —dijo con voz melosa y conciliadora pero tan falsa como el oropel.

Lucien podía entrever en su sonrisa que lo maldecía, temeroso de que hubiera recuperado la visión y con ello su don, su mirada se dirigió preocupado a su entrepierna para asegurarse de que todo estaba en orden y dónde debía.

—Noventa millones de euros.

La bruja silbó con unos modales tan pocos femeninos que atrajo la curiosidad de uno de los compradores, quien los recriminó con una mirada, pero se arrepintió con rapidez a causa del gesto hosco de Lucien. Al finalizar la subasta los invitados pasaron a una sala, engalanada para la ocasión, donde se disfrutaría de la fiesta. Varios camareros servían bandejas con bebidas y deliciosos canapés cocinados por el último premio internacional de cocina europea.

La invidencia de Cinthia la obligaba a permanecer junto a su improvisado guardaespaldas. De todos modos, deambuló entre los asistentes preguntando y escuchando convenientes respuestas, mientras comía y bebía todo lo que se ponía a su alcance.

—¿Quién lo ha comprado?

La joven se apoyó con una desgana infantil en una de las columnas que sostenían el salón de esa fastuosa villa italiana, mientras jugueteaba con el bolso.

—¿Por qué estás tan interesada? —preguntó con suspicacia el caído.

—Desde luego don Ángelo no escoge a sus matones por la inteligencia.

Lucien comprimió la mandíbula controlando la furia que temía brotara de su interior. Ciega o no, hija del rey de las sombras, bruja o no, de ningún modo había lidiado con una mujer que lo tratara con tan poco respeto ni siendo el hijo y heredero del conde de Chevalier ni un caído. Al menos, se merecía un poco de gratitud por vestirse como un bufón para complacer los caprichos de una cazadora. Enfadado, la tomó del brazo y la arrastró a la fuerza hacia la salida. Su furia le impidió prevenirlo de que un hombre se había aproximado a ellos.

—Señorita, ¿algún problema?

Lucien se giró sorprendido por la intromisión, más por provenir del inspector Dubois que por el hecho de haber errado en su labor de guardaespaldas. Controló su transformación al comprobar que se trababa del policía que llevaba el caso de Cinthia, lo escudriñaba dispuesto a defender a la muchacha. Entendió, sin invadir su mente, la advertencia: no consentiría que la maltratara. Leyó con nitidez el sufrimiento de su hermana a manos de su marido. Él se culpaba por no haberlo intuido antes de que la vida de ella acabara en una tragedia.

—Teníamos una pequeña discrepancia, pero ya la hemos resuelto, ¿verdad, cariño?

—Permítame que me presente —dijo. En su manera intimidatoria de observarlo, le aconsejaba a Lucien que no le pusiera una mano encima a la chica—. Soy Germán Dubois.

—¿Es francés? —Cinthia había reconocido el nombre y sería mucha casualidad que existiera otro ciudadano francés que se llamara como el detective.

—Sí, estoy de vacaciones en Roma.

Lucien guardó silencio, achinó los ojos ante la mentira del inspector, sin embargo, le gustaría darle una lección a la hija de don Ángelo.

—¿A qué se dedica, señor Dubois?

—Soy inspector de policía —dijo sin más.

La cara de Cinthia se tensó hasta provocar en el caído una sonrisa de satisfacción.

—¿Se encuentra bien? —El inspector receló al verla tan pálida.

—Hace calor y me duele la cabeza. Me gustaría beber un poco de agua.

—Iré a por un vaso —se ofreció solícito Germán.

—Es usted muy amable.

—No es molestia. Además, le confieso que estos sitios no me gustan, pero…

Lucien leyó en la mente del humano por qué y cómo se encontraba allí, entonces su vigilancia se orientó a Bergue. El policía cumplía su labor, en cambio, el supuesto empresario había matado al socio de Cinthia y de un vistazo adivinó sus sádicas intenciones. Se fijó en las vías de escape y la mayoría las ocupaban unos gorilas que aparentaban cualquier cosa menos ser amantes de las artes. Se reprendió por no darse cuenta de que le habían tendido una trampa.

—Comprendo, a mí tampoco me agradan. ¿Le importaría ir a

por esa bebida? —le pidió, sujetando a Cinthia de la cintura.

La sugerencia rayaba la grosería, aunque el inspector no pudo negarse, ya que se había ofrecido él mismo.

—Claro, enseguida.

—Tenemos que irnos, ahora —le ordenó con urgencia, arrastrándola a la entrada al perder de vista a Dubois.

—¿Tan pronto? El policía no sospecha —afirmó más tranquila—. Ni siquiera he conocido al comprador del huevo.

—Mejor no lo hagas.

—¿Por qué?

Se detuvo y aguardó una respuesta que él no suavizó.

—Porque es el tipo que ha puesto precio a tu cabeza.

Lucien disimuló la urgencia de correr hacia la salida para no llamar la atención. Cuando casi había cruzado el umbral de la puerta, alguien los detuvo.

—Señorita —dijo una voz que erizó el vello de la nuca de Cinthia—. ¿Nos conocemos?

—No lo creo —se obligó a responder dándose la vuelta.

Lucien apreció cómo cuatro de aquellos gorilas le cerraban el paso en una maniobra envolvente.

—¿Quizá hemos compartido el gusto por la pintura? —Su expresión se confundiría con la que mostraría un cocodrilo dispuesto a tragarse a un ñu.

—Lamento decirle que mi ceguera me impide compartir dicha afición.

Bergue dudó un instante, sus pupilas blanquecinas demostraban sus palabras, no obstante, aquel rostro… Había preguntado por el huevo, por quién lo adquirió y formuló preguntas que, salvo alguien dispuesto a robarlo, nadie haría.

—Cuánto lo siento, he debido confundirla con otra persona.

—Cariño —dijo ella al caído—, llévame a casa. Estoy cansada.

—Si nos disculpa, ya nos marchábamos. Mi novia tiene un terrible dolor de cabeza.

—De nuevo, perdonen que los haya retenido.

A Cinthia le costaba respirar y, hasta que se sentó en el taxi, no dejó de temblar. La voz de Bergue la había acallado y se parapetó en un profundo silencio que agradeció el caído. Gracias a su debilidad, al permitir a la chica acudir a esa fiesta, sabían dónde encontrarla. Ignoraba por cuánto tiempo despistaría al empresario francés; pero, al día siguiente, se largarían del hotel. Subieron a la habitación de Cinthia sin pronunciar una palabra. Fue cruzar la puerta y Lucien se quitó la chaqueta, la pajarita, se desabotonó la

camisa y se soltó el pelo. En cambio, Cinthia abrió el balcón; el frío le despejaría la cabeza. El viento agitó su cabello y la gasa de la falda se remolinó en torno a sus piernas.

Se veía tan triste y desamparada.

—¿Estás bien?

Se recriminó por mostrar simpatía hacia la bruja. Debía recordar quién era, qué era y haría a su voluntad. Todo era un engaño, un embrujo, pero en ese instante, solo era una mujer.

—No lo estoy, aunque a nadie le importa cómo me sienta.

—A mí me importa.

Enseguida se arrepintió y carraspeó para disimular el desconcierto que sentía al pronunciar aquellas reveladoras palabras. No obstante, nunca hubiera imaginado la reacción de Cinthia, la muchacha se abalanzó a sus brazos. La sorpresa causó que Lucien los mantuviera en el aire, alrededor de su cintura sin atreverse a tocarla.

—Gracias, hacía mucho que nadie se preocupaba por mí. Bergue me da tanto miedo —reconoció, y alzó su rostro hacia él.

Lucien la observó cómo jamás lo había hecho hasta ese momento. Sus labios carnosos y entreabiertos fueron un mandato incapaz de resistir. La rodeó con los brazos, apoderándose de su boca sin razonar qué era ni qué ocurriría al día siguiente. La joven se pegó a él con una necesidad que lo conmovió hasta la médula. Se comportaba con torpeza y una ingenuidad que incrementó su deseo por ella. La apartó de él, debía asegurarse de que no veía. No sería el juguete de una engendro monstruoso, pero sí el amante de una mujer.

—¿Estás segura?

—¿Y tú?

—¿A qué te refieres?

—Soy una bruja, ¿recuerdas?

Lucien se adueñó de su boca, sí era una cazadora y él un monstruo. De su unión solo surgirían problemas y dolor, sin embargo, ni en la vida mortal ni en la inmortal había experimentado esa desaforada agitación que le quemaba con un fuego tan ardiente que ni las llamas del infierno abrasarían tanto.

—Aunque fueras el mismo Belcebú en persona, no escaparías esta noche de mis manos.

Cinthia emitió una risa que anuló el sentido común de Lucien.

—Espero ser más atractiva que una puta cabra.

—¿Nunca te enseñaron modales? —preguntó él, al tiempo que desabrochaba su vestido. Jamás se cansaría de ese tatuaje que lo

estremecía hasta lo más profundo de su alma si aún la conservara.

—Nadie ha tenido el valor de hacerlo hasta hoy.

Lucien acarició su espalda, Cinthia emitió unos gemidos gracias a las maravillosas sensaciones que le provocaba al tocarla. No se detuvo hasta que recorrió el contorno del tatuaje y la joven imploró a todos los dioses que conocía que siguiera con aquel meticuloso trabajo más tiempo. Sin embargo, la despojó del vestido con una veneración ridícula que Gerard le hubiera recordado toda su vida. Sus manos se enredaron en el cierre del sujetador. En su época, llegó a dominar los corsés, pero los diminutos corchetes se le resistían. Cinthia lo ayudó entre risas. Luego, llegó el turno de las bragas de encaje. El caído puso las manos en las caderas de Cinthia y las deslizó hasta los pies recorriendo su piel con una infinita pasión. Admiró su desnudez, mientras Cinthia permanecía sonriente y expectante por lo que haría a continuación; su conducta confiada cautivó incluso más a Lucien.

De nuevo, él la acurrucó en sus brazos, ella siempre recordaría su calor. Sus manos rozaron su torso y acarició una de las cicatrices que marcaban su piel. Se preguntó cómo se las hizo, pero esa noche no hablarían de sus vidas, solo disfrutarían del gozo de amarse. Lo despojó de su camisa para besar el relieve de la herida, su piel dejó en la boca de Cinthia un regusto agridulce, un gustoso manjar que le gustaría engullir de una sola vez. Por su parte, Lucien rogó que no cesara aquella agonía.

—Cinthia, eres una…

—… mujer —lo interrumpió—. Por favor, esta noche soy una mujer y tú el hombre que me ha llevado a una fiesta. Mañana seré una ladrona y tú el caído de don Ángelo, pero esta noche no.

Lucien asintió. En esta ocasión no podía negarse a esa petición, por una vez volvería a ser un mortal y le demostraría cuánto la deseaba. La tomó en brazos y la condujo a la cama, disponían de una noche y no perdería el tiempo. La luz blanquecina de la luna de Roma entraba por el balcón inundando todo con una pálida pátina que convirtió la piel de Cinthia en plata. El caído estudió su rostro, embelesado con la extraña imagen que le proporcionaba y sin refrenar el ardor que aumentaba en su pecho con su inocente sonrisa. En cierta forma aquello también le era novedoso, ya no recordaba esas excitantes y placenteras emociones y temió actuar como un inexperto muchacho. Empezó a notar que la vergüenza le enrojecía las mejillas, una debilidad que siempre atraía las burlas de sus hermanos. Esa timidez ante las mujeres.

—¿Qué ocurre? —Cinthia tocó con la yema de los dedos el

contorno de su semblante.

—Nada, admiraba la creación de Dios —dijo él con la voz enronquecida y agradecido porque no viera su vergüenza.

—Realmente eres un ángel del infierno.

—Esta noche seré un verdadero demonio.

Abrió con delicadeza las piernas de Cinthia y acercó los labios a sus muslos. Besó cada centímetro de su piel avanzando hasta su entrepierna con una lentitud enervante. En respuesta, la espalda de Cinthia se arqueó y hundió las uñas en el colchón. Se convirtió en arcilla cuando sus labios la besaron, lamieron y mordieron a su antojo una porción de carne que pronto la conduciría al placer. Lucien jugueteó con ella hasta que los gemidos de la bruja resonaron en sus oídos con notas de música celestial. El caído renunció a aquel sádico juego y ascendió despacio por su estómago, entreteniéndose sin piedad en castigarla con suaves besos que acrecentaron su agonía. Cinthia se retorcía e intentaba controlar la impaciencia que la embargaba, emitiendo unos quejidos producidos por aquella intranquilidad placentera. A la par, Lucien dominaba sus emociones, había sido un caído durante quinientos años y controlaba su espíritu hasta una frialdad inimaginable. Ni las súplicas de Cinthia precipitarían esa vivencia por más que ambicionara poseerla tanto como ella reclamaba ser poseída. Acarició uno de sus senos a la vez que su cuerpo rozaba el de Cinthia, acomodándose entre sus piernas, agravando la excitación de ambos, pero sin culminar lo que tanto anhelaban.

—Aún no, bruja.

Con la boca, Lucien atrapó con indolencia uno de sus pechos. En respuesta, Cinthia enredó los dedos en los mechones de cabello rubio y largo del caído.

—Realmente eres un monstruo —dijo con la voz entrecortada por la lujuria.

Su falta de visión despertaba sus otros sentidos. El tacto de su cuerpo junto al suyo le quemaba con tanto ardor que mordió su hombro. Un ligero olor a gasolina encendió las ganas de adentrarlo en su interior y despertó en su ser una urgente necesidad primitiva.

»—Te castigaré por ello —le advirtió sin resuello, con una sonrisa que desapareció al besarla.

Lucien aprovechó ese instante y se introdujo en ella. De esa manera, se bebió el lamento de placer que escapó de sus labios. Las uñas de Cinthia se clavaron en su espalda, una señal inequívoca de que le pedía que acelerara el ímpetu de las embestidas. Ambos se abandonaron a la avidez de un momento que temían no se repitiera

nunca más.

4

Los ojos de una bruja

No estoy segura de que este mundo siga siendo mi sitio. No estoy segura de querer despertarme.
Gayle Forman

La luz atravesó las pupilas de Cinthia devolviéndole la certeza de que había recuperado la visión. Entreabrió los ojos y, de un vistazo, comprobó que estaba sola. Se preguntó dónde se había metido Lucien, pero se consoló al pensar que su ausencia le impedía enfrentarse a la verdad. Si hubiera despertado entre sus brazos, habría dudado de si lo experimentado esa noche fue real o se debía a su don. Estiró los músculos y de un salto abandonó la cama. Él había doblado su ropa con tanto cuidado que le arrancó una sonrisa. Nunca se hubiera figurado que el orden fuera una de sus cualidades, sin embargo, desconocía todo de él. Se envolvió en la sábana y justo cuando entraba en el baño, la puerta se abrió de golpe. Dos hombres se abalanzaron sobre ella, Cinthia intentó huir, pero uno de ellos la atrapó de la cintura. La joven se defendió, incluso consiguió rozarlo un segundo, pero cuando sintió la aguja en el cuello supo que estaba a su merced. Antes de desvanecerse por completo pronunció una palabra.

—Lucien…

En Venecia, el caído rememoraba cada segundo vivido junto a Cinthia y procuraba disimular delante de su jefe; mientras, don Ángelo tomaba su cuarto capuchino de la mañana. Observó al muchacho, advirtió un sutil cambio en él. No descifraba qué era, le molestaba no adivinarlo, pero ahora, debía ocuparse de la desaparición de Cinthia. Saboreó su capuchino al que le faltaba

espuma, aunque el sabor amargo del café de Colombia le devolvió la tranquilidad suficiente para hablar con ese joven. Esta vez, lo había convocado en su propio hogar tras las noticias alarmantes sobre la cazadora.

—Explícame de nuevo cómo has perdido a mi hija.

—Me avisaron de recepción, informándome que el inspector Dubois, el policía que persigue a Cinthia desde Francia, me esperaba en recepción.

—Me sorprende que cayeras en esa inocente trampa —dijo el arcángel, masajeándose el puente de la nariz con expresión cansada.

Lucien bajó la vista a sus pies, humillado por su imperdonable error. La noche con Cinthia había distorsionado su percepción. Don Ángelo ocultaba bajo una capa de cordialidad una terrible ira, así que mejor evocaba una vivencia menos arriesgada que la compartida con su hija en la habitación del hotel.

—Ni yo mismo puedo explicármelo —terminó por confesar.

—Confiaba en ti, en tu capacidad de protegerla.

—No eran ángeles ni sombras —argumentó, pese a que nada lo disculpaba de su negligente conducta—. Si alguno de esos bastardos poseyera a una cazadora, lo sabríamos.

—Entonces…

—Sospecho quien la retiene. —Don Ángelo lo miró con impaciencia—. Un tal Bergue, es un tipo al que Cinthia le robó un cuadro. Ha puesto precio a su cabeza. Ayer estaba en la subasta, la reconoció, pero la ceguera de…

—… ¿qué has dicho?

Lucien lamentó el segundo error que cometía ese día. Se recriminó que esa mujer alterara hasta su inteligencia. Si don Ángelo averiguaba que Cinthia ya no le servía, el humano sería el menor de sus problemas.

—Ha tenido otro brote.

—¿Recuerda sus vidas anteriores?

—Aún no.

—Mi querido niño —dijo, y se puso en pie—. Si recupera la memoria, debes matarla.

—Lo sé —afirmó con una escasa seguridad.

—¿No hay nada que deba saber?

—Nada en absoluto.

—Supongo que siendo hija de quién es, saldrá de esta. ¡Búscala!

Don Ángelo se sentó de nuevo y con un gesto indolente de la mano le indicó que se marchara. En esta ocasión, el caído obedeció la orden con premura.

Lucien regresó a la habitación de hotel para obtener un rastro con que empezar la búsqueda. Cinthia se había defendido. Dedujo que debían ser dos o hubieran tenido dificultad en controlarla hasta que pisó la jeringuilla. Si fueran sombras o ángeles no tendría problema en hallarlos, pero sus contactos se limitaban en el mundo de los mortales. No se relacionaba demasiado con ellos, al contrario que Gerard, los rehusaba de todas las formas posibles. Nunca dispuso de una familia de inmunes a su servicio. Se mesó el cabello con un ademán enojado, jamás había sentido tal grado de preocupación por alguien, incluidos sus hermanos. Se afanó en apartar a la chica de sus pensamientos, no obstante, volvía a ella jurando que acabaría con cada uno de esos bastardos, dolorosamente, si se atrevían a dañarla. Se obligó a calmarse y a esforzarse en idear un plan con frialdad. Quizá Dubois supiera el escondite de esa escoria. En la fiesta, leyó en su mente que se hospedaba en casa de un amigo, un tal Marcel, un profesor. Recordó el nombre del colegio donde trabajaba. Cinco minutos más tarde, se introducía en el ordenador del centro escolar y averiguó los datos de los empleados.

El maestro, sentado en el sofá, tomaba una cerveza y corregía unos exámenes cuando un engendro rubio, con dos alas negras y unos ojos de color aguamarina apareció en su salón como un dios exterminador.

—¿Dónde está Dubois? —exigió saber Lucien con la versión más aterradora de su despliegue angelical.

Marcel abrió la boca sin que brotara un sonido a la vez que la cerveza se le derramaba en los pantalones. Mantenía la vista fija en la asombrosa ilusión que su cerebro enfermizo materializaba en su comedor.

—¿Estoy muerto? —preguntó alarmado.

Tal vez no se trataba de una ilusión, sino la versión más moderna del infierno. Sufrir un ataque fulminante al corazón lo explicaría.

—No has muerto aún, pero lo estarás muy pronto si no me dices dónde está Dubois.

El caído lo levantó del sofá sujetándolo por el cuello. El rostro de Marcel se volvió rojo por la falta de aire, cuando el profesor mostraba una tonalidad azulada, Lucien notó el frío metal del cañón de un arma en la sien y también el chasquido del seguro al quitarlo.

—¡Suéltalo! —le ordenó Germán—. No lo repetiré dos veces.

Las palabras del policía no eran una amenaza. Soltó al humano y Marcel tomó grandes bocanadas de aire. Miró a uno y a otro sin

saber cómo proceder ante aquella situación.

—Marcel, márchate —le pidió el inspector.

Su amigo obedeció por primera vez sin cuestionar la petición de Dubois. Al quedarse a solas, el policía lo esposó y el caído se dejó apresar sin resistencia.

—Necesito tu ayuda para dar con Cinthia —le pidió Lucien.

El inspector emanaba coraje, a pesar de que luchaba por dominar su miedo, que podía oler viéndolo convertido en un caído. La mayoría hubieran corrido despavoridos y el resto, como Marcel, se paralizaban de pavor. En cambio, Dubois lo apuntaba con una pistola y antes de morir descargaría el cargador sobre él.

Por su parte, Germán se esforzaba en conservar la serenidad y que su mente no se desbocara. Sí, se enfrentaba a un ser monstruoso, pero él representaba a la ley y haría las preguntas.

—¿Qué eres?

Lucien respiró con resignación. Entendió que si no contestaba, no sacaría nada en claro de Dubois.

—Vosotros los llamáis caídos, y sí, una vez fui un ángel, pequé y descendí, ahora soy esto.

—Ya… ¿Qué has echado en el piso? ¿Algún gas alucinógeno?

Cinthia corría peligro, si el policía no creía en su existencia, se lo demostraría de una vez para siempre. Se liberó de las esposas, extendió las alas y recibió los disparos que suponían un roce para los caídos. Las armas humanas apenas causaban daños a los ángeles. Dubois retrocedió un paso, en su rostro vislumbró el temor y la admiración. «Un hombre extraño el inspector», se dijo.

—¿Vas a ayudarme? —A Germán le tembló la mano y Lucien volvió a su forma mortal—. No soy producto de un alucinógeno ni de tu imaginación.

El inspector analizó la situación y, a pesar de que parecía una locura, decidió encararlo igual que un caso difícil de resolver. Por el momento, negaría la existencia de un ángel caído. Enfundó la pistola y se sirvió una copa. Lucien se mantuvo en silencio. Comprendía que para un agnóstico como Dubois aceptar que el cielo y el infierno eran una realidad supondría un atentado contra su mente lógica.

—¿Qué puedo hacer por ti?

De todos modos, le asombró su entereza.

—Es Cinthia.

—¿Tu novia?

—No es mi novia, bueno es… —Germán alzó una ceja y el caído enrojeció como un adolescente delante del padre de la chica que

llevaría al baile de graduación. Su comportamiento hubiera acarreado su simpatía si no fuera porque se trataba de un monstruo — complicado.

—Entiendo, pero qué le ocurre.

—Ha desaparecido.

—Deberías acudir a los *carabineros* o al sitio dónde vuestra especie denuncie desapariciones de caídos.

Dubois se sirvió otra copa y se la bebió de un trago.

—No es un caído, es humana.

—Haz una denuncia y si en veinticuatro horas no aparece, la policía la buscará. Es el protocolo de actuación.

—Es *Marnie la Ladrona.*

Germán se sorprendió tanto que dio un sorbo de la botella de ron directamente. ¿Había escuchado bien? Marnie, su Marnie.

—Tu chica es ciega…

—A veces… es largo de explicar y no tenemos tiempo.

—A lo mejor se ha largado. No es fácil —dijo, y lo señaló con la mano de arriba abajo— aceptar a un tipo como tú.

—No se trata de eso.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Por esto. —Lucien sacó la jeringuilla del bolsillo.

Dubois la cogió con una servilleta de papel y la olió.

—Es midazolam.

—¿Qué es eso?

—Un sedante muy fuerte, se utiliza en operaciones. ¿Sospechas de alguien?

—De Bergue. La vio en Christie's, pero su ceguera lo confundió. He sido un estúpido al imaginar que se conformaría con su palabra.

—No te atormentes, Bergue es escurridizo.

Germán se acercó a un ordenador y pulsó un par de teclas. Lucien lo dejó trabajar, aunque los minutos se convirtieron en semanas. Tras media hora, no aguantó más el silencio del humano.

—¿Has averiguado dónde se esconde?

—Tiene dos mansiones en Italia, una en Roma y otra en Venecia.

—Dame la dirección.

—Deberíamos pedir refuerzos, ese bastardo es un monstruo.

—¿Y yo no?

Los ojos de Lucien se encendieron con un brillo helado y mortífero. Germán comprendió que ningún equipo por muy preparado que estuviera actuaría de manera más letal que ese caído.

—Puedo serte de utilidad —insistió.

Lucien vaciló un momento, había trabajado con sus hermanos y defensores, pero no descartaría cualquier refuerzo por insignificante que este fuera. Entretanto, el policía cargó el arma y guardó más balas en los bolsillos.

—De acuerdo —claudicó.

—Cogeré las llaves del coche…

Dubois no terminó la frase, ya que Lucien agarró su brazo y en lo que duraba un parpadeo aparecieron en una lujosa sala con las paredes repletas de cuadros y tapices.

—Mi método es más rápido.

—Ya lo veo —dijo, recobrando la respiración.

Viajar en el espacio le había restado diez años de vida.

—¿Has oído? —preguntó el caído. Dubois asintió.

El ángel podía ser un experto en muchas batallas, sin embargo, no en maniobras policiales. Germán le impidió abrir la puerta, interponiéndose en su camino.

—Déjame a mí, esto es mi mundo.

Lucien se resistía a entregarle el mando, pero tenía razón. Si intervenía con precipitación, ella podía pagar las consecuencias.

—Tú mandas —aceptó.

Dubois contempló sus pupilas aguamarinas encenderse con un fulgor rojizo y por poco no corre en dirección opuesta.

—¿Ves tras las paredes?

—¿Acaso piensas que soy Superman?

—¿Acaso piensas que en mi agenda del día apunté que conocería a un ángel? —replicó él—. ¡Olvidaste el manual de instrucciones! —susurró entre enfadado y socarrón Dubois.

Germán vio en la mirada del caído que derribaría esa puerta cuando escucharon al otro lado el grito de una mujer.

Una reunión de amigos

Los valientes también temen. Pero siguen avanzando.
José Narosky

Unas horas antes, los pensamientos de Cinthia regresaron a la noche compartida con Lucien. Los recuerdos la sostendrían en ese momento de angustia. No obstante, la realidad de dónde y con quién se encontraba se mostró con toda su crudeza cuando Bergue entró en la habitación.

—Buenos días, espero que te gusten los cruasanes —dijo, con una fingida amabilidad.

Cinthia, aterrada, se obligó a mantenerse indiferente a lo que le sucediera para salir viva de allí. Los ojos del empresario la acechaban con tanta frialdad que apretó la sábana en torno a su pecho con más fuerza.

—¿Qué quiere de mí?

—Por el momento disfrutar del desayuno. —Señaló una silla.

Uno de los guardias, que permanecía de pie, se apresuró a retirarla. La joven se vio en la obligación de sentarse, pero la impaciencia era uno de sus defectos y no aguantó el silencio al que la sometía el empresario.

—¿Es por el Monet?

Bergue untó la mermelada sobre un cruasán y soltó una risotada.

—Por mí puedes quedarte con él. Mira a tu alrededor, ¿qué ves?

De las paredes colgaban cuadros valorados en millones de dólares. El Monet era una bagatela en comparación.

—Si no le interesa recuperar el Monet, ¿por qué ha puesto precio a mi cabeza?

Cinthia entendió que actuar con miedo no la ayudaría. Por el contrario, si lo atraía lo suficiente y lo tocaba, contaría con una oportunidad de escapar.

Bergue colocó el tenedor y el cuchillo en el plato, se limpió despacio la comisura de los labios y entrecruzó los dedos, después le lanzó una escrutadora mirada. La muchacha se removió en la silla, parecía más infantil y sin un atractivo exuberante que llamara su atención. Definitivamente nunca se hubiera fijado en ella y seguía sin explicarse cómo le había robado esa insignificante mujer.

—¿Quién eres en realidad?

—Una pobre chica de pueblo cuya ambición es ser feliz.

Cinthia se puso en pie y dio un paso, y uno de los gorilas de Bergue le obstaculizó el camino.

—Déjala —ordenó su jefe. El guardaespaldas se quitó de en medio con la misma rapidez con la que se interpuso.

—Tienes cosas muy bonitas en esta casa —dijo con voz sensual, y recorrió con el índice el filo de la mesa en un movimiento insinuante acercándose cada vez más a él.

El estómago de Cinthia se revolvió y la bilis llegó a su garganta al sentarse sobre sus rodillas. Resistió sus caricias, y con disimulo intentó rozarlo, pero él la interceptó y apretó su muñeca. El dolor la obligó a gritar.

—¡Maldita zorra! —voceó fuera de sí. Sin aflojar la presión de su muñeca, la arrastró al ventanal.

Cinthia luchaba por no perder la sábana ni tropezar con los muebles que había en el camino. Bergue estrelló su mejilla contra el frío cristal a la vez que presionaba sus hombros con tanta dureza que Cinthia creyó que le rompería la clavícula.

»—Ese mundo de ahí fuera es mío. Me ha costado mucho llegar aquí. ¡Oh! Sí, quiero mi Monet, también que todos sepan qué le sucede a quien osa robarme o traicionarme. —Sin nada que revelase sus propósitos, le arrancó la sábana—. Lucas dame unas bridas y marchaos —ordenó.

Cinthia continuó inmóvil, acobardada, pese a la situación conservaba la esperanza de poder librarse de él. Mientras tanto, el matón de Bergue la apuntaba con un arma. La ilusión de escapar se evaporó al notar unas bridas de plástico sujetar sus muñecas. Jacob la arrojó al suelo y se enrolló igual que un erizo temeroso de recibir una patada.

—¿Cómo lo hiciste?

Bergue tiró de su pelo, obligándola a mirarlo.

—A un imbécil como tú es de lo más fácil robarle.

Cinthia sabía cuál sería su final. Nada de lo que hiciera o dijera ablandaría a la bestia que había visto en ese hombre.

—No lo repetiré, quizá le diga a mi chico que se divierta contigo —la amenazó, mientras le daba una patada en el estómago que le cortó la respiración unos segundos.

Cinthia escupió una bocanada de sangre y emitió una carcajada que sorprendió a Bergue. Reconoció que la valentía de esa zorra le agradaba. Odiaba a los cobardes y en la cárcel uno debía ser inflexible. Él lo sabía muy bien, ingresó en prisión por un delito que jamás cometió. En la adolescencia entró en una banda donde aprendió a delinquir. Un día, su jefe asesinó a su amante y, a la mañana siguiente, lo obligaron a entregarse como chivo expiatorio. Por aquel entonces, Bergue tenía una hija y una esposa, a ambas las asesinaron cuando lo acusaron de la violación y muerte de la mujer. Él ignoraba que la víctima era la esposa de uno de los más peligrosos traficantes de drogas. La venganza del marido consistió en torturar y matar a su familia. Al abandonar la cárcel juró que pagarían por lo que le habían hecho. Y cumplió su palabra, a cambio, perdió su humanidad.

—¿La tienes tan pequeña que ni siquiera te atreves a sacarla, por eso le encargas el trabajo a tus monos de feria?

Al escuchar sus palabras, Bergue desterró sus pensamientos y se concentró en la zorra que tenía delante. Sonrió con tanto desprecio que Cinthia adivinó que sería su último día con vida. Pensó en Lucien y la noche que habían compartido.

El primer golpe le provocó un alarido de dolor, durante un instante, la vista se le nubló lo suficiente para no saber qué ocurría a su alrededor. Entonces, vislumbró una silueta borrosa que la cubría con una chaqueta y la tomaba en brazos, mientras que un monstruo con alas negras aniquilaba todo lo que había en la habitación.

Dos horas más tarde, Lucien se paseaba nervioso en la sala de espera del hospital. Dubois lo observaba admirado y receloso. Aquel ser, hombre o semidiós, no entendía aún qué era en realidad, destrozaría el hospital si ella no mejoraba.

—Se pondrá bien, es fuerte.

—Lo sé, pero no puedo perdonarme mi error. Yo tengo la culpa.

Sus palabras no iban en verdad dirigidas a él, sino que eran más una letanía que había pronunciado desde que los médicos se encargaron de la joven.

—Nadie hubiera podido salvarla, excepto tú. Eso debería aliviar tu culpabilidad.

Por primera vez, Lucien entendió qué veían Denis y Gerard en algunos humanos. El inspector le gustaba por su integridad. No impidió que despedazara a esos hombres y disimulaba el temor de lo que había visto con entereza. Reconocía que poseía el valor que muy pocos presentaban ante él.

La conversación se interrumpió cuando el doctor de Marnie se aproximaba a ellos. Germán se adelantó unos pasos, en el semblante serio del médico había visto la desconfianza que sentía por un tipo como Lucien.

—¿Cómo está Cinthia? —Si no obtenía la respuesta que deseaba escuchar, dudaba que no se alimentara del médico.

—Necesita descanso y durante una semana asegúrese de que no padezca mareos ni vómitos. Las demás contusiones requieren tiempo, en cuanto a su situación psicológica, le recomiendo que visite a un psiquiatra. Tome la tarjeta de un compañero, creo que la ayudará a superar la experiencia —respondió con profesionalidad, aunque la llamada de los *carabineros* le había quitado las ganas de almorzar.

Atendió a una paciente desnuda y con claras señales de violencia, además la había traído un tipo que por su aspecto no catalogaría de delicado. El protocolo sanitario exigía la denuncia a la policía, pero había recibido una llamada de los *carabineros* exigiéndole que ocultara lo sucedido. El doctor ignoraba que Dubois se había encargado de ello gracias a Pacciani.

—Gracias, doctor —dijo Germán ante la mudez de Lucien—. Nos encargaremos de que lo visite.

—Pueden irse cuando despierte.

El médico se giró sin despedirse y dejó a solas a los dos hombres.

—¿Qué ocurre? —A Dubois lo alarmó el mutismo del caído.

—Tengo que llevármela.

—¿Dónde? ¿Por qué?

—Es complicado. No es solo una ladrona… es importante para mi jefe.

—¿Cómo de importante?

—Es su hija.

—Pero…

—Si no aparezco esta noche, ambos sufriremos las consecuencias. Te aseguro que los métodos de Bergue son un juego de niños comparados con los suyos.

—Supongo que tu jefe es… Satanás —se arriesgó a decir pensando que él debería acudir a ese psiquiatra.

Lucien esbozó una sonrisa retorcida.

—Supones bien —le dijo, y palmeó su hombro con aprecio—. Nuestros caminos se separan aquí.

—Mucha suerte, amigo.

Germán le extendió la mano y el caído se la tomó con vigor. Después, vio a Lucien alejarse por el pasillo. Respiró hondo y expulsó el aire de una vez, con pesadumbre se encaminó a casa de Marcel. Ahora debía convencerlo de la inexistencia de un caído. Se detendría en una pizzería, confiaba en que un par de *pizzas* y unas cervezas lo ayudaran en la tarea.

Tal y como le dijo al inspector, Lucien depositó a Cinthia con cuidado en la cama de uno de los cuartos de la mansión del viejo. Un escalofrío le avisó de la llegada de don Ángelo. El arcángel tomó la mano de la cazadora y sus ojos escudriñaron con rabia al muchacho.

—¿Pagaron por lo que le han hecho?

—Nadie quedó con vida.

El rey de las sombras posó un dedo en la frente de la cazadora y, un segundo más tarde, Cinthia despertaba, aturdida, pero sin dolor.

—¿Dónde estoy? —Al ver al caído se abalanzó a sus brazos, confusa.

Lucien se mantuvo firme, pese a que se moría por abrazarla. Sin embargo, se resistió a sus ganas de consolarla, ya que don Ángelo los estudiaba con una mirada inquisitiva.

—Tranquila, estás a salvo —le susurró.

Cinthia dejó caer los brazos a los costados, desilusionada por la actitud tan fría de él, entonces advirtió la figura de don Ángelo. La joven se apartó de Lucien y se enfrentó al veneciano que la examinaba con curiosidad. De todos modos, entrelazó sus dedos con los del caído, quien en esta ocasión fue incapaz de apartarse de ella. Una oleada de deseo y de absoluta rendición convirtió sus pupilas en aguamarinas. Don Ángelo fue consciente de ello y acercándose al caído lo retiró con suavidad de su hija.

—Mi querida niña, si tocas así al chico, lo matarás.

Cinthia se alejó de Lucien al ver qué le hacía. Había olvidado cómo afectaba en él su poder, de una manera muy diferente al resto de los hombres con que lo utilizaba.

—¿Por qué…?

—Porque él es un caído.

Cinthia miró a Lucien, un fulgor en sus ojos le confirmó que el veneciano no mentía. Lejos de asustarse, le sonrió.

»—Veo que no solo has heredado la lengua de tu madre, sino su

valentía.

—¿Conoció a mi madre?

—Querida, ella fue mi único amor.

Un viejo amor

Amo como ama el amor. No conozco otra razón para amar que amarte.
Fernando Pessoa

Roma, año 62 d.C.

Su verdadero nombre era Elvia, hija de Cédric y Éire, se repetía, mientras la empujaban a una carreta con otras mujeres tan aterradas como ella. No entendía su idioma salvo algunas palabras. Lenguaje de bárbaros con modales de bárbaros y costumbres aún más bárbaras.

Tras un mes de viaje, Roma, la ciudad más importante del mundo, se extendía a sus ojos con una magnificencia que la acobardó. Las penalidades que había sufrido en esos días no mitigaron el temor ante lo que sucedería a partir de ese instante. Cuando surgiera la oportunidad, escaparía o se quitaría la vida.

Descendió del carro tan sucia como cualquiera de las cautivas que la acompañaban al mercado donde al día siguiente se celebraría la venta. Varias esclavas las obligaron a formar una fila, bajo la atenta vigilancia de los hombres encargados de velar por la mercancía. De allí, las llevaron a unos baños, les arrancaron las ropas y las frotaron hasta que la piel enrojeció, luego las bañaron en aceite y peinaron sus cabellos. Elvia se resistió, a cambio, recibió dos bofetadas de una matrona que sin dificultad le hubiera arrancado el brazo. Sabía cuándo no tenía las de ganar y no vencería enfrentándose a la encargada de esos baños. Tras vestirla con una túnica traslúcida, que permitía entrever sus encantos a quienes la contemplaran, Elvia caminó orgullosa a su destino; un

destino que no consentiría sin luchar.

En otro lugar, al que los mortales llamaban Campos Elíseos, los perdidos arrasaron con un batallón de ángeles. El arcángel admiró la aniquilación de tantas almas y supo que a Gabriel le disgustaría el resultado. Su ambición terminaría destruyéndolos. Necesitaba descansar, disfrutar de los placeres humanos y visitó a su amigo Pluvio. En Roma, solo era un rico comerciante que a veces, gracias a sus negocios, lo visitaba. El romano era inteligente y compartía con él conversaciones filosóficas que lo entretenían. Ese día, Pluvio lo invitó al mercado de esclavos.

—No es menester, amigo mío —le dijo Ángelo, como lo conocían los mortales.

—Por favor, siempre he aceptado tus presentes y me complacería regalarte uno. Me han dicho que hoy el género es magnífico.

—Está bien —claudicó.

Ese día el mercado bullía de mercancías exóticas, traídas de todos los confines del imperio: aceite de Baética; vinos de Macedonia y esclavos de Britannia. Aburrido de ver prisioneros, Ángelo comió un par de uvas tan dulces como la ambrosía celestial, hasta que subieron a la tarima a una joven. Nada destacaba en sus rasgos, pero sus ojos fieros, salvajes, indómitos y, tan cálidos a la vez, atrajeron su atención.

—Parece que ya he encontrado tu regalo —dijo Pluvio al ver a Ángelo inclinarse hacia delante.

—Así es, amigo mío.

—Ofrezco quince denarios —gritó Pluvio.

—¡Mírenla! Es la hija de un rey celta. —El subastador alzó con un bastón de madera el mentón de la britana. Ella rehusó el contacto y le escupió a la cara. El esclavista se limpió el rostro contraído por la venganza, pero se contuvo de replicar con un golpe; no dañaría la mercancía—. Cómo veis quien la compre deberá domarla, pero el trabajo merece la pena.

Tiró del cabello de Elvia, desgarró su túnica y mostró sus senos a los espectadores, mientras acariciaba su piel con el palo que sujetaba.

—¡Veinte denarios! —propuso un patricio con una barriga prominente.

—¡Cincuenta denarios! —ofreció un tratante de caballos.

Ángelo cruzó la mirada con la britana y supo que debía ser suya.

—Cien áureos —gritó y a su alrededor el silencio se extendió acallando a los posibles compradores.

—¡Te has vuelto loco! —le susurró Pluvio—. No vale ni la mitad de ese oro.

Ángelo lo miró y, por primera vez, el mortal agachó la cabeza. Creía haber visto el rostro de un monstruo en la cara siempre amable y bondadosa de su amigo.

—Patricios, dignos mercaderes, amigos, ¿quién ofrece más? —El mutismo del público afianzó la venta—. Vendida por cien áureos.

Tras la firma de los documentos, en los que le otorgaban la propiedad de la esclava, se alejaron del mercado. Elvia caminaba, detrás de un hombre cuya elevada estatura ya intimidaba, sujeta de las muñecas por una cuerda. Ante tal amo, comprendió que su única opción de escapar residía en la muerte.

Las calles de Roma envolvieron a Elvia en un ruido ensordecedor a causa de la diversidad de gentes que vivían en la ciudad. Nunca había visto tantas personas juntas en un mismo lugar: mujeres ataviadas con joyas y mantos de seda; esclavos semidesnudos portaban *lecticas* donde transportaban tumbados a sus señores; criados y esclavos que se apresuraban a cumplir las órdenes y caprichos de sus dueños. Los ojos de Elvia, pese a las circunstancias, miraban todo con curiosidad y sorpresa. Nada en los romanos atraía su admiración, pero reconoció que caminar sobre una calzada empedrada resultaba más agradable que hacerlo sobre el lodo. Al final de una amplia avenida llegaron a una casa, por el tamaño y magnificencia de la construcción dedujo que se trataba de lo que los romanos llamaban *domus*, supuso que un enjambre de criados y cautivos se ocuparían de atenderla, pero solo vio a una pareja anciana.

—Mi señor —dijo el viejo con una inclinación respetuosa.

—Dadle de comer y vestidla —ordenó ignorándola—. Luego, conducidla a mis aposentos.

—Así se hará.

Elvia miró cómo se adentraba en el interior. Libre de las ataduras y, como única oposición unos criados mayores, corrió hacia la puerta. Intentó abrirla, pero no lo consiguió.

—Mi señor es generoso y cuidará de vos —escuchó decir al anciano a su espalda.

—¡Cuidar! ¡Soy su esclava! —gritó. Desesperada, buscó con la mirada otra salida.

La actitud de los siervos la desconcertaron. Ninguno de los dos intervendría en su huida, como si supieran de antemano que fracasaría. Desalentada, se resignó a esperar un mejor momento para huir. Siguió al anciano hasta la cocina donde le sirvieron de

comer. Hacía semanas que solo comía gachas, así que la visión de aquellas viandas dignas de un rey tranquilizó su espíritu. En un descuido de los ancianos, se apoderó de un cuchillo y lo ocultó bajo la ropa.

—Sígueme a los aposentos de mi señor —le pidió el anciano cuando terminó de comer.

A su pesar, Elvia obedeció la orden.

Los aposentos de su amo se encontraban al fondo de la casa, varios candiles de aceite iluminaban la estancia. Sus ojos se adaptaron a la penumbra y, entonces, lo vio recostado sobre unos cojines leyendo varios legajos.

—Pasad, acomodaos —le pidió.

Elvia caminó por la sala con la cabeza erguida con la dignidad de una reina.

—¿Qué deseáis de mí?

Ángelo se puso en pie y la rodeó, muy despacio. Su respiración acelerada le reveló que tenía miedo. El perdido rozó con un dedo su hombro desnudo y la joven se revolvió con rabia.

—No es muy difícil imaginarlo —la retó.

Elvia deslizó por sus hombros los tirantes de la túnica y mostró sus senos.

—Hacedlo —le exigió—. Cuánto antes me poseáis, antes dejaré de soportar vuestra presencia.

La valentía de la joven lo impresionó. Nunca se fiaba de esas criaturas mortales y traidoras que siempre ocultaban una doble intención en todo lo que pronunciaban. Desconfiaba de su proposición, algo que se convirtió en certeza cuando giró la cabeza a la izquierda al detectar un brillo plateado. La joven ocultaba en la cintura de la túnica un puñal.

—Veo que sois una imprudente —le susurró al oído, presionando con fuerza su muñeca.

—Y vos un cobarde —contestó aguantando el dolor—. Los britanos no requieren de una esclava para satisfacer sus deseos, conquistan a una mujer por sus propios méritos.

La tensión y postura de sus miembros demostraron al arcángel que se disponía a combatir en una pelea titánica. Pese a la derrota, lo retaba una y otra vez.

—¿Queréis morir? —preguntó, apartándose de ella.

Elvia se masajeó la mano, casi se la había roto.

—Prefiero morir a ser la prisionera de un romano.

—¿Tanto odio profesas? Te trataría como a la hija de un rey. —Señaló, abarcando en un imaginario abrazo, la fastuosa habitación.

—¡Odio! —Rio, y con una rapidez que sorprendió al arcángel, se agachó, tomó el arma y amenazó con cortarse el cuello—. Matasteis a mi familia y a mi pueblo. Quemaría hasta la última piedra de esta ciudad.

—Deja el cuchillo —le pidió.

La muchacha alzó el brazo con el propósito de clavarse el puñal. Las pupilas de Ángelo se transformaron en un fulgor rojizo y una enorme sombra oscureció el cuarto. El temor inmovilizó a la joven, quizá ya había muerto y esa nueva vida era su propio infierno.

—¿Qué eres? —se atrevió a preguntar, al comprender que aquel hombre no era tal.

—Un monstruo, pequeña —respondió él, al tiempo que colocaba el tirante de su túnica en los hombros tapando su desnudez. Después, Ángelo se ocupó de que no recordara ninguna de sus palabras.

Al día siguiente, Elvia despertó con la sensación de que había olvidado un acontecimiento importante. Sin vigilancia por parte de los dos siervos, anduvo por el patio cubierto, donde se veneraban a los dioses protectores. Al fondo, se encontraba el *tablinum*, donde numerosos legajos y papiros aparecían en unas estanterías, cuidadosamente ordenados.

—Es mi biblioteca —dijo Ángelo a su espalda.

Elvia se volvió asustada, a pesar de que su imponente figura y su voz embriagadora la intimidaban, se encaró a su dueño.

—Os gusta leer mucho —dijo— o tenéis demasiado tiempo libre.

La pulla provocó en Ángelo una sonrisa.

—Las dos cosas, aunque también dedico el tiempo a otras más interesantes.

—A comprar esclavos.

Ángelo de nuevo esbozó una sonrisa ante su valquiria.

—No hago gala de ello.

Elvia tuvo que guardar silencio, excepto la pareja de ancianos, no había visto a nadie más en esa casa.

—¿A qué os dedicáis?

—Soy comerciante.

Ángelo se metió en la boca una jugosa uva, se acomodó en los cojines y observó a la joven. Le divertía someterse a ese interrogatorio.

—¿Y?

—No os entiendo.

—¿Un comerciante con una cicatriz en la mano derecha, otra en el tobillo y quizá alguna más que vuestra toga esconde? La de la

mano, la causó una flecha y la del tobillo, una espada. Diría que la vida de un mercader es más arriesgada que la de un soldado.

—La de la hija de un rey tampoco carece de riesgo —replicó Ángelo, comiendo otra uva, y sin dejar de mirar con apetito a la britana.

No le apetecía pelear, solo conocerla. Lo estimulaba su forma de hablar, le divertía su manera de retarlo y, desde que la vio en aquella tarima, le excitaba su esbelto cuerpo. Nunca le importó una mortal más allá de satisfacer su placer. Su descenso al averno no ocurrió por yacer con una mujer, sino por oponerse a la ambición de su hermano. Gabriel jamás admitiría que los humanos nacían con cualidades capaces de salvarlos del inframundo. Tras varios siglos comprendió que todas esas almas perdidas en la oscuridad requerían de un guía y él tenía la voluntad y el poder para convertirse en su rey.

—¿Cuáles son mis funciones?

—Aún no las he pensado.

Ángelo recorrió con la mirada de arriba abajo a la mortal.

—Entiendo —dijo con un marcado tono de desprecio.

El perdido esbozó una sonrisa, jugueteó con una uva entre los dedos antes de comérsela.

—Quiero saber más de vos. ¿Es verdad que sois la hija de un rey? —Le ofreció con un gesto asiento.

—Lo soy.

Elvia rechazó la invitación en una clara postura de rebeldía.

—¿Cómo os apresaron?

—Una noche atacaron a mi pueblo. Tras varias semanas de resistencia, mi padre comprendió que no ganaría la batalla. Decidió entregarse, solicitó una rendición y esos bastardos asesinaron a aquellos que no eran de utilidad. El resto acabamos en esta pocilga.

—No es muy inteligente insultarme, podría castigaros.

—Creéis que ser testigo de la flagelación hasta la muerte de mi hermano, ver cómo decapitaron a mi padre y violaron a mi madre no es castigo suficiente. ¿Qué me haríais que me doliera más de lo que ya he vivido?

Elvia temblaba con tanta intensidad que Ángelo se acercó a ella y la rodeó con los brazos. A Elvia pronunciar esas palabras le abrieron una herida profunda que permanecía cubierta por una máscara de dureza que se había resquebrajado ante él. Lloró aferrada a su toga, expulsando el dolor, la venganza, el odio y el más absoluto vacío que desde aquel día sentía en su interior. Él costeaba como el resto de ciudadanos romanos a los ejércitos que

mataron a su familia, pero por algún motivo, el darle ese instante de alivio forjó en su corazón el perdón. Eso, lejos de consolarla, acentuaba la culpa por comportarse como una traidora, aunque no podía acusarle de ser el responsable. Dudaba de que ese romano, que la miraba con ternura, masacrara a inocentes.

Una lengua afilada

Todos los órganos humanos se cansan alguna vez, salvo la lengua.
Konrad Adenauer

El rey de las sombras desterró en el olvido a la única mujer por la que habría regalado su reino a Gabriel, si con ello la hubiera salvado, cuando escuchó la voz de su hija preguntarle:

—¿Cómo era?

Don Ángelo esbozó una sonrisa al recordar a Elvia.

—Tan indómita que nadie pudo jamás doblegarla. Valiente como una aguerrida valquiria —pensó orgulloso—. Salvaje hasta destrozar a quien dañara a su familia. También tenía una lengua afilada. Tú, mi querida niña, has heredado muchas de sus cualidades.

—Me hubiera gustado conocerla —dijo con nostalgia en la voz.

—Elvia regresaría del infierno solo para verte.

El arcángel acarició su rostro, en ella vislumbró a la britana.

—¿A sí se llamaba?

—Ese era su nombre.

Enseguida, la camaradería que reinaba entre los dos se esfumó por completo. Don Ángelo golpeó el suelo con el bastón y se sentó con un gesto cansado, cualquiera atestiguaría que el peso y sufrimiento del mundo se apoyaba en él. Cinthia entendió por su silencio que al fin sabría qué pretendía de ella.

—¿Por qué estoy aquí?

El perdido se acomodó con cierta desgana en el sofá de estilo Tudor que presidía la habitación.

—Querida, por tu don.

—Entiendo. —Era inútil negar la evidencia—. Trabajaré para usted. ¿Qué he de robar?

Don Ángelo emitió una risa que desconcertó a Cinthia, antes de contestar pidió a Lucien que saliera de la habitación. El joven miró a la cazadora una vez más y a su pesar obedeció la orden.

—Almas, querida —dijo cuando estuvieron a solas.

—No conozco ese trabajo.

—Por supuesto que no. Pero te enseñaré de lo que eres capaz.

Don Ángelo alzó el bastón y Débora, la sombra que la ayudó en la fiesta de máscaras, entró en el cuarto. Empujaba a un hombre, rondaría la cuarentena, le habían vendado los ojos y atado las muñecas con unas bridas a la espalda. Gimoteaba a la vez que pronunciaba palabras sin ningún sentido.

—Ven —le pidió el perdido. Cinthia no pudo negarse—. Te mostraré cuál es tu auténtico poder.

Don Ángelo colocó la mano de la joven en el pecho del hombre. A Cinthia le atravesó por las venas una corriente eléctrica. Una impresionante energía la invadió con tanta fuerza que temió explotar. Nunca había tocado durante tanto tiempo a una persona. Tan solo los rozaba unos segundos, sin embargo, la energía que emanaba de lo más profundo de su ser, al igual que el dolor y el miedo no eran solo suyos. Después de unos minutos, retiró la mano.

—Lánzate por la ventana —le ordenó Débora al hombre.

Cinthia intentó evitarlo, si bien su cuerpo no respondía a sus mandatos. Ignoraba qué le ocurría, aunque notaba una presencia extraña que le impedía tomar por completo el control de su mente. Entonces, oyó una voz en su cabeza, un ruego desesperado.

—¡Lo escuchas! —Don Ángelo la sujetó de los hombros con una alegría desbordante—. ¡Eres una verdadera cazadora! Tranquila, pequeña. —Acarició su mentón—. Te enseñaré cómo expulsarlas de ti. —Guio la mano de ella hasta su pecho.

En su interior, Cinthia percibía el sobrecogedor alarido del hombre, le rogaba que no lo entregase al infierno. El sufrimiento era tan intenso que prefería terminar en el Sena, como su compañero, a convertirse en un monstruo. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas al ofrecer a su padre el espíritu del suicida. A continuación, se derrumbó en el suelo.

Despertó dos horas más tarde en un cuarto de un suave color gris. El miedo la hizo temblar, un miedo irracional y atroz. Anhelaba el calor de los brazos de Lucien, en su lugar, halló un vestido de noche y unas sandalias. Su instinto le pedía romperlo en mil jirones y terminar de una vez con esa enloquecedora situación

en la que se veía inmersa. Emitió un suspiro y se lo puso con la esperanza de poder escapar.

En el pasillo, Lucien la esperaba para conducirla a la cena. Vestía con un traje oscuro, que se ajustaba a la perfección a cada músculo de su cuerpo, mientras que la corbata le caía floja del cuello.

—Bonito traje —bromeó ella.

—Don Ángelo es exigente en cuanto a la etiqueta —explicó, moviendo a disgusto los hombros, luego con ternura le preguntó—: ¿Estás bien?

Estaba preocupado desde que el viejo le impidió permanecer a su lado. Pese a su don, le atormentaba no brindarle seguridad.

—Un poco cansada, nada más.

Lucien desconfió de su forma relajada de hablar. No era la muchacha de lengua afilada que conocía. Le alzó el mentón con un dedo y observó sus ojos.

—¿Qué te ha hecho?

—Enfrentarme a la realidad. —Su expresión exhibió el dolor y el asco que sentía al reconocer su identidad—. Tenías razón, hubiera preferido no saber que soy un monstruo.

—No digas eso, tú no eres como ellos.

—He arrebatado el alma a un hombre y he visto cómo se arrojaba por una ventana por capricho de estos demonios. No he podido evitarlo.

—No puedes culparte.

Cinthia rozó con la yema de los dedos su mejilla, agradecía sus palabras, pero nada que le dijera cambiaría el hecho de que era un monstruo. Se encaminó al comedor, seguida por Lucien, quien lamentaba que su inocencia se hubiera destruido de esa terrible manera.

En el comedor, don Ángelo presidía la mesa. Su imponente imagen intimidó a la joven, en cambio, Lucien se mantenía alerta. Cinthia se sentó a su derecha, dónde habían dispuesto el único par de cubiertos de la mesa, y él a la izquierda. Temía los juegos maquiavélicos del viejo, pero poco podía hacer, salvo mantener la calma.

—Estás preciosa, querida. Arrebatar almas te favorece. —Ante su silencio, añadió—: ¿No piensas lo mismo, Lucien?

—Desde luego.

Cinthia agachó la cabeza, su serenidad anunció a Lucien una tempestad.

—¿Te ha contado cómo nos hemos divertido? Me siento tan

orgulloso.

El caído ansiaba ver sus vivarachos ojos y leer en ellos qué pensaba. Entonces, Cinthia levantó el rostro y clavó sus pupilas directamente en él y supo que esta vez nada la detendría. Era un error, un tremendo error, que pagaría con la vida. Por muy hija que fuera del viejo, el perdido no permitiría que una cazadora atentara contra él. Rogó que no actuara con estupidez al interpretar qué significaba la crispación de sus dedos. Frente a la sorpresa de don Ángelo y los gritos de Cinthia, Lucien apartó la mesa de un manotazo.

—¡Eres un bastardo asqueroso! ¡Un traidor de mierda! —le insultaba, a la vez que Lucien se la cargaba sobre los hombros e impedía que cometiera una estupidez.

—¿Puedes explicarme qué ocurre? —preguntó don Ángelo conteniendo su furor.

—Nuestra amiga pretendía quitarse la vida y he tenido que intervenir.

—¡Te obligaré a que te arranques las pelotas!

—Será mejor que te retires —dijo el perdido con una sonrisa torcida—. No te envidio, su lengua es peor que la de su madre.

—¡Viejo loco! ¡No metas a mi madre en esto! ¡Te mataré!

El arcángel despidió con un movimiento de los dedos a Lucien, disgustado por el comportamiento de la cazadora. El caído escapó de allí aprisa, todavía no creía su buena suerte. Todo el camino al cuarto recibió insultos que avergonzarían al más fiero de los moteros de las bandas que frecuentaba. Abrió la puerta del cuarto de Cinthia de una patada y la lanzó sobre la cama.

—¡Si dices una palabra más, te juro que te amordazaré! ¡Nos hemos librado del castigo del viejo por muy poco! ¡Estás loca!

—¡Me importa una mierda el viejo! —gritó ella fuera de sí. De pronto, se serenó y se puso en pie—. Te tocaré… —lo amenazó, acercándose lentamente a él—, y te tatuarás en el pecho mi nombre.

—Si das un paso más, te tatuaré tu encantador trasero —dijo él, apoyándose con languidez en la pared.

—No te atreverías, antes te cortarías esas alas.

Ella dio un paso y él la señaló con un dedo.

—No me tientes, Cinthia.

Pronunciar su nombre la detuvo. Nunca la había llamado por él, siempre era monstruo, engendro, bruja o Marnie.

—Ayúdame —le pidió—. No quiero vivir así.

Lucien podía lidiar con su rabia, su furia o su dolor, incluso sus

insultos. Pero no resistiría observar cómo se humillaba rogando su ayuda ni el abatimiento desolador que la invadía. No, no aguantaría la compostura al advertir sus suplicantes lágrimas. La rodeó con los brazos y su cuerpo se encendió como la yesca. El ardor y la lujuria se apoderaron de cada una de sus terminaciones nerviosas, conduciéndolo a un mundo más allá de lo terrenal o celestial. Sus palabras fueron órdenes, sus órdenes deseos, y sus deseos lo único que obedecería, incluso sacrificando su vida para cumplirlos.

—Ahora, sácame de aquí.

La orden los conduciría a la muerte. A pesar de ello, Lucien eliminó a cada una de las sombras que se interpusieron en el camino. Luego, invirtió el mismo tiempo que el aleteo de una mariposa para presentarse en casa de Marcel. Esta vez, fue Dubois quien presenció la mágica aparición de los dos jóvenes.

—¡Mierda! —refunfuñó una vez recuperado de la impresión—. Te agradecería que la próxima vez utilizaras la puerta.

En respuesta, el caído emitió un gruñido incomprensible. La furia era palpable en él y se notaba el esfuerzo que realizaba por reprimirla. En sus pupilas, cada vez más azules, se distinguía un tono rojizo, mientras sus manos se transformaron en garras y sus alas surgieron tras la espalda.

—No está de muy buen humor —aclaró Cinthia.

El caído recorrió la habitación hablando en un idioma que ninguno de los dos entendía, cada minuto interrumpía la retahíla con ganas de asesinarla. Luego, reanudaba los pasos y la letanía, sin quitarle los ojos de encima.

—¿Qué ha pasado?

Germán, primero observó al ángel, juraría que hacía un esfuerzo sobrehumano para no matarlos a todos; después, miró a Marnie, la chica actuaba con demasiada tranquilidad.

—A nuestro angelito no le divierte recibir órdenes.

Cinthia se bebió la cerveza que le ofreció el inspector y se descalzó.

—¡Nos ha condenado! —Señaló fuera de sí—. ¡A todos! —voceó Lucien.

En ese instante, Marcel regresaba de la compra en el supermercado. El ruido de las botellas al romperse desvió la atención de los tres a él.

—¡Eso es un puto ángel! —gritó Marcel—. ¡No lo imaginé! ¡Era verdad! ¡Existen!

Lucien extendió las alas y la oscuridad se cernió en torno al profesor, aun así, el asombro lo inmovilizó lo bastante para no

retroceder.

—No soy un puto ángel, soy un caído, ¡un maldito caído! —afirmó.

—Vale, un caído… —pronunció despacio y vocalizando como si hablara en otro idioma.

La paciencia de Lucien se acababa, por eso procuraba no relacionarse con los humanos. Bien, le alteraba su simplicidad como sucedía con el profesor o se metía en problemas gracias a ellos.

—Vamos a calmarnos —pidió Germán, conciliador.

La situación era tan absurda que podría haberla creado un programa de televisión.

—Cariño, ¿te ayudo a esconder esas garras?

La malicia en la voz de la joven exasperó a Dubois, ya tenían bastante testosterona concentrada en el cuarto. Marnie se sentó en el brazo del sofá y cruzó las piernas, mientras movía una de ellas con descaro.

—¡Basta! A los dos. Marcel, acompaña a Cinthia a tu cuarto.

El semblante de Germán no permitiría la desobediencia, así que la chica lo siguió bajo la atenta vigilancia de Lucien.

—¿Puedo acariciarlas? —Marcel adelantó un dedo hacia ellas, admirado por un plumaje tan irreal.

—¿Quieres perder el brazo? —respondió él con una frialdad que confirmó a Marcel que no bromeaba.

—Lo comprendo, tío. ¡No tocar las alas de un caído! —dijo, y acompañó a Cinthia a su habitación aún deslumbrado por el ángel.

Entretanto, el silencio se apoderó del salón. El inspector le ofreció una cerveza a Lucien o se pondría a maldecir igual que un loco.

—¿Los de tu especie bebéis?

Lucien volvió a su estado mortal bajo el asombro del policía. Germán disimuló la maravilla que ese prodigio le causaba, bebiendo de una sola vez su cerveza.

—Te juro que me tragaría un barril.

—No tengo barril, pero la barriga de Marcel no la ha obtenido gracias a las judías verdes. En su frigorífico solo hay cerveza. Siéntate, tenemos que hablar. Debes calmarte, ¿qué ha sucedido?

El ángel obedeció a Germán. Si hubiera nacido en su época, habrían sido amigos, le complacía su carácter sosegado y racional.

—Cinthia es una cazadora de almas, una bruja para los humanos. —Lucien aguardó la reacción de Dubois.

—Ni te imaginas qué se escucha en un interrogatorio.

La aceptación de la situación por parte del inspector animó a

confesarle la verdad.

—Don Ángelo, el rey de las sombras…

—Satanás —lo interrumpió Germán.

—Exacto… —dijo, y continuó—: Esa arpía se niega a obedecerle e intentó quitarse la vida, lo evité y me odia por ello.

—Como yo lo veo, está asustada y lo paga contigo.

—Lo sé, pero huir del viejo sí es un suicidio. No dejará piedra sin registrar hasta encontrar a su hija.

—¿Es su hija?

—No somos eunucos —confesó Lucien, fastidiado por la aclaración.

—Mis conocimientos de vosotros se limitan a lo que me cuentas —sentenció el policía, elevando su botellín a modo de disculpa.

—No estamos seguros en ningún lugar.

—¿Qué vas a hacer?

—Matarla sería la mejor solución.

Germán lo observó durante un instante y entendió que jamás la asesinaría. Juraría que ese ángel se había enamorado de la muchacha, aunque parecía negarlo.

Entretanto, en la habitación, Marcel acosaba a preguntas a Cinthia sobre el caído y su mundo.

—¿Tienes unas tijeras? —lo interrumpió.

—¿No pensarás clavármelas o clavártelas tú? Ese tipo me arrancaría las tripas si te rompieras una uña. He visto demasiadas hormonas adolescentes enamoradas.

—No son hormonas enamoradas, sino asesinas. Te juro que si tuviera la oportunidad, me mataría. Dame esas tijeras.

Marcel le señaló un cajón del escritorio.

—Te queda mucho mejor —dijo el profesor al ver cómo cortaba la falda del vestido.

—¿Tienes zapatillas? Esos tacones son de lo más incómodos.

—Creo que mi hermana olvidó algunas prendas en el armario el año pasado.

Cinthia se abalanzó de nuevo en la búsqueda, cuando de pronto el ángel se materializó en el cuarto. Marcel abrió los ojos tanto que creyó que no los volvería a cerrar. Sin embargo, al caído le interesaba mucho más el tentador trasero que exhibía Cinthia que la admiración del mortal.

—Busca unos zapatos —le aclaró Marcel al reparar en la mirada de deseo de ese ser.

—Tenemos que darnos prisa, no pierdas el…

—… ¡Prisa, me importa una jodida mierda tu prisa! No pienso ir

con esos zancos que me harán sangrar los dedos de los pies —dijo ella con la cabeza aún metida en el armario.

Lucien esperó paciente a que encontrara las zapatillas, se las atara y besara a Marcel, ruidosamente en la mejilla. Esa carantoña motivó que el ángel frunciera el entrecejo, pero un ruido en el comedor atrajo su atención. Nadie hubiera previsto aquella visita ni un desenlace como aquel.

—¿Cuánto tiempo, amigo mío?

—No el suficiente, Rafael.

V

El reencuentro

Encuentra lo que amas y deja que te mate.
Charles Bukowski.

Germán no tuvo tiempo de desenfundar el arma, Rafael, el nuevo *sheriff* del Paraíso, lo lanzó contra la pared. Ningún humano habría vencido a un arcángel tan terrible, capaz de aniquilar batallones de ángeles sin pestañear. Lucien miró de reojo al policía, lo tranquilizó comprobar que aún respiraba. Después, su atención se dirigió al profesor.

—Enciérrate con Cinthia en la habitación —le ordenó al comprender que pronto ajustaría cuentas con el arcángel.

Marcel obedeció la orden preocupado por Germán, pero nada podía hacer por su amigo. Además, había escuchado al caído en su mente decirle que solo había perdido la consciencia, aunque quizá todo fuera el resultado de una severa alucinación. Cuando entraron en el cuarto, Lucien incapaz de soportar más la espera, se enfrentó contra Rafael.

—¿Qué quieres?

—Lo que todos, a la cazadora de almas. No está bien que don Ángelo coma la porción de tarta más grande. Los mortales cada vez son más fáciles de corromper —dijo, y como si le contara un secreto añadió—: Hay menos clientes en el tren que va al cielo. El infierno es un parque de atracciones más divertido.

—Me importa una mierda tú y tus intenciones. Ella es mía y tendrás que matarme primero para capturarla —aseguró con tanta ferocidad que le sorprendieron sus propias palabras.

Rafael se puso en pie crujiendo uno a uno los dedos de la mano.

—Vaya, vaya —dijo, alargando las vocales—. Lucien luchando por una mujer. Será entretenido matarte, casi lo consigo la última vez.

—Ahora no te resultará tan fácil.

La cicatriz del costado de Lucien le escoció igual que el primer día. Recordar cómo lo derrotó lo enfurecía hasta nublar su entendimiento. De ese día aún notaba el dolor y cada respiración agónica que robó a la muerte. Lo peor era que, pese al tiempo transcurrido, no olvidaba el peso de la traición.

Casa de los Chevalier, Francia

El baile era un acontecimiento que la mayoría de las familias del condado aguardaban con ansiedad. La madre de Lucien se movía por cada rincón de la mansión ordenando a los criados que trabajaran en diferentes tareas. Su padre prefería regresar a la ciudad, no toleraba los preparativos que durante unos días transformaban su hogar en un caos. El resto del año regía la vida de los que vivían bajo su techo con mano de hierro, pero el baile convertía a su esposa en la verdadera dueña de la mansión Chevalier. A Lucien no le gustaba demasiado esas reuniones, aunque a veces le habían proporcionado la ocasión de flirtear con las chicas. En cambio, su hermano Denis las consideraba un fastidio. Esas semanas apenas salía de la biblioteca, el único lugar que se respetaba con los ajetreados preparativos. Por el contrario, Gerard se recreaba en dar problemas. Su madre, con una paciencia infinita, lidiaba con las quejas de los cocineros por la desaparición de las botellas de vino. También con las del ama de llaves para que reprendiera a su hijastro, un chico que distraía de sus labores a las criadas. Con cada una de las reclamaciones, ella asentía; prometía que no volvería a suceder y después lo reñía, sin ocultar su cariño a Gerard. Pero para él aquel baile era distinto a cualquier otro, pues en este vería a la señora Dupont. La dama más bella, exótica y deliciosa del mundo. Y ella lo amaba.

Desmontó con el rostro invadido por la felicidad, faltaban poco menos de una semana para el baile. Deseaba enseñarle a Catherine su futuro hogar, dónde vivirían después de casarse. Acariciaba el morro del semental, perdido en sus fantasías, cuando advirtió a su madre acercarse a los establos.

—Lucien, me gustaría dar un paseo —le pidió con una tierna sonrisa.

—Claro, vayamos a ver los rosales —sugirió el muchacho, y entregó las riendas del caballo al mozo de las cuadras.

Lucien le ofreció su brazo y su madre se aferró a él.

—Hijo mío, ya sabes que al baile acudirá la hija de los Sarcots…

—Madre, no voy a casarme con ella, pese a lo que opine padre —la interrumpió.

Lucien frunció el ceño al comprender que algún samaritano amigo había revelado su secreto con Catherine y, nada menos, que a su madre. Por eso mantenían esa desagradable conversación. Los Sarcots suponían afianzar enlaces muy beneficiosos para la familia Chevalier, pero no amaba a la señorita Sarcots y nunca lo haría.

»—Antes que formar una familia, me debo a la mía —se excusó, avergonzado por defraudarla.

—Lucien —dijo, deteniéndose en el camino, delante de un macizo de flores amarillas—. No soy estúpida. Sé quién es la señora Dupont y la relación que te une a ella. —Asió el rostro de Lucien—. Por favor, escúchame. Tu posición te obliga a tomar decisiones dolorosas, pero eres el heredero del título y el responsable del bienestar de tus hermanos. Sé que es demasiada carga la que te impongo, aunque… —dudó si proseguir—: Solo eres una diversión para ella. A una mujer de su posición y edad le resulta muy halagador que un muchacho como tú la corteje.

A Lucien le disgustaba hablarle de aquel modo, no obstante, aniquilaría cualquier negativa al respecto. Le daban lo mismo los comentarios maliciosos, los cuchicheos indeseados, incluso aquellos en los que la acusaban de coleccionar amantes y maridos en la misma proporción. A su espalda se reían de él al juzgarlo como a un inocente enredado en las faldas de una manipuladora y lujuriosa viuda.

—Madre, no puedo complacerla —dijo, y le retiró las manos de la cara.

—¿Por qué? —Ella intentó controlar su enfado.

—Porque la amo.

—¡Qué sabes tú del amor! —lo acusó con cólera.

—Madre…

—Es bella, no lo niego y tan tentadora como Satanás. Pero no te conviene, te destruirá.

—Iría al infierno por ella. Así la amo.

Retrocedió un paso, asustada por la profundidad de los sentimientos de su hijo mayor. A su pesar, reconoció que era un joven con hondas emociones. Si amaba, amaba de verdad y si odiaba, que Dios la librara de él, movería cielo y tierra hasta destruirla. Su madre sonrió con tristeza y reanudó el paseo en silencio. Lo único que podía hacer por él era permanecer a su lado

hasta que esa indecorosa mujer lo alejara de ella.

La noche de la fiesta, Lucien junto con sus dos hermanos se encargaban de recibir a los invitados menos relevantes. Denis mostraba en el semblante un gesto de hastío y una falta de interés absoluto por el evento. Saludaba con un leve movimiento de la cabeza y una actitud taciturna, en realidad solo deseaba releer un tratado de botánica. Mientras que Gerard se retenía más tiempo de lo que establecía el decoro en sostener las manos de las jóvenes más seductoras. Eso le acarreó miradas de reproche de sus familiares, pero él respondía con una réplica mordaz. Sabían que era el bastardo Chevalier, al que la anfitriona imponía su presencia en contra de lo que exigía la etiqueta, porque lo trataba como a uno más de sus hijos. Por supuesto, Gerard atraparía todo lo que pudiera, sin sopesar las consecuencias de sus actos. En cambio, él solo deseaba ver a Catherine, abrazarla y besar sus labios. Le traía sin cuidado que fuera mayor que él ni que tuviera una amplia experiencia en la alcoba. Él la amaba tanto que renunciaría a su posición en la sociedad y repudiaría a su familia si se lo pidiera.

—Hermano, vigila tu genio —dijo Gerard con malicia al ver a Catherine.

El rostro de Lucien se oscureció de tal manera que Gerard lo observó preocupado. Quería disfrutar de esa noche, conquistar a esas señoritas presuntuosas y de alta cuna, no asistir a una pelea de gallos por una gallina vieja.

—¿Quién es?

Gerard, a pesar de no moverse en esos círculos, se las ingeniaba para conocer quién era quién en la sociedad.

—Lo llaman Rafael, dicen que es un aristócrata italiano.

—¿Es su amante?

—No lo sé, pero por cómo rodea su cintura…

Lucien apretó los puños. Gerard, al comprobar cómo su hermanastro zanjaría el asunto, lo sujetó del brazo.

—¿Estás loco? Madre te cortará los dedos si montas una escena.

Al fondo del salón, con un disimulo mal enmascarado, la madre de Lucien los vigilaba. Sí, había invitado a la señora Dupont con un claro propósito. Si el baile terminaba en un escándalo, lo consideraría un triunfo. Por casualidad o deliberadamente, una de sus amigas le contó lo que todo el mundo ya sabía menos el ingenuo de su hijo. Catherine tenía un nuevo amante. Un conde italiano que

había sustituido al inexperto Chevalier que veneraba cada paso que ella daba. Un caballero maduro, tan rico como Midas y capaz de satisfacer sus más mínimos caprichos.

La pareja se acercó a Lucien, quien mantenía una falsa calma, no obstante, Gerard observaba por el rabillo del ojo la reacción de su hermanastro por si debía intervenir.

—Bienvenidos a la casa de los Chevalier —pronunció Gerard ante el silencio beligerante de Lucien.

Aquellas palabras no le correspondían pronunciarlas, pero Denis saludaba a otros invitados, y Lucien se concentraba en Catherine y en someter el odio que emanaba de su mirada.

—Gracias —respondió el conde con una desdeñosa sonrisa.

—Señora —añadió Gerard, tomando la mano de la querida de su hermanastro.

—Bienvenidos —logró decir Lucien.

—Conde, ¿es aficionado a los caballos? —preguntó Gerard con la pretensión de aligerar el ambiente.

—Si son de pura raza y salvajes, me encanta domarlos —pronunció mientras miraba a Catherine con una manifiesta doble intención.

Lucien no aguantó esas insultantes palabras, pero Gerard se interpuso entre los dos hombres. Su hermano, enfadado, se marchó al otro extremo del salón.

—Disculpen a mi hermanastro, hoy no se encuentra muy bien.

—Comprendo —dijo Rafael—. A mí tampoco me agrada perder.

Gerard contempló a Catherine, juraría por la rojez de sus ojos que contenía las lágrimas. Quizá realmente amaba a Lucien, pero él más que nadie comprendía qué suponía la pobreza. No juzgaría a esa mujer como el resto de los invitados por escoger al aristócrata. Lucien, al igual que todos ellos, no había pasado hambre. Él, en cambio, conocía muy bien qué era sentir un estómago vacío o el frío en invierno.

—Disfruten de la fiesta —se obligó a decir Gerard.

La pareja asintió y se dirigió al centro del salón bajo la atenta mirada del resto de invitados.

Todo transcurría como debía ser hasta que Catherine se encaminó al jardín. Si seguía allí y en compañía de ese monstruo, se ahogaría. Las lágrimas brotaron al comprender lo ingenua que había sido al aceptar la inmortalidad sin pensar que la conduciría a una infelicidad perpetua.

—¿Por qué lloras? —Escuchó a su espalda.

Catherine no se atrevió a darse la vuelta. La vida del hombre

que amaba dependía de su entereza. Destrozaría su amor, aunque en el camino acabara con el suyo.

—No lloro —dijo, y se encaró a él con una enorme sonrisa en los labios.

Una calidez invadió su pecho y, esta vez, lloró sin reprimirse.

—¿Qué sucede? ¿Qué te ha hecho? ¿Por qué me alejas de ti?

—Es lo mejor, él… es un monstruo.

—Confía en mí —le pidió.

—No, por favor. Debes irte, es muy peligroso —le rogó.

—Podemos ir a cualquier parte del mundo. Renunciaré a todo lo que conozco, a todo lo que soy —le ofreció.

—Lucien… le pertenezco —dijo, mirándolo con una infinita ternura.

—¿Por qué? —preguntó con tal desesperación que la zarandeó con rabia de los hombros.

—Es mi dueño. Él es…

—¿Quién, querida?

La voz del conde los sobresaltó a los dos. Lucien no advirtió su llegada hasta que estuvo a escasos centímetros de ellos. Disimuló el desconcierto y protegió a Catherine con su cuerpo.

—Señor, solucionémoslo con las reglas de un caballero —le propuso el joven.

—¡No! —gritó Catherine—. ¡Te lo ruego! Rafael es mi amante y mucho más viril que un chiquillo como tú.

Lucien ignoró sus súplicas e insultos y continuó con su discurso.

—Diga el día. Si es esta noche mejor, ardo en ganas de zanjar esta situación.

El conde emitió una carcajada, pero lo distraía enfrentarse a un mortal de vez en cuando.

—Mi candoroso amigo, por qué demorar nuestra cita —dijo, despojándose de la chaqueta—. El día puede ser hoy y el momento, ahora.

—Así sea. Supongo que espadas.

—Supone bien. Pero estoy desarmado.

Alzó los brazos para que comprobara que carecía de ellas.

—Eso lo arreglaremos enseguida.

Lucien solicitó la asistencia de sus hermanos. Denis emitió una opinión enconada sobre el absurdo duelo. En cambio, Gerard lo apoyaba, un poco de sangre siempre animaba una fiesta. Lucien era diestro en la esgrima. Temía más por la vida del conde, su hermanastro solo lo humillaría. Ese día se marcharía de Francia con el rabo entre las piernas.

Dos horas más tarde, Denis se afanaba en detener la hemorragia del pecho de su hermano mayor. Y Gerard conducía la berlina del médico a una velocidad endiablada. Nunca había visto a nadie manejar la espada con tal habilidad.

Lucha de titanes

Solo viven aquellos que luchan.
Víctor Hugo

Esta vez el caído se juró que esa escoria no le arrebataría a la mujer que…

Su semblante palideció, no por el miedo de enfrentarse al arcángel, sino por descubrir qué sentía por Cinthia. Se negaba a rendirse a una pasión humana que al final lo conduciría al desastre.

—¿Tienes miedo?

—¿De ti? No me hagas reír. Te veo bastante más viejo que la última vez.

Rafael emitió una carcajada ante las insolentes palabras de Lucien.

—¿No tienes curiosidad?

Su intencionada maldad sorprendía por provenir de un ángel.

—¿Por quién? ¿Por Catherine? Hubo un tiempo en que sí —admitió, y se apoyó en la pared—. Ahora, ya no me interesa.

Cruzó los brazos sobre el pecho y se dispuso a mantener aquel parloteo sin sentido, mientras que su cuerpo continuaba en una espera tirante. Tarde o temprano se enzarzarían en una encarnizada pelea, anhelaba que fuera pronto. Ese presuntuoso le colmaba la paciencia. Además, tenía una cuenta pendiente con él. La cicatriz del costado palpitó con más dureza que en otras ocasiones al recordar aquel día.

—No puedo creer que ese infinito amor ya no exista. ¿Cómo se lo tomará Catherine cuando se entere?

—Está muerta —dijo, pero lo invadió una sensación de

desasosiego.

—La última vez que la vi gozaba de excelente salud.

—¿Qué le hiciste?

Lucien inclinó el cuerpo hacia delante y tensó la mandíbula con una fiereza que divirtió al arcángel.

—Nada que no quisiera.

—¡Es mentira! ¡No la condenarías…! —musitó.

—Mi viejo amigo, me rogó que lo hiciera.

La hora de hablar había terminado.

—Pagarás por ello —lo amenazó Lucien con rabia.

Catherine no se merecía esa vida. No era culpa suya haberse cruzado en el camino de un monstruo. Sabía el final de una historia como aquella. El mortal vivía eternamente a cambio de una ciega obediencia. Algunos enloquecían con una inmortalidad que suponía una condena más que una satisfacción.

—¿Quieres verla?

Lucien enmudeció, pero sus pensamientos se dirigieron a Cinthia, su calidez, incluso el afán de discutir con él a todas horas. Catherine era el pasado, un pasado terrible que lo devolvía a la oscuridad. En cambio, Cinthia era la luz que necesitaba. No, no quería verla.

—¿Tendrás en cuenta mi opinión?

—Por supuesto que no. —Esbozó una sonrisa que alteró sus facciones en unas más deformes.

Dos segundos más tarde, Catherine aparecía en la habitación. Los años no habían menguado un ápice su belleza, casi etérea, ni su mirada profunda que atravesó a Lucien con una precisión quirúrgica. Concentrados en los recuerdos ninguno de ellos advirtió que Cinthia abría la puerta y se quedaba inmóvil bajo el umbral.

—¡Cinthia! Por favor… —Marcel guardó silencio al presenciar la escena.

La joven, preocupada por Lucien, salió del cuarto para comprobar que se encontraba bien, justo en el momento en que Catherine se lanzaba a sus brazos y lo besaba con ardor. En la cara de la cazadora se reflejó la decepción más absoluta. La mirada de ambos se entrecruzó un instante, pero Lucien, avergonzado, agachó la cabeza.

—¡Vuelve dentro! —le gritó al ver cómo las alas de Rafael se extendían tras la espalda.

Marcel, con la respiración entrecortada por la impresión, tiró de ella al interior de la habitación. Había otro ángel, otro puto ángel en su salón. Agradeció las clases de *Shiatsu* y controló su mente y

cuerpo o le subiría la tensión. Cerró la puerta con llave y observó a la muchacha.

—Lo siento. —Cinthia apenas podía ocultar el dolor—. ¿Estás bien?

Además de ver a un ángel, también había presenciado un momento delicado. Había sido testigo de suficientes escenas entre adolescentes enamorados para entender que el caído había lastimado el corazón de la joven.

—Como nunca. —Se sentó en la cama con los ojos entristecidos.

Tras dos minutos, en los que sus sentimientos viajaron por su mente a la velocidad de la luz, se levantó. En silencio, abrió el armario y sacó varias prendas que lanzó sobre la cama. Marcel la observaba con curiosidad.

—¿Se puede saber qué haces?

—¿Tu hermana no dejó unos vaqueros?

—Imagino que sí.

La chica encontró unos, se los puso, se anudó el vestido bajo el pecho y se dirigió a la ventana.

—¿Dónde vas? ¡Estás loca!

—Lo estaré si me quedo aquí. Un puto ángel, un caído, un policía y un antiguo amor, Marcel, son demasiados para mí. Gracias por ayudarme.

—¿Estás segura? Él… bueno… no sé qué tiene con esa mujer, pero no le va a gustar saber que has desaparecido.

—Por lo que he visto ahí dentro, no me echará demasiado de menos. —Sonrió, y añadió—: ¿A qué altura estamos?

—Un tercero. ¡Cuidado! —le advirtió al verla pasar una pierna por el alféizar de la ventana—. ¡Te vas a partir el cuello!

—Mi récord está con una quinta planta —dijo, y besó la mejilla de Marcel.

—¿Qué le voy a decir a él?

—La verdad, esto me supera. Nunca he tenido que lidiar con tantas emociones.

Marcel asintió en silencio, a su clase asistían muchachas cuyas familias eran un infierno, supuso que Cinthia había vivido situaciones similares que marcaron su infancia. Observó entre admirado y aterrado cómo descendía por el edificio. Al caído no le gustaría averiguar que su novia se había ido sin él.

Entretanto, en el salón, Dubois entreabrió los ojos. Las conversaciones le llegaban desde lejos y un intenso mareo le dificultaba levantarse.

—Vaya, inspector, veo que ya ha despertado —dijo Rafael.

—¿Cómo sabe quién soy? —Germán se sentó en una silla, mientras el comedor giraba ante él como un tiovivo.

—Podría obviar el hecho de que soy un ángel, pero veo que conoce la identidad de Lucien. Es un alivio que no me pida un milagro o corra despavorido.

—¿Quién es ella? —preguntó con la voz entrecortada e ignoró al tipo, soberbio, que nunca hubiera imaginado fuera un ángel.

Germán miró a la escultural mujer que parecía conocer tan bien a Lucien, mientras controlaba la bilis del estómago.

—Es la señora Dupont, una vieja amiga —explicó con la expresión congestionada por la furia y retirando los brazos de Catherine de su cuello.

—Vamos —intervino Rafael, y chasqueó la lengua—. No mientas. —Dubois alzó una ceja—. Eran amantes, pero no funcionó.

—¡Cállate! —le pidió Catherine—. No ensucies mi relación con Lucien. Él era el amor de mi vida.

—¡Ensuciarla! —la interrumpió con un tono de ira contenido—. Querida, te recuerdo que tú me suplicaste meterte en mi cama para obtener la inmortalidad. —Catherine bajó la cabeza avergonzada—. El problema, señor Dubois, es que existe una regla, cómo diría —meneó la cabeza disgustado—, que no permite a los ángeles yacer con humanas o nos convertiríamos en un engendro como él —señaló a Lucien con asco—. Pero hay formas menos arriesgadas de divertirse.

Rafael se sentó al lado de Germán y rodeó sus hombros con uno de sus brazos igual que si fueran amigos.

—Lucien, puedo explicarte… —dijo ella.

—… no me des explicaciones. No son necesarias.

—Lucien…

—Ahora —dijo el caído, ignorando a Catherine—, acabemos con todo esto.

Sus miradas se enfrentaron, entonces, el arcángel y Lucien aparecieron en medio de una explanada árida y deshabitada.

—Un buen lugar donde morir —dijo Rafael. Lucien ni siquiera respondió, ansiaba empezar y sacó de la cintura una espada de fuego—. Veo que no quieres hablar.

Lucien emitió un grito ensordecedor y se lanzó en una batalla que tampoco estaba seguro de ganar esta vez. Sin embargo, imaginar a Cinthia en poder de esa basura lo llenó de una fuerza que nunca antes había tenido.

Mientras tanto, Cinthia recuperaba la respiración, pero también algunos recuerdos desagradables. Había huido de varias casas de

acogida, algunas no supusieron dificultad, aunque más de una vez sufrió magulladuras y contusiones. Agradeció que el edificio de Marcel contara con sobresalientes cornisas y balcones, eso le facilitó la bajada. Saludó con la mano a su nuevo amigo, el profesor correspondió, aliviado de que no se hubiera roto el cuello. Con el pulso todavía acelerado por el esfuerzo, corrió hacia una de las calles colaterales y detuvo a un taxi. Al fin se alejaba de Lucien. Fiarse de un caído había sido la máxima estupidez que había cometido hasta ese día. Había visto a esa mujer solo un minuto, pero era más alta que ella e infinitamente más bella. Por la forma de besarse no solo eran amigos. Mejor se escabullía, huir daba resultado, pero esta vez su fórmula de protección era inútil. Colocó el puño sobre el pecho y lo maldijo.

—¿Dónde? —le preguntó el taxista.

Cinthia ignoraba la respuesta, por primera vez, la soledad se aferraba a su corazón mostrándose con una nitidez salvaje. El llanto surgió sin que lo controlara, enfadada, se apartó las lágrimas de un manotazo.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, tan solo demos un paseo.

El conductor acostumbrado a las excentricidades de los clientes, aseveró con un imperceptible movimiento de cabeza.

En el descampado, Lucien se concentraba en permanecer vivo. A Rafael le agradó comprobar que el muchacho había practicado. De esa manera transformó la contienda en un juego interesante, pero él era un maestro en el manejo de la espada.

—Tenías razón, has progresado un poquito —se burló.

Lucien no contestó e intentó recuperar el aliento sin que se notara que carecía de fuerza. Lo había herido en un brazo y le quemaba como si tuviera fuego alrededor.

—¡Cállate y sigamos peleando!

—Tu amor a la familia, la devoción a tus hermanos, lo que sacrificaste por ellos. ¿Mereció la pena?

—¿Te da envidia? —Lucien torció los labios en una mueca entristecida.

—¿De ti? Por favor, de un mísero caído.

—Un mísero caído con gente a la que le importa. ¡Tú! Un guerrero de Dios, un jefe temido y admirado, pero solo, tanto que esclavizas humanas para desterrar esa soledad. Yo también he hecho mis deberes.

—¿Qué quieres decir? —preguntó inquieto el ángel.

—Tu madre te abandonó por el amor de un hombre. Tu padre

renunció a ti, te odiaba. Te consideraba culpable de que su esposa se fugara con otro. ¿Cómo te sentiste? Abandonado, infeliz. ¿Cuántas humanas han existido a lo largo de tu penosa existencia? ¿A cuántas mujeres has destruido para vengarte de tu madre?

—¡Cierra esa sucia boca! Cuando tenga en mi poder a esa muchachita a la que tanto estimas, te juro que no quedará nada de la cazadora. Me encargaré personalmente de su educación y ya sabes qué significa.

—Antes tendrás que matarme y esta vez no será fácil.

Rafael alzó la espada de fuego. La estampa que presentaba era temible. Ese día quizá fuera el último de Lucien. Si así era, lamentaba no haberle confesado a Cinthia qué sentía por ella.

Una confesión y una pelea

La más desarmada ternura, así como el más sangriento de los poderes, necesitan la confesión.
Michel Foucault

—Tienes un golpe muy feo y se pondrá peor.

Marcel le ofreció una servilleta con hielo que el inspector se apresuró a colocar bajo la mandíbula.

—¿Y Cinthia? —Germán se preocupó al no ver a la chica.

—Ha escapado.

—Explícate mejor. —El policía frunció el ceño y el gesto le ocasionó un intenso dolor—. ¿Cómo ha escapado?

—Por la ventana.

—¡Por la ventana! ¡Esa muchacha está loca!

—No era la primera vez que lo hacía —le confirmó el profesor —. ¿Y el caído?

—No sé qué ha pasado, Lucien discutió con el ángel y luego desaparecieron.

—¿Volverá?

—Lo hará, pero hemos de encontrar a Cinthia o Lucien nos desollará vivos.

Germán se tomó un par de analgésicos e intentó no sorprenderse por el aspecto que presentaba cuando se miró en el espejo del baño.

—¿Por dónde empezamos? —Marcel lo había seguido sin dejar de acosarlo a preguntas.

—¡Marcel! ¡Basta! —le disgustó gritarle, pero la cabeza le iba a estallar de un momento a otro y debía concentrarse en la manera de encontrar a Marnie—. Por el taxi. Lo siento, amigo, estoy

preocupado por ella. —Marcel asintió y esperó a que Germán hablara—: ¿Recuerdas el modelo de coche?

—Lo recuerdo, además el primo de una compañera es taxista, nos ayudará.

Una hora más tarde, Marcel acompañaba a Dubois a un barrio residencial alejado del centro. El taxista no había visto a Marnie entrar en ninguna de las casas, aun así, Dubois registraría cada una hasta que apareciera.

Dos horas antes, Cinthia miró de izquierda a derecha y trepó la valla, cogió una piedra del suelo y rompió el cristal. Durante unos segundos, permaneció inmóvil y aguzó el oído. Tras unos minutos de absoluto silencio, encendió las luces. Subió a la planta de arriba con el corazón entristecido y se tumbó en unos cartones publicitarios. El pecho le dolía al imaginar a esa mujer en brazos de Lucien. Sí, de su ángel custodio, de su guardián, del sicario encargado de cuidarla hasta que don Ángelo la reclamara. Las lágrimas escocieron sus ojos, aunque esta vez no consintió que salieran. «Era Cinthia», se recriminó. La misma que con quince años huyó de la última casa de acogida porque su padre adoptivo se metió en su cama. La Cinthia, que sirvió en un bar, donde viejos salidos pellizcaban su trasero. Sí, la que poseía un don especial y robó un Monet. La misma que lloraba por ese insufrible ángel, anhelaba el roce de sus dedos y se conformaba con escuchar sus palabras hirientes. La misma que quería que sus brazos rodearan su cuerpo y sus labios se apoderaran de los suyos.

Ningún hombre se había metido bajo su piel de aquella manera. Tenía miedo, un temor irracional a atarse a alguien. Después de tantos años, todavía no se permitía amar y, desde el día que se conocieron, toda su vida giraba alrededor de él. «Nada era verdad», pensó, su don lo impulsaba a desearla. Saber esa realidad era mucho más lacerante. Su mundo se había vuelto del revés a causa de un ser que solo debería existir en su imaginación. Entonces, supo que no estaba sola. Era absurdo padecer miedo, no podía huir. En esta ocasión, nada ni nadie la ayudaría.

Tampoco Lucien albergaba la esperanza de vivir cuando una espada de fuego le atravesó el pecho. El rostro del caído mostró desconcierto al ver al arcángel extraerla de su carne ensangrentada.

—Espero que sufras un infierno antes de visitarlo —dijo Rafael, mientras Lucien se retorcía de dolor.

Gracias a Cinthia, no se entregaría dócilmente a la muerte. Combatir contra el fuego que consumía su vida eterna resultaba una tarea titánica, pero concentró sus últimos instantes en evocar la

suavidad de su piel o su rebeldía. Todo en ella lo cautivaba. El vacío que anidaba en su interior, el rencor y odio se eliminaban con su presencia.

»—La cazadora será un entretenimiento divertido. Primero trabajará sin descanso día y noche, después…

Las palabras de Rafael alentaron la necesidad de Lucien por sobrevivir, aunque apenas respiraba y, menos aún, podía contestar. La muerte revoloteaba sobre su cabeza, pero don Ángelo respondió a esa provocación.

—Veo que sigues siendo un bocazas.

El arcángel se giró entre sorprendido y divertido. El rey del inframundo se manifestaba en la contienda. No imaginaba el motivo, pero actuaría con cuidado.

—¿No tienes otras cosas que hacer en tu reino que contemplar el fin de un insignificante bastardo?

—Mi querido Rafael, ese bastardo es *mi* bastardo.

—¿Por qué el rey de las sombras se preocupa por una escoria como esta?

—Porque trabaja para mí.

—No durará mucho —dijo con desdén—. Tendrás que buscarte a otro esclavo.

Lucien vomitó sangre y sus ojos se cerraron. Don Ángelo advirtió que si se enfrentaba con Rafael, le restaría tiempo de salvarlo. Tenía un plan, y ese cabrón celestial no le impediría que se realizara.

—El problema es que me gusta este.

—No creo que te sirva. —Pateó al caído.

—En eso te equivocas. Ese chico es mío y nadie me quita lo que es mío.

La mirada de don Ángelo brilló con intensidad anticipando en qué se transformaría de un momento a otro.

—¿Vamos a pelearnos por un cerdo?

—Si fueras inteligente, no lo harías.

Rafael no era imbécil, pero dudó ante la fama de don Ángelo. Había matado a Gabriel, y era más diestro que él en el uso de la espada. Evaluó la situación y decidió que una retirada sería más honorable que una derrota. Lucien no podía ser salvado.

—No soy tan estúpido.

—Me alegra saberlo, mi querido hermano.

El ángel desapareció y don Ángelo se abalanzó hacia el caído. Rozó con un dedo su frente y Lucien recobró el color y la respiración.

—¿Cómo te encuentras?

—Igual que si hubiera descendido al infierno.

—Y lo hiciste, te lo aseguro.

—Gracias… —se obligó a decir.

—Querido niño, ¿dónde está ella? —Movió el bastón casi como en un número circense.

—Con Germán y Marcel. Son dos amigos humanos.

Lucien se incorporó sobre los codos, la herida aún le quemaba, pero resistía el dolor sin desmayarse.

—¿Desde cuándo tienes amigos mortales?

—Desde que su hija me salvó de la oscuridad.

Lucien no mentiría a don Ángelo. El perdido había leído en él qué sentía por ella.

—Es igual que su madre, se empeña en salvar a monstruos de las tinieblas.

*Roma, a*ño 62 d.*C.*

Esa noche se celebraba un banquete en la *domus* de Pluvio. Su amigo invitó a los patricios más célebres y cultos de la ciudad. Normalmente, acudía solo, pero en esta ocasión lo acompañaba Elvia. Durante el camino, la muchacha guardó un mutismo acusador, comprendía que esa cena menoscababa su orgullo.

En el *vestibulum*, los recibió uno de los esclavos de Pluvio. El siervo observó a la mujer que habían comprado por tanto dinero. La túnica de seda, de tonos azulados, convertía su cuerpo en una delicia y su cabello, recogido tras la nuca, incrementaba su porte aristocrático. Cualquiera pagaría una fortuna por poseerla.

—¡Cuánto me alegra que vengas a mi hogar! —dijo Pluvio, acercándose a ellos.

—Siempre es un placer sentarse a tu mesa.

—Te había preparado a Davinia —dijo, señalando a una bonita muchacha morena—, si bien no puedo compararla con ella.

Elvia apretó los puños al escuchar que hablaban de ella como lo harían de cualquier otra posesión. El día anterior, el tal Ángelo la trató con el respeto que requería su rango, desde luego, fue una ingenua al creer en la palabra de un romano. Solo era un juguete a la que someterían a todo tipo de afrentas. Incluso le pusieron aquel denigrante collar alrededor del cuello que citaba con una frase más infame: «Retenme para que no escape, y devuélveme a mi dueño, Ángelo, en la zona de comerciantes del sur».

—Te agradezco el ofrecimiento, pero Elvia me atenderá.

—¿Ese es su nombre? —Alzó su barbilla—. Digno de una reina.

—Lo es.

—Vayamos al comedor —anunció Pluvio con alegría.

Entre los patricios la bebida corría a borbotones y varias esclavas se ocupaban de satisfacer sus caprichos.

—Sírveme una copa de vino —le pidió.

La britana miró a Ángelo con soberbia, pero obedeció. Luego se sentó a sus pies sin emitir una queja.

—¿Esta es la esclava que te ha costado cien piezas de oro? —preguntó uno de los asistentes.

—Así es y vale cada uno de los áureos que pagué.

Elvia le devolvió una gélida mirada que fascinó a los comensales de Pluvio.

—Será mejor que cuides tu espalda —dijo uno de ellos, y provocó las risotadas de los demás patricios.

El resto de la noche fue una auténtica tortura para Elvia. Su orgullo mancillado se entremezclaba con los deseos de venganza. Sin embargo, la confusión la embargó al cruzar la mirada con su amo y vislumbrar en su rostro una sonrisa perversa de consentimiento. Parecía darle permiso para ajusticiar a esos romanos. Durante toda la noche recreó en su mente la muerte que daría a cada uno de ellos para que pagasen por el sufrimiento de su familia y su pueblo. Pero evaluó sus posibilidades y supo que no era el momento ni el lugar de tomarse la justicia por su mano. Aguantó las ganas y juró que algún día pagarían por lo que habían hecho. Cuando la cena terminó, la condujo de nuevo a su hogar. Lo siguió en silencio, enfadada y tan rabiosa que sus ojos supuraban odio.

—Esta noche has aprendido una gran lección. —Elvia lo miraba enajenada, ante su mutismo, Ángelo continuó—: Tu nueva posición como esclava.

Su comentario le descubrió su auténtica realidad. Debería haberse sublevado, haber obrado con mayor claridad, debería… y un cuerno. No le importaba qué le sucediera a partir de ahora. Se lanzó hacia él, dispuesta a matarlo con sus propias manos.

La joven no era contrincante para Ángelo. Es más, la había incitado con su comportamiento. Ansiaba verla viva y no como una copia inerte de sí misma. Quería besarla, poseerla y amarla.

La besó con tanta pasión que Elvia se rindió en su lucha. Ya no notaba la rabia, en su lugar, reconoció una paz infinita. Él era ella y ella él. Sus grandes y firmes manos acariciaban su cuerpo sin resistencia, mientas que Elvia se aferraba al de él con desesperación. Ambos terminaron en el suelo, revolcándose con una pasión casi animal. La britana claudicó sin condiciones, y él le habría regalado el inframundo si se lo hubiera pedido. Ángelo

conocía las miserias humanas, negociaba con ellas todos los días. El amor no era parte de su existencia. Una sombra no amaba; poseía. Arrasaba con lo que deseaba hasta destruir los cimientos. Hacía mucho tiempo que nada en ese mundo o fuera de él lo conmovía. Ella era la luz que atraía al marino al arrecife. Reconoció y temió al mismo tiempo descubrir que esa mujer era su debilidad.

Cuando te atrape

*Medita el mono a lo largo de la noche, ¿c*ómo atrapar *la luna?*
Masaoka Shiki

Don Ángelo apenas controlaba el enfado que amenazaba con arrasar Venecia y sus alrededores. En ese instante, comprendía a Nerón, las llamas también lo hubieran ayudado a aplacar la cólera por la pérdida de su hija.

—¡Una humana! ¡Una chiquilla os ha dado esquinazo! —gritó fuera de sí.

Lucien continuó apoyado en la pared, le costaba mantenerse erguido. Necesitaba absorber energía y en aquel palacio veneciano ninguno de sus habitantes era un mortal.

Hacía dos días de la desaparición de Cinthia y ninguno de los perdidos enviados por don Ángelo la había encontrado. Sospechaba que Dubois tenía algo que ver en aquello, pero se guardaba mucho de revelárselo al viejo.

Don Ángelo tomó su bastón y señaló a una de las sombras. El bastardo ardió consumido por unas terribles llamas y envuelto en un horrible sufrimiento. Lucien frunció el ceño por el olor a carne quemada, sin embargo, él más que nadie se merecía ese castigo.

—¡Arderéis uno a uno! ¡Fuera! —Al quedarse a solas, el antiguo arcángel dijo—: Querido, como ves no estoy de humor para acertijos, ¿vas a decirme de una vez quién la tiene?

Lucien comprendió que se trataba de una auténtica amenaza, esta vez nada evitaría su muerte si el viejo así lo decidía.

—Apostaría por Sariel, por culpa de Gerard recibió un duro castigo. Supongo que su odio hacia la familia Chevalier se ha

extendido hasta Cinthia.

—Tu hermano, como siempre, haciendo amigos —le recriminó.

—Era una de sus cualidades más destacables.

El arcángel lo atravesó con la mirada, nunca imaginó lo cerca que había estado de conocer las puertas del Averno.

—Querido, descansa. —El rostro de don Ángelo se recubrió de una pátina de falsa cordialidad al decirle o, más bien, ordenarle—: Viajarás a Rusia…

—… no quiero ir a Rusia.

La mención de ese país liberaba todos los remordimientos que tanto le había costado enterrar.

—Es el mejor lugar para recuperarte. Además, cuando encuentre a mi hija la enviaré allí, es el único sitio que ese bastardo de Rafael no visitará. Deberías superarlo de una vez —le aconsejó hastiado don Ángelo—. Fue una batalla desigual, no tenías la menor posibilidad de ayudar a tus hombres.

—Fue una matanza.

—¿Prefieres perder el tiempo discutiendo hazañas pasadas o salvar a Cinthia?

Lucien acalló la protesta y aceptó la orden, en su estado solo sería un estorbo. No pudo decir nada más porque el viejo desapareció de la habitación. Enseguida, entraron un par de humanos. Ignoraba por qué ese perdido se empeñaba en mantenerlo con vida, pero deberle un favor al rey de las sombras lo enfurecía hasta la médula.

—¡Maldito bastardo!

Furioso, cogió una botella de vodka y se sentó en el suelo, antes señaló a uno de los mortales para alimentarse de él.

Después de dos semanas, por fin dejó de nevar y pudieron viajar hasta Rusia. Cinthia se ciñó el cinturón del abrigo y se subió las solapas de piel.

—¿Cómo te encuentras? —Germán había notado que tiritaba.

El inspector apenas había dormido y no le quitaba un ojo al tipo que conducía.

—No te preocupes, solo quiero dormir.

Dubois señaló su hombro y la joven apoyó la cabeza en él. Entretanto, Germán observó el paisaje salvaje, nevado y deshabitado que lo rodeaba. En la academia de policía no lo prepararon para presenciar un combate entre ángeles y demonios. La mandíbula aún le dolía, aunque valía la pena sufrir el dolor, ya que vació el cargador del arma sobre Sariel, un arcángel al servicio de Rafael. Su concepto de los ángeles se había distorsionado gracias

a ese engendro celestial. Después de encontrar a Cinthia, se había ocultado en un hotel, siempre recordaría aquella noche en Roma.

«—Inspector Dubois, por favor, déjeme a mí esta discusión».

Le pidió don Ángelo, el ser más temido de la humanidad. No todos los días se conocía a un demonio y, menos aún, a Satanás.

«—Será un placer encargarme de ti, después me ocuparé de la cazadora».

Le dijo Sariel y juraría que durante una décima de segundo el perdido vaciló ante su contrincante.

«—¡Cinthia!».

Le gritó don Ángelo.

La urgencia en su voz lo obligó a abrir la puerta del baño. Sorprendió a Marnie pronunciando palabras sin sentido. Entonces, contempló que sus pupilas se habían borrado de sus ojos. Forcejearon y, tras unos minutos, en los que no entendió qué sucedía, regresó con la muchacha inerte en los brazos.

«—No me temas, sé que tú no la has herido».

«—¿Le hará daño?».

Le preguntó a don Ángelo.

El perdido se acercó y acarició su mejilla.

«—No podría, se parece más de lo que me gustaría a su madre».

«—No me ha contestado».

Don Ángelo se adentró en su mente y sintió la invasión del demonio en cada uno de los rincones del cerebro.

«—No, no le haré daño, por el momento».

Le aclaró.

«—No se lo permitiré».

Lo amenazó liberándose de su dominio.

«—Mi querido e insignificante mamífero, nada de lo que tú hagas evitaría su destino».

«—¿Qué va a hacer con ella?».

«—La llevaré a un lugar seguro, junto a Lucien».

Don Ángelo le tendió las manos y elevó una ceja ante la negativa de entregarle a Marnie.

«—Donde ella va, yo voy».

«—Eres una polilla que destruiré con un chasquido de mis dedos».

«—Soy todo eso y la única persona en la que su hija confía, aparte de Lucien».

—Hemos llegado —anunció el conductor, devolviendo a Germán a la realidad.

Pasaron un puente de piedra y, al fondo, tras traspasar un

camino de abetos centenarios se erguía un auténtico palacio ruso. Germán admiró las cúpulas acebolladas de color dorado. Lo asombró la similitud con las que había visto en las películas históricas de los zares. Dubois nunca hubiera imaginado lo ciertas que eran sus suposiciones, aquel palacio había pertenecido a la familia Románov.

—¿Cómo es la casa? —preguntó Cinthia aferrándose a su brazo.

—Impresionante —dijo él.

—Por favor —dijo el chófer después de sacar las maletas—, síganme.

—Mi Marnie disfrutaría haciendo el inventario de lo que hay aquí.

—Estoy ciega, pero no durará mucho. Avisa de que escondan la cubertería de plata.

Germán esbozó una sonrisa, no era la cubertería lo que le preocupaba. Franquear sus puertas fue cómo entrar en un mausoleo. Todo era tan brillante, luminoso, pero a la vez frío, distante, impersonal. Las lámparas de cristal colgaban de los techos como lágrimas a punto de caer sobre quien se dignara a mirarlas. Los tonos dorados y rojizos de las paredes mostraban riqueza y decadencia en igual proporción.

—La habitación de la señorita está en la planta superior —anunció uno de los mortales que se había convertido en esclavo de don Ángelo.

—Necesitas descansar —dijo Germán, luego se dirigió al sirviente—: Yo acompañaré a la señorita.

El criado asintió y anduvieron por una serie de laberínticos pasillos cargados de obras de arte. No era un experto, pero algunas poseían un valor incalculable. Al llegar a una de tantas puertas, el sirviente realizó una reverencia y se retiró.

—Es el cuarto de una princesa —dijo él, y silbó al admirar la extravagancia y riqueza del diseño.

—Nunca me han encerrado en una mazmorra.

—No lo consentiría —dijo él muy serio, luego bromeó—: Tan solo yo te encerraría en una prisión.

—¿Lo harías? —Esperó expectante la respuesta.

—Hubo un tiempo en que te habría arrestado. —Palmeó su mano—. Eso ya carece de importancia, solo espero que sobrevivamos a esta experiencia. Será mejor que descanses, estaré fuera, vigilando.

La besó en la mejilla con un beso inocente, de hermanos, pero Cinthia agradeció su amistad con una sonrisa de afecto. Dubois se

había tomado la responsabilidad de cuidarla. Se aseguró de que las ventanas estuvieran cerradas, que el baño no dispusiera de otra entrada, salvo la del dormitorio, y se encomendó la tarea de proteger el sueño de Marnie. Haría guardia en el pasillo, pero al abandonar la habitación advirtió una presencia, a punto de desenfundar su arma, Lucien salió de entre las sombras.

—¡Casi me da un infarto! —lo recriminó, al ver cómo le brillaban los ojos con una intensidad violenta e inhumana.

—¿Cómo está? —Lucien ignoró su protesta.

—Ciega y atormentada por unos sueños.

Lucien tomó a Germán de la solapa del abrigo y lo empujó contra la pared. El golpe lo aturdió, sin embargo, la furia del ángel consiguió centrar su atención en él.

—¡Olvida lo que has dicho! ¡No digas que recuerda! —le susurró al oído—. Ellos la matarán. Yo la mataré. ¿Me entiendes?

El inspector asintió, tras un instante, lo soltó con rabia. Germán con la respiración entrecortada y desconcertado ante dicha revelación quiso interrogarlo, sin embargo, el ángel se marchó dando grandes zancadas.

Dentro de aquel panteón, Lucien se ahogaba. La sangre de sus camaradas manchaba cada rincón de esos muros. El día que comprendió que Rafael los enviaba al fracaso deseó revelarse, pero le debía obediencia. Gabriel era su superior. El comandante siempre fue un estratega consumado, en cambio, Rafael era mucho más imprudente. En contra de toda lógica, cumplió unas órdenes que con claridad anunciaban una derrota. En aquella batalla juró que acabaría con ese arcángel algún día. En un gesto impaciente, se quitó la goma que sujetaba su cabello y el viento, glaciar, lo agitó con violencia. Repasó un par de motores, los posibles problemas y soluciones para tranquilizarse. Alzó la vista y miró la ventana del cuarto de Cinthia. Las palabras del inspector habían creado una presión en su pecho incapaz de soportar. Su metódica, ordenada y pacífica vida se había complicado hasta el punto de que no podía lidiar con esas emociones que lo invadían irrumpiendo en cada recodo de su ser.

Desde una de las ventanas del pasillo, Germán observaba al caído recorrer la explanada que limitaba la fachada principal. El termómetro marcaba veinte grados bajo cero, pero vestía una camiseta de manga corta y los pantalones vaqueros descosidos en las rodillas. Era la viva imagen de un atormentado. Había visto a detenidos en las mismas circunstancias cuando los remordimientos acosaban sus mentes. A los dos les vendría bien un trago, en una

mansión así guardarían el licor en la biblioteca. No se equivocó, tomó dos botellas de vodka, la sola bebida que parecía gustar al dueño de la casa y fue a buscarlo.

—Tomemos una copa —lo invitó, mientras golpeaba los pies fríos contra el suelo.

El caído se detuvo en medio del camino y lo miró como si fuera una aparición sobrenatural. Germán le enseñó el vodka y Lucien esbozó una leve sonrisa. Sí, necesitaba un trago y a uno de sus hermanos. A falta de uno, utilizaría a Dubois. Intuía que Denis y Gerard se burlarían de él. Tanto tiempo había enterrado su humanidad con una capa de obediencia, honor y deber que ahora ignoraba dónde ir, igual que un niño perdido en el bosque, dudaba cómo regresar a casa. Lucharía contra el único ser del universo al que temía. Sí, todo por una mortal, por una mujer, por una bruja.

—Una botella no será suficiente.

—Lo sé, por eso traigo más provisiones. —Dubois le enseñó la otra—. ¿Hay un sitio donde podamos beber sin pensar que cien ojos me vigilan?

—Lo hay, pero hará frío, mucho.

—El vodka nos calentará, amigo mío.

Lucien asintió y posó la mano sobre el hombro del inspector. Ambos aparecieron en la cima de una montaña, el paisaje era perturbador y la soledad también.

Nieve roja

Querido Adso, ¿no confundirás el amor con la lujuria?
Guillermo de Baskerville

Cinthia entreabrió los ojos y tanteó la cama hasta dar con su ropa, cuando unos golpes en la puerta le anunciaron la presencia de Germán.

—¿Puedo pasar?

—Sí, por supuesto —le dijo ella, subiéndose la cremallera de los vaqueros.

—¿Has dormido bien?

—Como una niña. —Torció la boca en un gesto de burla al oír la voz enronquecida del inspector—. ¿Tú pareces que has pasado una noche divertida?

—Ni te imaginas.

—¡Cuéntame! —Se sentó en la cama de nuevo para anudarse los cordones de las deportivas.

—Te contaré hasta el último detalle, pero con un café y unas tostadas.

—De acuerdo, también tengo hambre.

Germán le tomó la mano y la ayudó a que se aferrara a su brazo. En el pasillo, un sirviente los guio al comedor y, al pasar, el inspector lanzó un silbido.

—¿Qué sucede?

Cinthia notó el silencio del policía y tensó el cuerpo. Él le dio unas palmaditas en las manos para tranquilizarla.

—Nos han servido el desayuno de un zar. No sé por dónde empezar.

—Me conformaría con un café y esas tostadas de las que me has hablado.

—Pues yo necesito un café y dos aspirinas, luego me comeré uno de esos pasteles con nata y chocolate.

—¿Chocolate?

—Una jugosa tarta de chocolate.

—Tú si sabes conquistar el corazón de una mujer.

La risa de ambos inundó la enorme habitación repleta de cuadros de caballeros rusos, cosacos, paisajes nevados y bellas aristócratas. Un ruido a su espalda acalló de súbito a Germán. Lucien, con el rostro taciturno, había entrado y, por su mirada, Dubois dudó si no se alimentaría de uno de ellos.

—¿Qué ocurre?

Cinthia se inquietó aún más al notar la rigidez y el silencio de Dubois, mientras la ayudaba a sentarse.

—Buenos días —dijo Lucien.

—Buenos días —respondió el inspector incapaz de descifrar los pensamientos del ángel.

—Germán —dijo Cinthia e ignoró el saludo del caído—, me gustaría un trozo de ese pastel de chocolate.

—Claro —respondió el policía sin quitar los ojos de encima al ángel.

Lucien se apoyaba en la pared con los brazos cruzados sobre el pecho y observaba a Marnie sin decidir si deseaba matarla o besarla.

—¿Recuerdas algo? —le preguntó Lucien, antes se aseguró que no hubiera ningún criado para informar a don Ángelo.

—Nada, así que hoy no tendrás que matarme —respondió de manera retadora.

Germán colocó el plato delante de ella y se sentó en la mesa. Lamentó no haberse tomado aún las pastillas de la migraña, aunque presentía que muy pronto estallaría una tormenta en el comedor que no le aliviaría el dolor de cabeza ni la resaca.

Lucien se aguantó sus ganas de pelear, se merecía su enconada respuesta, pero no era nadie para juzgarlo.

—Podría ser mucho peor.

—No me digas, podría estar muerta —afirmó ella—. Pero tú me protegerás, ¿verdad? El *perro* de don Ángelo cuidará de su presa, buen chico.

Cinthia no sabía muy bien por qué actuaba de esa manera, «mentirosa», se dijo. La imagen de esa mujer besándolo le provocaba portarse con antipatía y celos.

Dubois se atragantó con un sorbo de café. Marnie no veía el rostro de Lucien, pero él detectó dos llamas rojizas ocupar el lugar de sus pupilas azules.

—Cinthia, será mejor…

—Germán —lo interrumpió—. Lucien es un buen *perro* y siempre cumple las órdenes de su amo. Solo estoy divirtiéndome un poco.

La joven jugueteó con la cuchara en la boca, mientras que el mutismo del caído provocó que el policía llevase la mano al arma. Entonces, su rostro exhibió una ira tan evidente que Dubois rezó todo lo que conocía para que no emergiera de su interior. Respiró aliviado al ver cómo se marchaba sin responder al menosprecio de Cinthia.

—¡Estás loca! —gritó al quedarse a solas—. ¿Quieres que te mate?

—¡No lo entiendes! Yo… él… bueno, qué más da. —Cinthia se levantó y anduvo unos pasos. No calculó bien la distancia y chocó con una silla, tropezó y cayó al suelo.

Dubois corrió a ayudarla, pero se negó y continuó su camino. El inspector la vio salir al exterior. Sola.

En cambio, Lucien había destrozado una a una las librerías de la biblioteca de don Ángelo. Ninguno de los sirvientes se atrevió a llamarle la atención. Necesitaba sustituir la frustración por algo útil o terminaría ahogando a esa bruja con sus propias manos. Un *perro*, lo había llamado *perro*. Ni en su juventud hubiera permitido que nadie lo insultara de esa manera, con grandes zancadas salió de la biblioteca.

En el exterior, el paisaje apacible que mostraba la inmaculada nieve lo alteraba tanto que golpeó un árbol. La madera crujió con un grito ensordecedor y acabó en el suelo, derrotado. Esta vez, repasar los motores en su cabeza no lo serenó. Anduvo por los alrededores, imaginó que entre todas aquellas construcciones anexas al palacio, alguna sería un garaje. Tenía razón, un edificio rojo con unas grandes puertas le hicieron pensar que había dado con él. Rompió el candado, la oscuridad, el silencio y, sobre todo, el olor a gasolina relajaron la tensión que lo dominaba. Al fondo, tapada con varias fundas de plástico, habían arrinconado una motocicleta de principios de siglo tan deteriorada que invertiría una semana en adecentarla, quizá un mes en que volviera a funcionar. Don Ángelo le había pedido que permaneciera allí, no necesariamente debía estar al lado de ese engendro del inframundo. Con una decisión imperiosa, se concentró en trabajar.

A lo lejos, Germán lo siguió hasta el garaje. Al ver que se entretenía con una motocicleta, pensó que la mecánica lo alejaría de Cinthia y enfriaría el ambiente que se respiraba cada vez que esos dos se encontraban en la misma habitación. Él representaba un papel que le desagradaba, lo trataban igual que una tierra neutral en medio de dos países en guerra. Abandonó a Lucien entre engranajes, piezas de motor y herramientas. Regresó a la casa donde Cinthia se había encerrado en su habitación. La chica se negaba a ver a nadie. Al menos, disfrutaría de un momento de paz que tanto necesitaba desde que aterrizó en Roma. Recogió un libro que se había salvado de la furia del caído y se dispuso a leer. En medio de la lectura, el ruido del motor de un coche llamó su atención. Su sorpresa fue mucho mayor al ver descender a una venus. Se trataba de la tal Catherine, la mujer que besó a Lucien.

—¡Maldita sea! —masculló, luego dijo en voz alta—: ¡Más problemas!

En el garaje, Lucien salió de debajo de la motocicleta al escuchar pasos acercarse.

—Tienes visita —le anunció Dubois de mala gana.

El caído se incorporó y se limpió el sudor con su propia camiseta. Le extrañó el rostro molesto y recriminatorio del inspector hasta que la vio. Catherine lo había encontrado.

—Comprueba que Cinthia esté bien —se apresuró a decir.

—No te preocupes —le aseguró ella—. Nadie sabe que estoy aquí; tampoco, Rafael —añadió, y en su voz apreció una pizca de temor.

—¡Hazlo! —ordenó al inspector e ignoró sus palabras.

Germán cumplió la orden, consciente de que en ese momento se abría una terrible caja de Pandora.

Cuando se quedaron a solas, Lucien se limpió las manos llenas de grasa con un trapo y lo lanzó al suelo, con rabia.

—¿Qué haces aquí? —Lucien le habló sin ninguna calidez en la voz ni en el corazón.

Durante todo ese tiempo, le había preocupado saber qué pensaba Cinthia de la aparición inesperada de su antigua amante. No le gustaría averiguar que los había visitado. Por otro lado, no confiaba en Catherine, probablemente era una trampa de Rafael.

—Buscarte.

Ella se frotó las manos, insegura ante la fría actitud de Lucien.

—¿Cómo me has encontrado?

—Después de que Rafael me contara que te había herido, oí rumores de que don Ángelo te había salvado. El resto era fácil de

imaginar, solo existía un lugar al que Rafael no vendría. Es culpable de la muerte de esos ángeles y cree que aquí permanecen sus almas pidiendo justicia por su error.

—Dile que es verdad, yo no dejo de escucharlas. —Lucien cruzó los brazos sobre el pecho y la miró con lástima—. ¿Qué quieres?

—A ti. —Ella quiso acercarse, pero la mirada de él la detuvo—. Me equivoqué. Si pudieras perdonarme, te resarciría por todos estos años perdidos. Mi amor, yo…

—… es un poco tarde para eso, ¿no te parece?

Catherine guardó silencio al ver que ninguna de sus palabras conmovería al ser en el que se había convertido su antiguo amante. Hubo un tiempo en que Lucien hubiera entregado su alma por haberlas escuchado, pero ahora lo dejaban indiferente. Contempló a Catherine, su belleza; también, su egoísmo desmedido. Comprendió lo estúpido que llegó a ser al haberla amado y cuánta razón tenía su madre.

»—Quédate esta noche, se avecina una tormenta de nieve. Mañana, lárgate de aquí o llamaré a don Ángelo. No creo que le alegre averiguar que el juguete de Rafael ha descubierto su escondite. ¿Entendido?

Catherine asintió, pero la noche era lo suficientemente larga para seducirlo de nuevo. Lucien de Chevalier no se resistió a sus encantos siendo mortal y, en absoluto, la rechazaría ahora que era un caído.

En el pasillo, Dubois ideaba una manera de contarle a Cinthia quién cenaría esa noche con ellos. Al menos, su ceguera la limitaría a tomar represalias con la inesperada visita. Sus esperanzas se disiparon cuando abrió la puerta y lo invitó a pasar.

—¿Puedes ver?

—¿Parece que no te alegras mucho? —preguntó, dudosa al ver el recelo en los ojos de Germán, pero el policía sonrió, así que dijo —: He recuperado la vista y pienso divertirme esta noche un poquito a costa de Lucien. Se pone de lo más obediente cuando uso mi don —bromeó con una mueca perversa.

—No es buena idea.

—¿Por qué? No haré nada que nos ponga en peligro o nos mate.

—Catherine está aquí.

Cinthia dejó el pintalabios en el tocador y su rostro evidenció su desconcierto.

—Será divertido tener compañía femenina para variar —dijo, intentando disimular el temblor de las manos.

—Cinthia… tal vez sea mejor no ir a cenar.

—¿Por qué? Te prometo comportarme —dijo disfrazando la incertidumbre de su mirada en alegría.

—Entonces —concluyó con resignación el inspector—, te veré a las nueve.

—Yo terminaré de arreglarme. —Sonrió apesadumbrada.

Al quedarse a solas de nuevo, Cinthia lanzó contra el espejo el bote de perfume que milagrosamente no se rompió. Entonces, vio la camiseta sobre la cama. Todavía existía una oportunidad de demostrarle a esa Catherine que Lucien no le pertenecía.

En el comedor, Dubois apareció unos minutos antes de las nueve. Lucien le ofreció una copa de vodka. Por la cantidad que quedaba en la botella, no era la primera que se tomaba esa noche.

—¿Estás seguro de que es buena idea juntarlas?

Lucien alzó una ceja en respuesta y se sirvió otro vodka. No estaba seguro de nada, menos aún, qué le provocaba tener en una misma habitación a las dos únicas mujeres que causaban en él emociones humanas.

—No, pero ya es tarde —dijo, y señaló a la puerta.

Catherine exhibía un ceñido vestido rojo que marcaba sus curvas de mujer. A su pesar, reconoció que se trataba de una auténtica belleza.

—Es preciosa —admitió el inspector.

Sin quererlo el deseo recorrió sus venas.

—Es capaz de conquistar a un hombre sin dirigirle una palabra. Fui testigo de ello muchas veces.

—Buenas noches —dijo ella con la más seductora de las sonrisas.

Esperó a que Lucien se acercara, pero él ignoró su papel de anfitrión y Germán se ofreció a acompañarla hasta la mesa. Cuando la señora Dupont se sentaba, llegó Cinthia. La chica se había recogido el pelo en un moño alto y vestía unos sencillos vaqueros. Sus facciones infantiles se veían solapadas por el maquillaje, sin embargo, lo que motivó que Lucien se fijara en Marnie mucho más tiempo, tanto que Dubois carraspeó incómodo, fueron las alas de un tatuaje en su espalda. Cinthia se había criado en las calles, luchado toda su vida con uñas y dientes. Emplearía cualquier ardid a su alcance con que vencer en una contienda como aquella, pese a que iniciara la carrera con desventaja. Durante un segundo, Germán la censuró con la mirada y ella, en respuesta, alzó los hombros.

—Hola, soy Cinthia —dijo—. Tú eres Catherine, ¿verdad? La última vez estabas ocupada para presentarnos.

—Lamento mi grosería, hacía mucho tiempo que no veía a Lucien. —Acarició el brazo del ángel y Cinthia forzó una sonrisa.

—¿También eres un caído?

—¿Un poco de vino? —Dubois sirvió un par de copas.

Sus ojos regañaron a Marnie, pero la chica aceptó la copa y le devolvió una inocente mirada. El inspector observó de reojo a Lucien, se comportaba con una indiferencia irritante.

—Soy tan humana como tú.

—¿Ha visitado antes Rusia? —Germán giró el rostro hacia la señora Dupont.

—Tengo el placer y la tristeza de conocer esta tierra y esta casa —dijo, y de nuevo miró al ángel como si ambos compartieran un secreto que ni Marnie ni él conocerían nunca.

El caído guardó silencio, en cambio, se bebió una copa de vino y se sirvió otra.

—¿Por qué ha venido aquí? —Cinthia no se andaría por las ramas.

—Necesitaba ver a Lucien.

De nuevo, acarició el brazo del caído. Esta vez, la joven apretó el tenedor y el cuchillo. Durante un segundo, Germán pensó que se los lanzaría a Catherine.

—¿Carne o pescado? —preguntó el policía, al ver cómo el caído se ponía en pie y se dirigía a la ventana.

Las chicas también lo ignoraron y Germán resopló. Tenía demasiados frentes a los que enfrentarse. Catherine miraba a Lucien como un entremés al que engullir de un momento a otro; por su parte, Marnie exhibía una expresión enajenada.

—No parece muy interesado en ti.

—Ni en ti —respondió Catherine con menosprecio. Bebió de su copa y pintó con el carmín el filo de cristal—. A Lucien nunca le gustaron las chiquillas sin atractivo ni clase.

—No me acuerdo si el pudin va bien con la carne o el pescado —intervino Germán, igual que antes, nadie respondió.

Lucien cruzó las manos tras la espalda, su silencio supuso un escollo difícil de superar para Germán. Hubiera agradecido una ayuda por parte del objeto de deseo de esas dos mujeres.

—Y por lo que veo tampoco las viejas amigas que lo visitan.

Lucien, harto de que lo consideraran una de sus posesiones e incapaz de aclarar sus sentimientos, abandonó el cuarto. Solo Dubois se percató de tal hecho. Las dos mujeres proseguían lanzándose palabras cargadas con una afilada intención.

—¡Chicas! Un poco de calma nos vendría bien.

Germán tomó de un trago su copa de vino y depositó el arma sobre la mesa, por si tenía que utilizarla.

—¿Acaso estás segura de que él te amaría sin que tu don lo obligue a ello?

Catherine fijó los ojos con soberbia en la cazadora. Los cientos de años vividos le otorgaban un dominio de las pasiones humanas muy superior al de la joven a la que tanto el cielo como el infierno querían apresar. Sus palabras habían dañado el corazón de la chica e imaginó que reaccionaría con una infantil rendición.

Cinthia enmudeció, esa mujer tenía razón, nunca sabría si los sentimientos de Lucien eran verdaderos. Había sido una ingenua al imaginar que sería posible, pero su maldición la condenaba a la soledad. Catherine tenía la belleza necesaria para que Lucien la deseara, también podría entregarle un amor eterno y, sobre todo, no le haría daño.

—Si me disculpáis —dijo, y salió del cuarto.

Germán no entendía qué le pasaba, pero al ver cómo Catherine sonreía supo que la antigua amante de Lucien había ganado la batalla a su inocente Marnie.

5

El genio de la lámpara

Cuando no se puede lo que se quiere, hay que querer lo que se puede.
Terencio

Mientras todo el mundo dormía, Lucien continuaba trabajando en la motocicleta. Gracias a don Ángelo, que le había facilitado varios humanos para alimentarse, había recuperado su energía, agotada al nadar entre dos aguas tan diferentes como Cinthia y Catherine. Su mente viajó a aquellos años en los que entregó un amor inocente y verdadero a la señora Dupont. La rabia e impotencia que aún anidaba en él se impuso con tanta violencia que arrojó contra la pared un destornillador. Con Cinthia, sus sentimientos se entremezclaban en un torbellino confuso de pensamientos. Quizá no fuera ella ni él, tal vez era su maldito don. Ese canto de sirena que lo enloquecía hasta anularle la voluntad. Sin embargo, en los periodos de ceguera tenía las mismas ganas de poseerla. Salió del garaje y observó la casa, no había ninguna luz encendida en ningún cuarto, salvo en el de la cazadora. Un impulso que no pudo controlar lo obligó a aparecer en su habitación. Cinthia dormía bocabajo y mostraba aquel tatuaje que tanto lo obsesionaba. No pudo resistirse y acarició su espalda con sumo cuidado. Su sedosa piel le provocó una excitación que en nada tenía que ver con el don de la joven. Cinthia emitió un suave gemido que aumentó la pasión de Lucien. En cambio, ella despertó envuelta en una sensación cálida y agradable.

—¿Eres tú, Lucien?

Entre sueños sintió unas deliciosas sensaciones que solo él era

capaz de provocarle.

—Soy yo —afirmó, podía desaparecer y que pensara que todo había sido un sueño, pero no podía alejarse de ella.

Cinthia distinguió en su voz enronquecida las mismas emociones que se adueñaban de ella. La joven aceptó que hubiera besado a esa mujer; también que la tal Catherine le hubiera abierto los ojos sobre el futuro de esa relación imposible. Nunca había tenido una familia ni poseído el amor de nadie. De todos modos, un poco era mejor que nada, eso lo aprendió muy bien siendo niña. Había acudido a ella; eso era más que suficiente, después lo liberaría de su embrujo.

Lucien era incapaz de entender su comportamiento. Unas horas antes, le había lanzado palabras tan envenenadas que cualquiera hubiera jurado que lo odiaba a muerte, en cambio, en ese instante, se abalanzó a sus brazos como si no existiera un mañana.

—Lucien…

Escuchó susurrar su nombre y se dijo que no analizaría su proceder, tampoco el suyo. Se apoderó de su boca, volcando en ese beso su propio ser. La envolvió en una manta espesa y suave y la acurrucó en torno a su pecho. En esta ocasión, apareció en una cabaña, la acomodó en la cama y la tapó con más mantas. Cinthia lo miraba con ternura, nadie la había mimado de aquella manera.

—Voy a encender el fuego o pillarás un resfriado.

—No tardes mucho —le pidió ella—. ¿Dónde estamos?

—En mi cabaña. No hay nadie alrededor, nada salvo la naturaleza y la nieve. Cinthia sonrió al escucharlo, no temía encontrarse a solas con él, todo lo contrario. Lo observó encender la chimenea y deseó que acabara cuanto antes para que se acercara a ella.

—Siento que tu vida ha sido muy solitaria.

—No siempre fue así, una vez tuve una familia, unos amigos y…

—Un amor —concluyó por decir ella—. Catherine me contó que fuisteis… lo comprendo —dijo, y le costó seguir hablando—. Un amor tan maravilloso y especial no puede olvidarse por mucho que pase el tiempo. Ella puede compartir contigo todo…

A Cinthia le escocieron las lágrimas en los ojos, pero no le facilitaría a los celos el trabajo de interrumpir ese momento. Disponía de unas horas y no las desperdiciaría, lamentándose de aquello que solo tendría esa noche.

—Sé que viste a Catherine besarme.

—Yo diría que fue algo más que un beso.

Ella golpeó su hombro con suavidad, no le recriminaría nada.

—Cinthia… —el tono de su voz era tan serio que temió escuchar

una confesión que la rechazara—, esto es un beso.

Tomó su rostro con las dos manos y la besó con una posesión absoluta. Recorrió con premura cada rincón de su boca, marcando a fuego sus labios. Saboreó su sedosa piel y cruzaron las lenguas en un baile de dominio sobre el otro. La ansiedad la consumía como el peor de los incendios. Cinthia cerró los ojos y se dejó llevar por la pasión que con un simple beso había removido en ella. Un frenesí que derrumbó su voluntad. Sabía que al alejarse de él su mundo volvería a la oscuridad, carecería de ningún sentido. Aquel beso sellaba su rendición, su derrota ante la única verdad: lo amaba y por muy lejos que fuera, por mucho que intentara negarlo, jamás lo olvidaría. Al apartarla de él, Cinthia respiraba entrecortadamente y un fervor inflamable había aflorado en cada poro de su piel, quemándola por completo. Necesitaba más, anhelaba más. Le daba igual qué ocurriría al día siguiente. Procuró no tocarlo, la falta de contacto le confirmaba que la besaba sin obedecer al influjo de su don.

—Es muy humillante saber que no soy yo a quién realmente deseas.

Cinthia pronunció esas palabras sin atreverse a levantar la cabeza, le asustaba descubrir en sus ojos que lo vivido esa noche era una falsa realidad producida por su poder.

—¿Me has tocado?

—No… temí que si lo hacía, tú…

—Quiero probar algo —la interrumpió.

—¿Estás seguro? Sé lo que sucederá si te toco, incluso puedo matarte. He robado el alma a alguien solo con rozar su pecho.

—Iremos poco a poco, ¿te parece?

Antes, Lucien le enfundó las manos en dos suaves guantes de piel. Besó sus labios de nuevo y ella lo abrazó, refugiándose en la calidez de su cuerpo. Alzó el rostro y él se apropió de su boca con ansiedad, pero libre de ningún embrujo, y descendió despacio por su cuello hasta sus senos. El mundo se volvió luminoso y brillante. Cinthia temblaba con cada una de sus caricias, volviéndose más receptiva y menos rígida con cada uno de sus besos. Entonces, Lucien avanzó un paso más y comenzó a desnudarla, sin prisa, tocando cada centímetro de su piel. Palpando cada imperfección, tocando cada recodo y marcando hasta la última célula de su interior. Las manos de Lucien exigían su entrega y Cinthia se dejó llevar sin oposición. No obedecía a su voluntad ni capricho. La deseaba y la amaba porque quería hacerlo. Su libertad de decidir era el mayor afrodisiaco para ella. En respuesta, Cinthia acarició su

pecho. Temía dañarlo, pero los guantes lo protegían de su don. Ansiaba mostrarle cuánto lo deseaba, le dio un leve empujón y montó a horcajadas sobre él. Lamió su pecho sin dejar de mirarlo, traviesa, excitada, rozando con su larga melena la piel del bajo vientre del caído y a la vez temerosa de dañarlo.

—Me matarás, si sigues jugando conmigo —le dijo él.

—¿Estás bien? Has dicho que no…

—Cielo, si no entro en ti, sí que me matarás. —Sus ojos emitieron un brillo de un azul tan intenso como peligroso, luego besó uno de sus pechos—. Y no será por tus poderes de bruja.

Sin esperarlo, Lucien la giró y Cinthia quedó prisionera entre sus brazos y bajo la presión de su musculoso cuerpo. Ella emitió un gemido y, durante un segundo, el caído bebió de sus labios el lamento de placer que supuso abrirse paso en su interior.

Después, saciados de amor, tanto que Lucien volvió a ascender al cielo y Cinthia olvidó su particular infierno, se acurrucaron junto a la chimenea. En el exterior, la tormenta aullaba con violencia, pero ellos escuchaban nada más que sus propias voces. Lucien le habló de su familia, del amor por sus hermanos, de todo lo que sacrificó por ayudarlos. Con cada una de las palabras, Lucien se liberó de un gran peso que hasta ese día siempre lo atormentaba. Por su parte, ella le contó sus experiencias en las casas de acogida, del miedo a la soledad a la que la condenaba ese maldito don. Ambos confesaron sus secretos más íntimos al otro y también sus emociones. Cinthia recordaría esas horas de su vida como el mayor de los tesoros. Él besó su hombro y acarició su espalda, le fascinaba aquel alado tatuaje.

—Si tanto te gusta, hazte uno —dijo ella risueña.

—¿Crees que necesito uno?

Lucien extendió sus grandiosas alas negras y sus ojos brillaron con una tonalidad mucho más azul.

Cinthia se quitó uno de los guantes y acarició solo un segundo aquellas plumas con un placer comparable al que a él le provocaban sus caricias.

—Son preciosas.

—Tú sí eres preciosa. —El caído la apresó de la cintura y la acomodó de nuevo entre sus brazos.

—No seas mentiroso. Catherine sí es preciosa. Es bella, con clase y puede… en fin… ella no te mataría.

—¿Quién quiere a la mujer perfecta si disfruto de una bruja?

Cinthia le dio un codazo y respondió juguetona a sus intentos de defenderse. Las risas dieron paso a una seriedad que originó que el

corazón de la joven se detuviera. Lucien había tomado su rostro entre las manos, mientras que fijaba su mirada profunda y sincera en ella.

—No sé decir cosas bonitas a las chicas.

—Lo sé —respondió ella con cautela.

—No soy bueno… algunos me tacharían de asesino.

—También lo sé.

—Tengo órdenes de matarte si recuerdas alguna de tus existencias.

—Supongo que una orden es una orden.

Él alzó una ceja, ella tomaba a broma sus palabras, pero Lucien ponía en ellas su alma, si hubiera poseído todavía alguna.

—Me has salvado de la oscuridad. Vuelvo a vivir gracias a ti.

Lucien la besó con una desesperación creciente y la amó de nuevo. Le demostraría que la lujuria y la pasión eran una mezcla maravillosa si se aderezaba con amor.

—Tú me has salvado a mí de la soledad —susurró ella entre gemidos, sin controlar las lágrimas que surgían de sus ojos.

Pensó en cuánto duraría. Nada en su vida duraba lo suficiente. Ni las familias de acogida, ni las casas en las que vivía, ni la gente que trataba. Deseó que el tiempo se congelara en ese instante, que no existiera un mañana cuando el cuerpo de Lucien cubrió el suyo.

En la biblioteca, a Dubois lo despertó un ruido. Entreabrió los ojos, sin saber si aún soñaba, presenció cómo don Ángelo lanzaba a Catherine contra la pared, aturdida y sangrando no mostraba miedo, sino una sonrisa aterradora.

—¿Interrumpo? —preguntó el inspector.

Su instinto le advertía que era mala idea meterse en aquella guerra. La mujer era inmoral y, quien la golpeaba, el rey del inframundo.

—Señor Dubois, dado que la señora no confiesa la verdad, nos será necesario un mediador. —Don Ángelo se sentó en el sillón—. Ustedes, los humanos, siempre tienen el don de la oportunidad —dijo molesto.

—Entonces, una copa nos vendría bien a todos.

Germán se las ofreció a ambos, luego se sirvió la suya. Con un gesto de la mano, el perdido le indicó que se sentara frente a él.

—¿Le importa que ayude a Catherine antes de empezar nuestra conversación?

—Hágalo, pero esta joven no es su hermana ni una inocente esposa maltratada por un marido incompetente. Traicionó el amor de su amigo Lucien en pos de la inmortalidad. Vendería a mi hija al

bastardo de Rafael si con ello ganara alguna cosa.

Catherine lo miró con un odio tan profundo que Germán temió que arremetiera contra él. Al final optó por guardar silencio y limpiarse la sangre de la mandíbula con una servilleta que el inspector le ofreció junto con la copa.

—Se ha tomado muchas molestias en investigarme —dijo Dubois, y volvió su atención sobre don Ángelo.

—No ha sido una molestia. Fue de lo más entretenido contemplar cómo se tomó la justicia por su mano. ¡Ah! —El perdido se tapó la boca igual que un niño delatando un secreto escandaloso —, usted le dio una paliza y se aseguró de que no volviera a pegar a su hermana ni a nadie. Es difícil golpear a alguien si se es tetrapléjico. Eso son unos cuantos puntos que lo ayudarán a descender.

Don Ángelo señaló con su pulgar al suelo.

—Lucien no permitirá que me trates así —interrumpió la señora Dupont.

Las palabras de Catherine liberaron al policía del terror que intentaba disimular al escuchar cómo su alma se había condenado.

—Ese chico ya no siente nada por ti —dijo el demonio, ignorando al humano.

—Lucien me pertenece. Esa insignificante zorra no me lo arrebatará.

Don Ángelo rio con ganas. El inspector vio por primera vez el rostro de Catherine. Su falsa belleza desapareció por completo para mostrar un ser mucho menos dulce y encantador.

—Ya ve, mi querido inspector, todo se reduce a las pasiones humanas.

—El mundo se rige por ellas —logró pronunciar.

—Tiene razón, pero todo sería mucho más fácil si fueran libres de ellas.

—Entonces seríamos seres sin alma.

—¿Sabe lo que le ocurrirá a la suya?

El miedo se reflejó en la cara de Germán. Prefería ignorar qué le sucedería el día que muriera.

—Le agradecería que me librara de saberlo.

—Como quiera. —El perdido se inclinó un poco hacia delante y como si le contara un secreto le dijo—: aún está a tiempo.

—Gracias —se vio obligado a decir.

—Por favor, mi querido amigo, concentrémonos en lo que nos atañe. Una esclava de Rafael busca a uno de mis chicos.

—Lucien no es un perdido.

—Todavía no, mi querida Catherine —sentenció. Luego sus ojos exhibieron un fulgor rojizo que acobardó a la mujer—. Quiero que le lleves un mensaje a Rafael. Estoy harto de las manipulaciones de los ángeles. Lucien matará a esa cazadora si es necesario.

—Lucien no la matará —afirmó con seguridad Dubois, obligado a defender la integridad del ángel.

—Mi querido amigo, él la matará o será la vida de sus hermanos la que se pierda en esta contienda. Ni se imagina lo que es capaz de hacer ese muchacho por mantenerlos a salvo. —Movió el bastón con esa habilidad circense que usaba cuando estaba de buen humor.

En ese instante, Lucien y Cinthia irrumpieron en la biblioteca. La chica miró al caído, quien permanecía impasible ante aquellas palabras. Ella supo que don Ángelo tenía razón. Él le había hablado de sus hermanos. Amaba a su familia y no le pediría que los sacrificara por ella. Si eso sucedía, el peso de la culpabilidad acabaría con el espíritu del hombre que amaba. De todos modos, convertirte en la presa de dos bandos como el cielo y el infierno te resta oportunidades de salvarte. En la calle, ante la derrota, se ha de negociar una salida. Intentaría que fuera lo más beneficiosa para Lucien.

—Son almas lo que quiere, pues almas tendrá.

—Ese es el espíritu, muchacha —dijo con alegría el perdido.

—¡Cinthia!

Ella respondió con una sonrisa entristecida. Lo liberaba de su palabra y de no elegir entre ella y su familia. Cinthia se sacrificaba al entender qué significaba la suya para él. Vivir juntos solo era una simple ilusión y nada más. Una ilusión que había terminado mucho antes de iniciarse. El genio de la lámpara era un cabrón sin sentimientos. Solo le había pedido un deseo y no se lo concedería.

Una decisión equivocada

Nos equivocamos a menudo en el amor, a menudo herido, a menudo infeliz, pero soy yo quien vivió, y no un ser ficticio, creado por mi orgullo.
George Sand

—¡Cinthia! —Tras pronunciar su nombre, Germán se apresuró a ponerse en pie.

—Ninguno de los dos tiene nada que decir. —La joven exhibía una determinación férrea en la decisión tomada.

En respuesta, Lucien se transformó en un caído, pero ella le rozó el brazo y le susurró unas palabras. Enseguida, volvió a su forma mortal. Lucien se esforzó en librarse de su embrujo, sin embargo, por mucho que se esforzara nunca vencería a una cazadora.

—Catherine, debemos marcharnos —pronunció entre dientes, consciente de que aquella petición no le correspondía.

—Lamento no estar de acuerdo en esta decisión —dijo el perdido, interrumpiendo aquel despliegue de sacrificio y amor.

—Si no lo hace, le juro que no lo ayudaré. No me da miedo ni usted ni nadie. Y en este momento cualquiera que se acerque a mí será castigado con una muerte atroz.

Durante un instante, los ojos de don Ángelo brillaron de admiración. Era tan parecida a su madre que podía verla viva en ella. Su altivez, su decisión, su valentía. Sí, era hija de Elvia, su hija y por una vez aceptó sus peticiones.

—Está bien, mi querida niña.

Lucien apretaba los puños en un intento de escapar de un mandato que en su interior se negaba a cumplir. Pero la mano de

Catherine se aferró a su brazo y tiró de él hacia la salida. Cuando la pareja salió del cuarto, Germán abrió los brazos y Cinthia se refugió en ellos.

—Cuidaré de él —le susurró el policía al oído.

—Gracias —respondió, y lo besó en la mejilla.

En ese momento se sintió verdaderamente sola, nunca había sufrido el peso de la soledad de aquella manera. Se giró y encaró al monstruo que se había convertido en su dueño.

Seis meses más tarde, Cinthia escuchaba el sonido de las góndolas y las voces de los turistas que abarrotaban el Gran Canal indiferentes a lo que acontecía dentro de los palacios que los rodeaban. Esa tarde era miércoles, el día de la semana en el que don Ángelo la invitaba o, más bien, le ordenaba sentarse en una de las terrazas de la plaza de San Marcos. Odiaba los miércoles, odiaba ese capuchino y odiaba el estruendo que emitían las palomas al estrellarse contra el brillante suelo de la plaza. Sí, odiaba a ese monstruo, su padre, que la obligaba a matar. Torció los labios al pensar que su único consuelo se lo ofrecía Germán, el policía que un día soñó con apresarla. Desde que regresó a París mantenían largas conversaciones telefónicas.

—Es la hora. —Débora, la sombra que la vigilaba día y noche, le dejó una toga blanca sobre la cama.

Esta vez, la cena era de disfraces, celebrarían un banquete al más puro estilo romano. Cinthia había sufrido un episodio una semana anterior. Su ceguera le impedía comprobar el fausto espectáculo que don Ángelo habría preparado, pero el rey de las sombras materializaría fielmente la época sin escatimar en gastos ni detalles.

—¡Estás preciosa! —dijo su padre al verla.

Ella no respondió a su halago. Obedecía sus órdenes, nunca obtendría su afecto. El día que le confesó quién era, Cinthia intentó suicidarse. El aceptar ser una cazadora le había supuesto perder el amor de Lucien, en cambio, saber que era la hija de Satanás le había provocado dudar de sí misma, y preguntarse si era capaz de hacer el mal sin remordimientos.

—¿Qué celebramos?

—Mi querida niña, hoy conmemoro el día en que conocí a tu madre.

—¿Era romana?

—No, inglesa. —Tomó del brazo a Cinthia. Un escalofrío le recorrió la piel, aunque no lo retiró. Él era el único que respondería a las preguntas sobre su madre—. Era una esclava britana.

Cinthia se detuvo al escuchar aquella confesión inesperada.

—Tu esclava.

—Sí —le dijo al oído—, y nunca llegué a doblegarla.

Cinthia esbozó una sonrisa de satisfacción al oír que su madre se enfrentó a ese monstruo y venció. Eso le devolvía la esperanza de que ella también lo lograra algún día. Parte de ella era tan mortal como lo había sido su madre, quizá Elvia, allí dónde se encontrara, evitaba que cruzara el umbral del mal.

—¿Por qué estoy esta noche aquí?

—Eres mi hija, este es tu sitio.

Cinthia guardó silencio, ante su mutismo, don Ángelo se dirigió a un grupo de sombras. Entre ellas se encontraba también un hombre atractivo, los mortales lo consideraban un empresario exitoso, incluso una vez barajó la posibilidad de que fuera una de sus víctimas, pero era mucho más, ostentaba el puesto de lugarteniente de su padre.

—Cinthia, estás preciosa esta noche —escuchó muy cerca de su cuello.

—Gracias, Arius. —La rabia se apoderó de ella hasta el límite de mandar su prudencia al abismo—. Ahórrate tus halagos y piérdete.

—Ya ves que posee un carácter indómito —le dijo su padre—. Ya soy viejo para doblegarla, quizás debes encargarte del asunto. —El rostro de Cinthia se contrajo y sus blanquecinos ojos lanzaron una blanca, pero odiosa mirada a su padre. Don Ángelo acarició su mejilla y pensó que esa era su chica. Luego, decidió jugar sus cartas —. Si me disculpáis, he de saludar a unos amigos.

—No se preocupe, don Ángelo, yo entretendré a su hija.

Al fin, Cinthia oyó a su padre alejarse y se giró hacia el tal Arius. Su metro noventa, ojos verdes y pelo negro apenas la impresionaron cuando lo conoció.

—Amigo, búscate una sombra con quien jugar. Ya te he aguantado lo suficiente estos meses. —Cinthia se giró, pero una mano sujetó su brazo.

—Preciosa, no soy ninguna sombra que teme la ira de tu padre. Además, tu ceguera no te ayudará a librarte de mí —le susurró, erizando la piel de Cinthia por su amenaza velada—. Tu padre me ha prometido un premio por mi lealtad.

—¿Qué te ha prometido? —A causa de su ceguera no podía defenderse de él, y se preguntó cuáles eran las intenciones de su padre.

—Si consigo preñarte… —Cinthia palideció al comprender qué le sugería al lamer su cuello.

—¡Maldito bastardo! —gritó, sin importarle montar una escena.

—No me gustan las mujeres escandalosas.

—Ni a mí los demonios cabrones. No soy un animal y no pienso procrear un engendro contigo. ¡Suéltame!

La mayoría de los asistentes a la fiesta no perdían detalle, incluido su padre.

—Tenemos un trato y cumpliré mi parte ahora mismo —dijo, y tiró de ella.

—¿Cómo has podido? —gritó, sin saber si su padre la escuchaba —. ¿Crees que mi madre te hubiera perdonado esto?

Don Ángelo había tenido que acelerar las cosas, su querido muchacho tardaba en acudir. Habían pasado seis meses en los que hubiera apostado a que el carácter del caído lo empujaría a buscarla, pero ese chico era tan honorable que lo exasperaba. Crujió uno a uno los dedos y repasó su plan, aún contaba con una baza que utilizar: el amor, ese maldito amor. Miró a su alrededor, temeroso de que algunos de los demonios hubieran presenciado ese instante de debilidad, ese fugaz segundo en que hubiera deseado vivir otro tiempo, estar en otro lugar, abrazar a Elvia.

En Francia, Dubois había salido de su despacho tan preocupado que recorrió el camino hasta su casa en menos tiempo del habitual. En el garaje, marcó con los dedos temblorosos el número de teléfono de Lucien. Antes de desaparecer, se cercioró de que ambos guardaran su contacto telefónico por si debía localizarlos.

—¡Date prisa! ¡Necesita tu ayuda! —casi gritó Dubois a Lucien cuando contestó.

—Cálmate y cuéntamelo desde el principio —le pidió, al tiempo que aparecía en el apartamento de Dubois en París justo cuando el inspector abría la puerta de su casa.

Germán soltó el móvil y emitió un grito.

—¡Joder! Nunca me acostumbraré a tus apariciones.

—¿Por qué estás así?

—Tenemos un código, una señal de peligro. Si ella me envía un mensaje y firma con «Marnie» está en peligro. Solo puedo acudir a ti, aunque ella me pidió que nunca lo hiciera.

—¿Dónde está?

—En Venecia.

—La buscaré.

—¡Espera! ¡Ni se te ocurra irte sin mí! Cinthia es mi amiga.

La ferocidad en la mirada del policía le ratificó que no le perdonaría jamás que lo abandonara allí. Él era el único vínculo que los unía y no admitiría un no como respuesta.

—Está bien, pero mantente al margen. Ella nunca me perdonaría que sufrieras un rasguño.

—Te aseguro que yo tampoco —bromeó.

Ambos viajaron hasta el sótano de la casa de don Ángelo, donde difícilmente tropezarían con una sombra. De manera sigilosa, anduvieron por la casa sin ser vistos por los esclavos humanos que servían vino y viandas vestidos con ropajes romanos. En el pasillo, el caído capturó a uno de ellos y leyó su mente.

—Hay una fiesta. —Lucien rechinó los dientes. Le disgustó y preocupó descubrir que Arius se encontraba allí. Incluso entre las sombras se le consideraba un bastardo—. Don Ángelo le ha ofrecido a Cinthia a esa escoria.

—¿Ofrecido? ¿En qué sentido? ¿A quién?

—Quiere un nieto —dijo Lucien, y soltó al criado con tanta fuerza que lo dejó inconsciente gracias al golpe.

Lucien miró a Germán como si fuera el responsable de todas las guerras del mundo y Dubois retrocedió un paso, asustado. La furia del caído era tan evidente que mostraba su forma inmortal. Avanzó por el pasillo de aquella mansión veneciana destrozando todo a su paso. El revuelo de su llegada llamó la atención de algunas sombras que se enfrentaron a él. Dubois era testigo de que nada ni nadie detendría el avance de Lucien.

Mientras tanto, en una de las habitaciones de la planta superior, Cinthia luchaba su propia batalla contra una sombra. La chica se resistía a que ese demonio manchara el recuerdo de Lucien.

—¿Qué te ha ofrecido?

—A ti, cazarás almas para mí.

—¡Eres un imbécil! —Rio a carcajadas.

—Don Ángelo siempre cumple su palabra.

—¿Crees que cuando tenga otro cazador de almas te necesitará?

Cinthia se parapetó a un lado de la cama.

—Vamos, cielo, no lo pasarás tan mal.

La joven se retiró hacia la puerta, pero él le cerró el paso, la atrapó por la cintura y la empujó contra la cama sin ningún esfuerzo. Cinthia peleó con uñas y dientes hasta perder las fuerzas, mientras la despojaba de la ropa e intentaba abrirle las piernas. La resistencia de la muchacha se agotaba cuando un estruendo detuvo a su atacante; la puerta se había estrellado contra la pared arrancando los goznes que la sujetaban. Un segundo antes forcejeaba con un demonio y, otro más tarde, se refugiaba en los tranquilizadores brazos de Germán. Entonces, lo escuchó, Lucien luchaba contra Arius. —No es más que una bruja a la que debía

preñar.

—Si dices una palabra más, te destrozaré con mis manos. —Lucien le mostró sus terribles garras y en su mirada solo existía la muerte.

—¿Cómo piensas salir de aquí con vida? Don Ángelo no lo permitirá.

—De eso me ocuparé tras enviarte al infierno.

Lucien extrajo de su cintura una espada de fuego. Durante un instante, Arius reflejó el miedo en los ojos. No tenía escapatoria y lo sabía. El temor a morir lo obligó a tomar medidas desesperadas. Empujó a Dubois y atrapó a Cinthia.

—Si no me dejas salir de aquí, le partiré el cuello.

—Te juro que te arrancaré la piel a tiras y ni los demonios te reconocerán como le hagas algún daño.

—¿Qué sucede aquí? —intervino una voz que ambos temían por igual.

—Ese bastardo me ha interrumpido —dijo Arius, y soltó a Cinthia—. Usted me prometió que sería mía. —Al entender que don Ángelo lejos de ayudarlo lo entregaría a su suerte, gritó—: ¡Esta zorra es mía! ¡Me lo prometió!

A la joven le costaba respirar y Lucien la tomó entre sus brazos. «Al fin, todo volvía a su lugar», pensó don Ángelo. Luego, señaló al perdido, igual que ocurría con las palomas en la plaza de San Marcos, Arius se lanzó por el balcón.

—Nadie insulta a mi familia —aclaró don Ángelo, y se dirigió a Germán—: Señor Dubois, será mejor que nos marchemos, los chicos deben hablar.

—Estoy de acuerdo, incluso le aceptaría una copa.

—¿Sabe jugar al ajedrez? —preguntó el rey de las sombras con impaciencia—. Ninguno de mis súbditos es lo bastante bueno.

—Sabe muy bien que sí.

—Sé que fue campeón en la universidad. —Sonrió travieso.

—Será un placer, siempre que no me envíe al infierno si le gano.

—Le doy mi palabra de Satanás —añadió divertido—. Me tomaré la derrota como un acto honorable.

Una partida de ajedrez

Un mal plan es mejor que no tener ningún plan.
Frank Marshall

Germán miró el tablero sin perder de vista los movimientos de don Ángelo. Con aquella toga romana se asemejaba a un Nerón capaz de arrasar una ciudad por capricho.

—Concéntrese en el juego —le recriminó, y movió una de las piezas—. Esta noche no voy a quemar la ciudad.

—¿Cómo sé que no lee mis movimientos?

Don Ángelo esbozó una sonrisa al pensar que Dubois le recordaba a Pluvio. Echaba de menos sus conversaciones ácidas y la compañía de un amigo.

—Las trampas no son divertidas. Necesito un reto, saber qué movimiento va a hacer es infantil, mi querido amigo.

—¿Por qué lo ha hecho?

Ambos sabían a qué se refería.

—¿Acelerar una relación que hace tiempo debería haber existido?

—Provocar un desastre. Cinthia podía haber sufrido mucho en ese plan y Lucien también. Además, no entiendo por qué lo amenazó con matar a toda su familia.

—Querido amigo, la vida me ha enseñado un par de cosas. La primera, nada es lo que parece; la segunda, que debo asegurarme de que aquello por lo que apuesto es verdadero.

—Lucien ama a Cinthia, hasta yo puedo verlo, un simple mortal. Porque la ama, acepta la petición que un día le hizo.

—¡Vamos! Mi querido amigo, ambos son dos niños ingenuos a

los que hay que enseñar.

Don Ángelo sonrió cuando comió un peón al inspector. Este ejecutó un movimiento envolvente y se comió su torre. El rey de las sombras elevó una ceja y miró a Dubois con un gesto de sorpresa que provocó en Germán auténtico temor.

—Buena jugada, querido amigo. La recordaré.

—No estoy seguro de que en la próxima ocasión no me arranque la cabeza.

—Lo sabría. —En los ojos de don Ángelo apareció un fulgor rojizo, pero le divertía el inspector.

Germán bebió de su vaso y el *whisky* impidió que saliera corriendo de allí.

—No ha contestado a mi pregunta.

—¿Por qué he obligado a Lucien a regresar junto a Cinthia?

—También por qué ha tenido que provocar esta situación.

—Ella es una cazadora, lo matará si lo toca. Él es un caído y vivirá por siempre.

—El amor no es fácil.

—¿Nunca se ha enamorado, inspector?

—Nunca.

—Ha tenido suerte. El amor lo estropea todo.

—Usted amaba a la madre de Cinthia.

—Con todo mi infernal, eterno y ausente corazón.

Dubois esbozó una sonrisa ante las palabras del rey de la oscuridad. En esta ocasión don Ángelo aprisionó a la torre del policía.

—Buena jugada. Pero sigue sin contestar a mi pregunta.

—¿Es un interrogatorio?

—Lo sería, si usted no fuera Satanás y yo un simple humano.

—Es usted divertido, mi querido amigo.

—Ser el amigo del rey de las sombras no sé si me conviene. Su presencia me resta años.

—Vivirá más de lo que imagina —le dijo don Ángelo, inclinándose hacia él con un gesto casi travieso.

—Estupendo, me alegra saberlo. —Dubois tumbó su reina y miró fijamente al perdido—. ¿Por qué?

—Porque hice una promesa a su madre —confesó—. Haría todo lo posible porque ella fuera feliz. Le daría la oportunidad de vivir el amor que ninguno de los dos podríamos darle. Siempre cumplo mis promesas.

Los ojos del perdido se clavaron en los del inspector. Cualquier otro habría retirado la mirada, en cambio, Germán conservó la

calma, aunque hubiera escapado como si al edificio lo envolvieran las llamas. La seguridad de Cinthia y la amistad de Lucien dependía de las palabras de un demonio.

—¿Por qué Lucien?

—Una sombra tarde o temprano la utilizaría y acabaría con ella. Un ángel no resistiría su poder. Y un humano solo la acompañaría durante un par de años, después volvería a estar sola. Necesitaba a un caído en su vida. Es inmortal, no se alimenta de almas y, sobre todo, si es mi querido niño, mucho mejor. Siempre fantaseé con la idea de que formara parte de mis filas. Siento predilección por un tipo al que le gusta el *rock* y una Harley.

—Un viejo roquero nunca muere. —Germán advirtió que sus palabras alegraban al demonio—. Pero ¿y si no hubiera funcionado?

—Mis planes siempre funcionan.

—Jaque mate —dijo Dubois y contuvo la respiración a la espera de ver cómo el ángel desterrado del Paraíso se tomaba una derrota.

—Mi querido amigo, buena jugada —reconoció don Ángelo.

—Satanás, le digo lo mismo.

Durante un instante, guardaron silencio. Ya nada dependía de ellos.

Cinthia se tapó el cuerpo, con manos temblorosas, utilizando los jirones de la toga que Arius había destrozado.

—¿Te ha hecho daño? —Quería abrazarla, pero no se atrevía.

—¡Estoy bien! ¡Estoy bien! —repetía sin contestar a Lucien.

Cinthia unía una y otra vez los trozos de tela en un intento de mantenerlos juntos, sin embargo, Lucien posó las manos en las suyas, pero ella se alejó aún más, lo último que querría era dañarlo de alguna manera.

—¿Qué ocurre?

—No es seguro que te acerques a mí. Será mejor que te marches. —Ella se escondió detrás de una de las sillas como si aquel insignificante mueble la protegiera de su presencia—. Agradezco tu ayuda, aunque ya no es necesaria.

—Estás ciega, no corro ningún peligro.

Cinthia escuchó como daba un paso y le dio la espalda. Al ver su reacción, Lucien se detuvo, sus intenciones eran claras y, por el momento, el caído las aceptó.

—Es mejor que regreses con Catherine, no quisiera que por mi culpa perdiera a su amor de nuevo.

—Catherine no va a perder nada.

Había enviado a esa mujer junto a Rafael. Lo último que había sabido de ella era que su amo no estaba muy contento con su

comportamiento y la había desterrado a una existencia miserable.

Su interés regresó a Cinthia al verla tantear los muebles para llegar hasta el balcón. Lucien observó su espalda, el tatuaje con el que había soñado cada hora del día.

—Será mejor que te vayas, por favor —le rogó a punto de perder la voluntad y la templanza ante él.

Lucien quería decirle tantas cosas, pero nunca había sido bueno con las palabras como Denis o Gerard. Su corazón le instaba a hablarle de todas esas horas, minutos y segundos de esos días en que no se habían visto. Todas esas horas que invirtió en arreglar motores una y otra vez; en luchar con sombras; en beber hasta la última gota de alcohol de los tugurios en los que se refugiaba para olvidar; en alimentarse de humanos sin importarle su enajenación. Todas esas noches en que creía volverse loco al temer que ella sufriera algún daño. Todas esas horas, con sus minutos y segundos que pasaba recordando aquella noche en Rusia. Su olor, su ternura, su calor y su entrega. Su vida se había vuelto de nuevo oscura, sin sentido. Había luchado en batallas con la única intención de perder y dejar de añorar esos ojos pardos, sin haber logrado ni un segundo de paz. Una bruja se había metido en sus venas. Ella era su alma.

Por su parte, Cinthia notaba el ambiente tenso de la habitación flotar a su alrededor y aprisionar su pecho. La presencia de Lucien a su espalda era algo muy real. Tan real que le costaba mantener la compostura y no lanzarse a sus brazos. Había soñado con él cada noche y rememorado aquel día en la cabaña de Rusia. Anhelaba sus manos suaves y firmes; las caricias que la llevaban a vibrar igual que la cuerda de un instrumento; y sobre todo, sus besos húmedos y ardientes. Habría dado media vida por compartir otra noche, donde perderse en esos ojos azules, profundos y limpios. Incapaces de mentirle. Había visto su amor, pero debía ser más fuerte que ninguno de los dos. Ella frenaría esa locura. Una cazadora de almas siempre sería un blanco para uno de aquellos bandos. Él intentaría protegerla y eso lo pondría en peligro y también a su familia. No, no lo consentiría. Por una vez en su vida, no huiría y afrontaría con valentía su decisión; de algún modo provocaría que la odiara.

—No sé decir cosas bonitas a las chicas —terminó por admitir.

—Lo sé, nunca fue tu especialidad —dijo ella.

Recordaba muy bien aquella conversación, también qué pretendía Lucien al repetir cada palabra de aquella noche.

—Ven conmigo —le pidió, sin atreverse a tocarla.

—Este es mi sitio.

—¡Tú no eres uno de ellos!

—¿De verdad lo crees? —preguntó, girándose—. He matado a muchos humanos. Ya no soy *Marnie la Ladrona*. Soy una bruja, una cazadora, un monstruo.

—Puedo vivir con todas ellas —afirmó él.

Cinthia emitió una risa grotesca que sonó desesperada.

—Tú sí, pero yo no.

—Lo superaremos, Cinthia.

—Lucien, vuelve con Catherine. Ella es la mujer que necesitas.

—¡Maldita sea! ¡Escúchame de una vez! —La aferró con impotencia de los hombros.

—¡No! —lo interrumpió con tanto dolor que Lucien enmudeció —. ¡Escúchame tú a mí! ¡No te quiero ni deseo estar a tu lado! ¡Te odio por abandonarme cuando te necesitaba! ¡Por hacer que ellos me hicieran todo esto! ¡Jamás te perdonaré! ¡Seis meses! Seis meses y no viniste a buscarme. Me abandonaste.

La culpabilidad de Lucien no le permitió encontrar palabras para defenderse de esas justas acusaciones. Tenía razón, seis meses habían destruido a Cinthia y él lo había permitido. ¿Cómo podía perdonarlo ella si él no lo haría nunca?

—Lo siento —consiguió pronunciar y la soltó de su agarre, apesadumbrado por la culpa.

—Por favor —le rogó ella—, vete. Si vuelvo a verte, te juro que utilizaré mi don.

Lucien guardó silencio convirtiendo la habitación en un espacio tan gélido como su alma. Luego, la miró una última vez y desapareció.

En la planta baja, Germán no aguantaba mucho más sin comprobar cómo le iba a esos dos, así que, tras la partida de ajedrez con el beneplácito de Satanás, llamó a la puerta de Marnie.

Cinthia, sentada en la cama, permanecía inmóvil. Lucien había desaparecido. El inspector la rodeó con los brazos y la meció como si fuera una niña. Acariciaba su pelo y le decía palabras de aliento. En la puerta, don Ángelo observó a los dos. Maldijo a Lucien y el sentido de deber que poseía, también envidió su honestidad. Elvia hubiera querido un hombre como él para su hija. Se retiró sigiloso, de la misma manera en la que había llegado. Ni Cinthia ni Germán advirtieron su presencia.

—Ahora estará a salvo, ¿lo estará? —preguntó con los ojos anegados en lágrimas, pero calmada.

—Sí, Cinthia, lo estará —respondió Germán sin entender del todo qué significaban aquellas palabras.

La joven se acercó al balcón y abrió la ventana. Respiró con

profundidad, «solo una vida», pensó. Necesitaba una vida más y lo buscaría.

Elvia

Alguien tenía que perder y me tocó a mí todas las veces.
Anónimo

Don Ángelo se sentó de nuevo frente al ajedrez y aguardó con resignación el regreso del policía.

Germán entró en el cuarto donde don Ángelo observaba el tablero, tan enfadado que obvió que el ser contra el que discutiría había sobrevivido a guerras; orquestado la mayoría de las desgracias humanas; provocado infiernos y sacrificado vidas a lo largo de todos los tiempos. Aun así, Germán Dubois, inspector de policía francesa, se situó ante él sin importarle que ese día conociera los nueve círculos de infierno de Dante o terminara en el averno dibujado por Bosco. Solo pensaba en el sufrimiento de Cinthia y en la culpabilidad de Lucien. Ambos padecerían durante años una situación que ese demonio había construido sin medir las consecuencias de sus acciones.

—Lo sé —dijo don Ángelo, ignorando al humano.

—¡Ya ha visto cuál ha sido el resultado de sus manipulaciones!

—Lo arreglaré —aseguró sin un ápice de duda.

Los casi dos metros de estatura del rey de las sombras se pusieron en pie. Dubois creyó ver cómo se oscurecía la habitación. De todos modos, mantuvo la entereza, pese a que el miedo cabalgaba por sus venas a una velocidad poco recomendable y posiblemente le provocaría un infarto.

—¿Cómo? —exigió saber.

—De alguna manera…

—Recuerde la promesa que hizo a la madre de Cinthia —lo

interrumpió sin medir las repercusiones de sus palabras.

Los ojos de don Ángelo se clavaron en él. Germán resistió esa mirada que le evocaba a los fuegos del averno; también, los gritos de los condenados en el olvido de los pecados; y, por supuesto, el miedo de los perpetuos castigos eternos. Entonces, comprendió el alcance de su temerario acto. Durante un segundo, un sudor frío y pegajoso brotó de cada uno de los poros de su cuerpo. La lividez de su rostro competiría con la de un cadáver y el temor en sus ojos revelaba que le faltaba poco para desmayarse de pavor.

Don Ángelo hubiera arrancado la cabeza a ese mortal que le recordaba sus promesas. A él, al rey de las sombras, al dueño del destino de los hombres. La risa brotó de sus labios y después de su pecho. Hacía mucho que no recordaba una emoción como la alegría.

—Serías un buen lugarteniente para mis filas, un amigo, me atrevería a decir.

Germán advirtió que recuperaba la respiración. El perdido se giró hacia una de las mesas y sirvió dos vasos de vodka. El inspector se sentó, sus piernas ya no lo sostenían.

—¿Cuánto ha faltado? —preguntó a don Ángelo al ofrecerle el vodka.

—Poco, amigo mío.

—Juro que no sucederá de nuevo.

—No estoy seguro de que la próxima vez resista la tentación de convertirte en mi nuevo entretenimiento —bromeó, y alzó el vaso.

—Lo recordaré.

El perdido se sentó y, durante unos minutos, guardó silencio concentrado en sus pensamientos. Germán no osó interrumpirlos.

—Elvia era muy parecida a ella. Se sacrificó por el tonto amor que me profesaba.

—¿Qué pasó?

Don Ángelo jamás había contado qué le sucedió a la única mujer que su endemoniado corazón amaba. Sin embargo, Dubois había tenido la osadía de enfrentarse a él, se merecía saber la verdad.

*Casa Médici, Florencia, a*ño de n*uestro Señor en 1463*

La alegría de Elvia no se ensombrecería por nada en el mundo. Se sentó junto a la ventana, contempló el río y se acarició el vientre. Deseaba tanto aquel momento que aún le maravillaba que fuera posible. Recordó los años transcurridos junto a un ser cuyo poder le otorgó la inmortalidad. Al principio, el temor a descubrir quién era la obligó a huir. Sin embargo, él siempre la encontraba y ella

anhelaba que fuera cuánto antes. El mundo carecía de sentido cuando él no estaba a su lado. Su mundo se convirtió en el de él aquel día que la poseyó. La noche en que supo que su cuerpo, su corazón y su alma le pertenecían.

—Esclava, ven aquí —le dijo tras regresar de la cena en casa de Pluvio.

El orgullo de Elvia había sido mancillado a todos los niveles. Ella, la hija de un rey celta; ella, la heredera de un trono, no se rendiría a los caprichos de un romano y lo miró con altivez.

Ángelo, en su interior, se alegraba de que así fuera. Una lucha de voluntades sería mucho más divertida que lidiar con la rendición temerosa que apreciaba en la mayoría de las ocasiones. Ante su negativa de obedecer, su amo, lejos de enfadarse, sonrió y rozó uno de sus hombros.

Elvia se giró rabiosa, sus manos se crisparon y arañaron el rostro de su dueño. De las heridas brotó sangre y, ante los ojos atónitos de la muchacha, volvieron a cerrarse.

—¿Qué eres? ¿Quién eres? —dudó, controlando el temor que la invadía.

—Nada, nadie, todo.

Elvia apenas escuchaba sus palabras, menos aún, las entendía. En cambio, la invadió la pasión más absoluta cuando él rozó su mejilla con suavidad. La atracción que sus ojos, abismos en los que perderse, lograron que se entregara a él por primera vez.

La hija de Cédric y Éire se rindió plena y totalmente a un romano. Sus manos se aferraron al enorme cuerpo de Ángelo. Esa noche, la futura reina celta de un pueblo aniquilado supo qué era ascender a los infiernos del placer a manos de un ángel desterrado y soberano de un reino. Elvia se estremeció al recordar las caricias de Ángelo; los besos que transformaban su piel en fuego; las palabras que alimentaban el amor en su corazón, pero también el miedo. Sí, temía perder lo que ese dios cristiano, al que los italianos veneraban y ella disimulaba creer, le había concedido. De nuevo, se acarició el vientre, sonrió y esperó.

Don Ángelo, al que llamaban Ángelo de Medici, jamás imaginó la noticia que su esposa, a ojos de todos, le contaría al regresar a la mansión florentina que le construyó a los pies del más bello paisaje del río Arno.

—¡Ángelo! —gritó ella, y se lanzó a sus brazos.

—Vaya, a qué se debe tan repentina muestra de cariño.

—Tengo una noticia que darte.

Cinthia tomó de la mano a su amante y lo condujo al jardín, su

lugar preferido, cubierto de pequeñas matas de flores silvestres. Ángelo había creado una miniatura del Edén. Elvia lo miró a los ojos, sonriente, cargados de una felicidad que nunca había visto reflejados en ellos.

—Muy pronto tendremos un hijo. —Se acarició el vientre con un afecto sin igual.

La alegría se borró del rostro de Ángelo. No era posible, el linaje se extinguió hacía eones. Ningún ángel, caído o perdido había engendrado con una humana un vástago. Además, el ser que crecía en su interior era un engendro invencible, al que él incluso temía.

—Debo evitar que nazca —pronunció, consciente del dolor que causaría en Elvia.

El rostro de la joven se alzó encarándose a él. ¿Cómo podía decir tal cosa?

—¡Estás loco! —respondió, y retrocedió unos pasos.

Ángelo adivinó con solo mirarla que antepondría cualquier cosa y a cualquiera a ese niño.

—¡Escúchame! —le pidió. Ella se negó a oírlo.

—¡No! —Sus lágrimas convulsionaron sus hombros.

—¡Elvia! Soy un perdido, una sombra… —Ángelo la tomó de los hombros y la obligó a mirarlo—. Es imposible. Sea lo que sea que esté creciendo en tu interior es un monstruo mucho peor que yo. Te quitará la vida y no lo permitiré —pronunció con rabia.

Elvia se soltó de sus manos. En todas aquellas vidas que había compartido con él, en esos años que luchó contra su temor racional de huir de un demonio, nunca le pidió nada. Esta vez, le exigiría cumplir su voluntad.

—Tendré a este hijo.

—¡Por favor! —le rogó. Incluso se arrodilló e intentó convencerla—. Morirás.

Nunca, el rey de las sombras, se había humillado ante nadie y, menos aún, ante una mortal. Don Ángelo luchaba contra las ganas de proceder con o sin su consentimiento y arrancar de su vientre esa maldita semilla que él había sembrado en ella. También sabía que si la obligaba a perder a ese hijo, nada sería igual. Conviviría con una sombra más, obediente, pero no su compañera, no su amante, no su amiga.

—Mi rey me salvará —dijo ella con inocencia.

Ángelo asintió, derrotado, ninguno de sus poderes impediría que muriera el día en que ese niño naciera.

—Lo haré, Elvia —mintió.

Ella también supo en ese instante que el tiempo compartido con

Ángelo se acababa.

Los meses transcurrieron con rapidez en una engañosa felicidad que don Ángelo construyó para su esposa. Elvia dio a luz a una niña, una cazadora de almas, un ser al que odiaría toda su vida por arrebatarle lo que más amaba.

—Cuídala —le rogó su esposa con su último aliento—. Prométeme que será feliz —susurró con la esperanza fijada en una mirada débil.

—Lo haré, te lo prometo.

—Eres el rey de las sombras, siempre cumples un trato —dijo, y acarició su mejilla con ternura.

—Siempre, Elvia.

Besó sus labios y con ellos absorbió el último aliento de vida de la mujer a la que no olvidaría nunca. El alma de Elvia no descendería a los infiernos, tampoco ascendería al cielo. Su condición de inmortal originada por las artes oscuras de una sombra destruía el alma del mortal en aquel pacto. La reducían a la nada. Ni siquiera dispondría del consuelo de saber dónde estaría.

Veinte años no es nada

Cada momento que paso sin ti es un momento de tiempo perdido.
RR Tolkien

Habían pasado veinte años de aquella partida de ajedrez. Veinte años en los que Germán Dubois se casó, tuvo hijos y ascendió a jefe de policía de una comisaria de la capital francesa. Nadie creería que un simple mortal jugaba con el rey del inframundo al ajedrez una vez al mes en Venecia. Durante aquellas partidas mantenían conversaciones entretenidas; otras, le habían restado años, pero gracias a ellas comprendió mejor al ser que se enfrentaba con fichas blancas contra él. Don Ángelo lo tentaba con dinero y poder. Y no caer en su corrupción le suponía un esfuerzo de concentración para no perder las partidas. Germán creía que utilizaba ese momento para derrotarlo en el ajedrez. Además, esos encuentros le proporcionaban la posibilidad de visitar a Cinthia. El paso del tiempo la había tratado con dureza y había perdido la chispa que la caracterizaba. Aquella fatídica noche en la que se despidió de Lucien, dejó de ser su Marnie la Ladrona. Por don Ángelo conocía que el caído batallaba en continuas luchas celestiales con las que obtenía victorias y más cicatrices. Tal y como prometió a Cinthia, nunca volvieron a verse.

—Germán, ¿cómo están Margaret y los niños? —Cinthia tomó su mano y lo obligó a sentarse a su lado.

—Te mandan muchos besos y abrazos. —Germán besó su mejilla con cariño.

—Por tus ronchas rosas, Manchitas sigue en la familia.

—Ese gato me matará o yo a él. —Se rascó una mancha, luego la

miró con una seriedad acuciante—: ¿Y tú, cómo te encuentras?

Al policía le preocupaba el estado de salud de Cinthia. En su última visita la vio desmejorada, triste y con unas profundas ojeras negras bajo los ojos.

—No te preocupes. —Sonrió.

—Deberías ir a un médico.

—¿Para qué?

—No estás bien.

—Y no lo estoy —le confesó, sin disimular la alegría que le causaba la enfermedad.

—¿Qué te ha prometido el viejo?

—La mortalidad.

—¿A cambio?

—De nada, es mi premio por robar tantas almas.

Cinthia se sentó en el sofá y extendió las manos hacia la chimenea. La temperatura era sofocante en la habitación, pero se ciñó el chal sobre los hombros.

—Prométeme que no estás acelerando el proceso —dijo al observar su extrema delgadez.

—Me muero, Germán, y no sabes cuánto lo deseo. —Cinthia se aferró a su brazo y apoyó la cabeza en su hombro. Ese hombre era como un hermano para ella.

—¡Por Dios! ¡No digas eso!

El inspector se puso en pie y se mesó el escaso cabello que conservaba.

—Dios no tiene nada que ver en esto —dijo enfadada—. Incluso recurrí a Rafael y también me abandonó.

—Nunca debiste confiar en ese bastardo.

—Era la única manera de protegerlo.

—Lo lograste —le recriminó enfadado.

Cinthia y él discutieron sobre aquella decisión que casi le cuesta la vida a ambos. Rafael capturó a Lucien en una batalla, el bastardo conocía muy bien los sentimientos de Cinthia. Y utilizó ese amor para salvarlo, a cambio, su amiga traicionó a su padre. Durante cinco años, cazó almas para Rafael veinticuatro horas al día. Un desgaste que la había enfermado y envejecido.

»—Deberías habérselo contado. Esos años te han hecho mucho daño.

—Esos años me proporcionaron la única razón de vivir. Después de todo, mi padre solo me pidió más almas en castigo. Por supuesto, intenta ayudarme, a su manera.

—¿Matándote a trabajar? Él sabe perfectamente qué te sucede

cuando robas esas almas.

—Él me quiere a su diabólica forma. —Sonrió. Cinthia se restregó las manos en la falda—. ¿Tienes alguna noticia de él?

—Nada, salvo que sigue luchando…

—Me gustaría verlo una vez más —lo interrumpió con la mirada perdida en los recuerdos.

—Intentaré convencer al viejo de que lo encuentre.

—Gracias, Germán —dijo ella—. Has sido un buen amigo todos estos años.

Dubois contuvo las lágrimas, aquello le sonaba a un adiós definitivo. Ella miró el fuego y recordó otro tiempo. Esbozó una triste sonrisa y prometió a esas llamas, que aún anidaban en su corazón por Lucien, que muy pronto se encontrarían.

Cerca de la frontera rusa, Lucien se limpió con un trapo la sangre que manchaba su rostro. Al menos en esta ocasión, sus tropas vencieron a esos ángeles enviados por Rafael y no había perdido a ninguno de sus hombres. Aquella batalla supuso una diversión más, al igual que las anteriores contiendas, esta tampoco le aportó un segundo de paz. Sus pensamientos desde hacía veinte años se limitaban a ella. Aunque no esperaba recibir la llamada de Dubois.

—Lucien, amigo mío, ella quiere verte antes de morir —dijo el policía.

Con el caído aprendió que era absurdo alargar las palabras.

—¿Para qué? —preguntó, y disimuló el nerviosismo que esa petición causaba en su ánimo. También el hecho de que la vida de ella terminara.

—Para despedirse.

—Hace veinte años que nos despedimos.

—Lucien…

El policía apagó el teléfono. Manchitas erizó el lomo y el rabo. Agradeció que Margaret y los niños se encontraran de visita en casa de sus suegros.

—¿Sigues bebiendo vodka? —preguntó como si fuera lo más natural del mundo las apariciones de ángeles en su vida y en medio de su salón.

—Por supuesto.

Dubois le ofreció un vaso y le tendió la mano. El ángel la tomó y lo saludó con afecto.

—No has cambiado nada —dijo admirado el inspector.

—Algunas cicatrices más, eso es todo.

—¿Nunca envejecéis?

—Germán… —dijo impaciente el caído.

—Lo sé, no has venido para hablar de ti o tus mágicas cualidades, sino de ella.

—¿Cómo está?

—Decidida a morir.

El gato se arrimó a Dubois en busca de protección.

—¿Por qué?

—Porque está harta de sufrir.

Durante un par de segundos, los maullidos de Manchitas fueron los únicos sonidos que se escucharon en esa habitación.

—¿Cuándo?

—Lucien, ¿puedo hablarte como a un amigo?

El caído clavó los ojos en él.

—Siempre te considerado mi único amigo.

Germán asintió complacido de oír esas palabras.

—Será mejor que la dejes morir en paz. Necesita pensar que su sacrificio valió la pena, que tu vida ha sido plena, feliz gracias a ella. Permite que se vaya con la sensación de que no ha malgastado su vida por nada. Si te ve, dudo que piense que adoptó la decisión correcta.

Lucien admiró la sabiduría del inspector Dubois, pero jamás comprendería que habría preferido morir a manos de Rafael que condenarlo a su indiferencia.

—Necesito verla —reconoció Lucien, tras beber de un solo trago la copa de vodka.

—Hazlo, pero con alguno de tus trucos. —Lucien alzó una ceja ante las palabras de su amigo—. Ya sabes, apareciendo en la nada, siendo invisible. Eso que hagáis los ángeles.

—¿La acompañarás hasta el final?

—Lo haré, no te preocupes. No estará sola.

Aquella misma noche, Lucien se presentó en la habitación de Cinthia. Gracias a una llamada de Dubois, don Ángelo se encargó de que ninguna sombra interrumpiera ese encuentro. El ángel la observó con ternura. Los años y la enfermedad le habían restado la juventud, pero no la fortaleza de su corazón. Leyó con facilidad su mente: el sacrificio que realizó por salvarlo; el castigo que recibió de su propio padre al traicionarlo; el amor que le profesaba igual que el primer día y todos los recuerdos que atesoraba en el alma. Lucien nunca había llorado por nada ni por nadie en todos aquellos años. Sin embargo, las lágrimas rodaron por sus mejillas por el infinito amor que ella le profesaba. Un amor que él no supo proteger. Lo lamentaba tanto que hubiera entregado sus alas y

renunciado a todo lo que era por una segunda oportunidad. Acarició su rostro, Cinthia se agitó en sueños y una débil sonrisa brotó en la comisura de su boca. Soñaba con él, con un mundo que ambos compartirían muy pronto.

Don Ángelo conservaba aquella terrible costumbre de beber capuchinos, de jugar con las aves de la plaza de San Marcos y negociar beneficiosos acuerdos. Esta vez, debía cumplir su palabra, así que cuando vio al joven sentarse ante él, beber el capuchino y señalar a una paloma y estrellarla contra el suelo, supo que Lucien de Chevalier habría descendido al infierno mil veces para pactar y evitar la muerte de Cinthia.

—Quiero hacer un trato. Mis alas y obedecer tu voluntad, a cambio, sálvala.

Don Ángelo alejó de la mesa a las dos sombras que lo custodiaban. La conversación con aquel muchacho no acabaría bien.

—Ella ya no puede salvarse.

Lucien golpeó la mesa con ambos puños y el estruendo llamó la atención entre el resto de clientes. Ya se ocuparía de borrar la mente de la gente que visitaba la plaza ese día.

—¡Eres el puto rey de las sombras, un maldito demonio con un poder inmenso y no salvarás a tu propia hija!

Don Ángelo respetó y lamentó el dolor del caído ante la pérdida de la mujer que amaba y permitió ese instante de debilidad que, en otro momento, le hubiera costado la vida.

—Querido niño, ella ha hecho un trato. —Bebió del capuchino como si presenciara la rabieta de un hijo malcriado—. Si cumplo el tuyo, rompería mi palabra con ella.

—¡Maldita sea! Te lo ruego, haré lo que siempre has deseado que haga, conduciré a tus sombras hasta las mismas puertas del Paraíso y te juro que te traeré la cabeza de Rafael en una bandeja de plata —le prometió—. Pero sálvala.

—No puedo —dijo con tristeza—. Ella se niega.

El caído se lanzó contra don Ángelo, el perdido presionó el pecho del chico con su bastón, deteniendo de ese modo su avance. A Lucien le importaba muy poco las consecuencias, pero el rey de las sombras pensó en aquella posibilidad y, siempre, tenía un plan B que todavía no era el momento de mostrar a nadie, ni siquiera a ese furioso muchacho.

Dos semanas más tarde, el inspector se subía la solapa del abrigo y contenía las lágrimas bajo una lluvia torrencial. Cinthia había escogido un día gris, frío y lluvioso para morir. El funeral se celebró

en la más estricta intimidad. Don Ángelo, Marcel, Margaret y él eran los únicos que asistieron al cementerio. Satanás no escatimó en gastos: multitud de flores cubrían la lápida y también el féretro de su amiga. En el momento que los enterradores terminaron el trabajo de cubrir el ataúd, le pidió a Marcel:

—Por favor, acompaña a Margaret al coche, necesito despedirme de ella.

—No tardes mucho, cariño. —Su esposa cerró el paraguas, había dejado de llover, y se aferró al brazo del profesor.

—Solo será un instante.

Don Ángelo se acercó a él cuando los humanos se alejaron del inspector.

—No debes lamentar la pérdida de una cazadora. Ella renacerá de nuevo, no ha muerto.

—Pero una amiga sí ha muerto.

Una enigmática sonrisa cruzó el rostro del perdido. Por instinto, miró hacia dónde los ojos del demonio lo hacían. Allí, entre varios mausoleos se ocultaba Lucien, vestido con un traje negro. «A Cinthia le habría encantado verlo de aquella guisa», pensó el inspector.

—¡No! —dijo don Ángelo, al leer sus intenciones—. Es mejor que lo dejes solo. Debe despedirse de ella y tú descansar. No es bueno para tus pulmones este frío.

—¿No me queda mucho tiempo? —preguntó alarmado.

—Aún tenemos muchas partidas que jugar —dijo a modo de respuesta.

—No sé si eso es un consuelo.

Don Ángelo palmeó su hombro con afecto.

—Querido amigo, si me disculpas, debo hablar con mi muchacho.

—No sea duro con él.

—Voy a darle una segunda oportunidad.

—¿Me promete que esta vez será sin trucos?

—Hubieras sido un gran lugarteniente.

—¿Quién dice que no pueda serlo aún?

—Tu alma, mi viejo amigo.

En esta ocasión, fue Germán quien esbozó una sonrisa de tranquilidad. No lo seducía pasar la eternidad jugando al ajedrez con Satanás. Tras asentir con la cabeza, se dirigió al coche en el que lo esperaba su esposa. En cambio, don Ángelo se encaminó a buscar al caído.

—Lucien, mi querido niño, me alegra verte.

—Don Ángelo —respondió Lucien con un nudo de voz en la garganta, conteniendo el dolor.

El corazón de Lucien, desolado, maldecía ese amor que lo había hundido en un mundo mucho más oscuro y perverso que en el que se encontraba antes de conocerla.

—Una copa nos vendrá bien. —Don Ángelo caminó entre las tumbas dando con el bastón ocasionalmente a alguna de ellas, como si recordara quién era su inquilino y qué hizo—. Por esta vez, quiero conocer dónde te diviertes.

Lucien posó la mano sobre el hombro del viejo y aparecieron en un antro de moteros. Al entrar, la suciedad y los pecados golpearon de lleno al rey de las sombras.

—Me gusta —dijo con indolencia—. Hay muchos clientes potenciales para nuestro hotel. —Guiñó un ojo.

Su manera de vestir atrajo la atención de algunos de ellos, pero la mirada de Lucien y la envergadura y autoridad que emanaba don Ángelo intimidaron a la clientela. El caído se acercó a la barra, cogió dos vasos y una botella de vodka para cada uno.

—¿Sufrió? —preguntó Lucien. Esa pregunta lo atormentaba tanto que lo liberó en cierta manera el pronunciarla.

—Sí, desde el día en que te pidió que no volvieras a verla. Pero eso lo descubriste el día que la visitaste antes de su muerte.

Los ojos del joven miraron sorprendidos al perdido. El viejo no anestesiaría la verdad, juraría que disfrutaba hundiendo el dedo en la llaga.

—Cumplí mi palabra, no debería haber sufrido por ello —masculló.

—Qué poco conoces a las mujeres, mi querido niño.

—Supongo que el rey del inframundo es un maestro en el tema.

—Bueno, algo sé. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Y Cinthia era muy parecida a su madre.

—¿Será feliz en su nueva vida? —se atrevió a preguntar.

—Eso depende de ti.

Sus palabras detuvieron la mano de Lucien que llenaba de nuevo el vaso de alcohol.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que he dicho, mi querido niño. Su felicidad dependerá de ti.

—Le agradecería me explicara qué significa eso.

Lucien se armó de paciencia. Su ansiedad le pedía rodear el cuello de don Ángelo y sacarle de una vez qué significaban aquellas palabras. Pero el vejestorio actuaba con calma. Aspiró una enorme

cantidad de aire, tanto que llenó por completo los pulmones, y aguardó resignado a que hablara.

—Mi querido niño, ella me pidió una última cosa antes de morir.

—¿Qué fue?

—La mortalidad y los recuerdos.

—¿Por qué? —preguntó en un susurro.

La esperanza de su renacimiento era lo único que lo mantenía entero. Él la cuidaría, eliminaría a todo ser, del cielo o del infierno, que pretendiera dañarla. Esa idea lo había sustentado esos años y evitó que se hundiera en las más áridas de las soledades por el resto de la eternidad. En aquel momento, también perdía esa posibilidad.

—Porque te amaba. —Las palabras de don Ángelo lo devolvieron a la realidad—. Tendrá una nueva vida, esta vez será la última, como humana. Nadie le hará daño, ninguna sombra o ángel la perseguirá —dijo don Ángelo, y miró su elegante y caro reloj—, una enfermera, llamada Andrea, y un profesor de matemáticas, al que sus amigos llaman Nick, están engendrándola. Sé que tendrás que posponer buscarla hasta que…

—Esperar qué —lo interrumpió con ferocidad.

—Convertirla en tu amante.

—No la condenaría a vivir con un monstruo. Gracias por contármelo —dijo, y disimuló la emoción que le provocaba saber que tendría esa vida que tanto anheló en la anterior. Disfrutar de una familia de verdad, de un amor de verdad.

—Mi querido niño, tú puedes ser parte de esa vida, si lo deseas.

—¿Cómo? —preguntó, y su ansiedad provocó la ilusión en el perdido.

—Puedes ser mortal —le propuso con indiferencia—, no será agradable, pero…

—Hazlo —lo interrumpió con un brillo ilusionado en los ojos.

—¡Oh! Serías demasiado viejo para ella. —Lucien enrojeció, algo que satisfizo al rey de las sombras y humilló al caído—. Dentro de veinte años, nos veremos de nuevo.

Lucien quiso decir algo más, pero el viejo desapareció, lo que dejó una silla vacía, una botella a medio tomar y una gran esperanza.

Epílogo de los tres hermanos

Quince años más tarde Lucien observaba a Gerard preparar la cena para Alis.

—¿Estás seguro de esto? —le preguntó su hermano, mientras salteaba un par de verduras en un *wok*.

—Lo he deseado durante todos estos años.

Gerard contempló las fotografías de sus hijas y comprendía la impaciencia de su hermano. Todavía recordaba todos esos años de felicidad y, también, las discusiones con una mujer como Alis, pero no cambiaría ni uno de los segundos que habían compartido juntos.

—¡Gerard!

—Perdona —se disculpó—. Pensaba en Alis.

—¿Nunca te has arrepentido?

Lucien aceptó la cerveza que le ofreció su hermano. La cocina apenas había sufrido una transformación durante aquellos quince años.

—Jamás —afirmó y dio un trago a su botellín—. Mi vida como mortal es plena y ver a mis hijas crecer es un milagro. Por cierto —dijo, señalándolo con la cuchara—, Marta quiere que la acompañes al baile de graduación. Y te aseguro que contigo es con el único hombre que estaré tranquilo. Esa chica se parece demasiado a mí.

—¡No puedes pedirme eso!

—¡Oh, sí! Pero si no, díselo a ella.

—¡Lucien! —gritó una joven morena, con unos ojos color caramelo en los que se perdería cualquier hombre.

La chica se lanzó a su cuello. El aspecto de Lucien era el de un tipo que aún no había cumplido los treinta. Su hija lo conocía como uno de los residentes del hospital de su madre.

—Marta —dijo, con su acostumbrada seriedad.

—¿Papá, te ha contado que me llevarás a mi baile de graduación?

—No he aceptado, tengo…

—Me he comprado un vestido maravilloso y si mi acompañas, seré la envidia entre mis compañeras de clase —lo interrumpió sin tener en cuenta su negativa.

—He dicho que…

—¿No piensas acompañar a mi hija al baile? —preguntó a su espalda Alis.

Después de tanto tiempo, aún le costaba aceptar el don de ver a todos esos seres celestiales. Agradecía cada día que ninguna de sus dos hijas hubiera heredado aquella maldición.

Lucien la saludó con un ligero movimiento de cabeza. Los años la habían tratado bien, salvo algunas pequeñas arrugas en el entrecejo, su belleza seguiría atrayendo a los hombres y, sobre todo, a su hermano.

—¡Mamá! Es un cabezota. ¡Convéncelo!

—A Lucien no le gustan los bailes como a tu padre. —Guiñó un ojo a su marido.

—Eso es cierto, siempre le han parecido un fastidio.

—¡Pero, pero! —De pronto, la joven se echó a llorar con una trágica actuación—. Si él no viene, no tendré pareja.

—Tu otra amiga, ¿cómo se llama? —preguntó su madre con una clara intención—. Esa chica que quiere tatuarse unas alas en la espalda.

—¡Oh! Claudia.

—Sí, la misma.

Gerard aguantó la risa, su esposa siempre se salía con la suya, y Lucien no debería olvidar que era experta en crear trampas.

—Con Peter, está cañón y…

—Por favor —la interrumpió Gerard, consciente del cambio que se produjo en los ojos de su hermano—. A tu viejo padre le dará un ataque al corazón si me cuentas algo más sobre ese guaperas.

Alis y Gerard emitieron una carcajada que su hija no terminó de comprender del todo cuando Lucien aceptó asistir con ella al baile.

Esa misma noche, Gerard masajeaba los pies de su mujer. Ella emitió un gemido en el que se entremezcló el placer y el dolor.

—Lucien no aguantará mucho más —auguró él, presionando un poco más sus dedos.

—Lo siento por él —dijo, a veces la desquiciaba con ese cinismo que aún conservaba—, pero el viejo no le dejará acercarse a ella a menos que cumpla la mayoría de edad. Es el peor padre que un tipo

puede desear para la chica de sus sueños.

Alis lo empujó con una patadita que consiguió que su marido se emocionara.

—¿Tienes ganas de pelear?

—¡No! Por favor, sigue con tus masajes —le pidió ella con la voz melosa—. He tenido un día espantoso en urgencias.

Con una sonrisa traviesa, Gerard continuó masajeando los pies de su esposa.

—Deberías contárselo a Sara.

—¿Por qué?

—Porque es la única a la que escuchará. Nunca se ha perdonado las veces que intentó matarla.

—Tú también lo intentaste, además de querer llevarla a la cama.

Alis escudriñó su rostro y esperó su respuesta. Esa mujer lo desarmaba cuando lo miraba de aquella manera.

—En aquella época era un bastado sin corazón. ¿No estarás celosa?

—¡Oh, de Sara! Ni en mil años. Antes te despellejaría vivo que permitir que te acercaras a ella a menos de dos millas.

—Es muy rencorosa —dijo, y sus ojos se desviaron a la pared.

Sara había dibujado a toda su familia. En el retrato de Alis, se apreciaba su fortaleza, belleza y tenacidad. En el de sus hijas, Marta y Miriam, la alegría infantil y amor incondicional por la vida. En cambio, el suyo mostraba una difícil interpretación que prefería no analizar con Alis. Siempre que lo hacía terminaba convencido de que su cuñada lo odiaba con todo su ser.

—No, simplemente te odia. —Rio su esposa.

—Jean Pierre es mi hermano, debería perdonarme.

—Ni siquiera a Jean Pierre le caes bien, reconócelo —le dijo Alis, rodeando su cuello y besó su boca—. Solo me caes bien a mí.

—Eso me ha bastado durante veinte años, podré soportarlo otros veinte. Pero llama a Sara y cuéntale cómo está Lucien. Me preocupa mi hermano.

—Lo haré —respondió Alis, esta vez no bromeaba—. Tu hermano respetará lo acordado y no enfadará al viejo. Todos dependemos de que él cumpla el trato, lo sabe y no lo romperá.

—Yo hubiera roto cualquier pacto por estar contigo.

—Lo sé, pero tú siempre incumplías tus tratos.

—Siempre no, me casé contigo.

—¡Oh! Eres un… —No terminó la frase y golpeó su hombro antes de besarlo.

Entretanto, en Pravia, Sara comprobó que la luz fuera la

adecuada para que los alumnos trabajaran bien con el modelo. Sin embargo, no lograba concentrarse, ya que esa mañana recibió una llamada de Alis. Después de su última clase tomaría un vuelo a Londres. Su cuñada le había reservado habitación en un hotel, prefería no hospedarse en su casa bajo el mismo techo que Gerard.

—Sara, me alegra verte —dijo Alis al recibirla en el aeropuerto.

Ambas mujeres se dieron un fuerte abrazo.

—¿Cómo está Jean Pierre?

—Enfrascado en una nueva tesis sobre botánica.

—¿La cuarta?

—La sexta, pero ya sabes que los libros son su pasión. ¿Y mis sobrinas?

—Miriam intenta conseguir el título de pianista y Marta ha invitado a Lucien como acompañante al baile de su graduación. ¿Cómo está Elena?

—No sabe qué estudiar, eso desquicia a su padre, pero creo que al final estudiará Bellas Artes.

—Es tan buena como tú.

—Es mucho mejor —dijo Sara con orgullo. Luego, el rostro de Sara se ensombreció al preguntar—: ¿Cómo está Lucien?

—Es una bomba de relojería a punto de estallar. Debes hablar con él.

—¿Por qué yo, Alis?

—No estoy segura de que cumpla el tiempo establecido que le otorgó don Ángelo para encontrar a Cinthia y tú eres la única a la que escuchará. Te lo debe y lo sabe.

Sara no estaba muy convencida, pero antes de discutir con Alis necesitaba al menos dos cafés y un par de horas de sueño.

—Esa historia de la cazadora de almas es…

—Tú te parecías como dos gotas de agua a una mujer que vivió dos siglos antes. En cambio, yo soy capaz de ver a todos esos monstruos y sí, Cinthia caza almas y las condena al cielo o al infierno. Es una de nosotras.

—Lo sé, pero Lucien es diferente a Denis o a Gerard. Es mucho más…

—Frío, calculador, irascible, tozudo y capaz de arrancarte la cabeza si te cruzas en su camino. Te aseguro que no pondría la vida de mi hija en sus manos de saber que supone un peligro para alguno de nosotros. Lucien no es perfecto, pero es el hombre más leal que conocerás nunca y ama profundamente a su familia, a toda su familia —recalcó.

Sus palabras incluían una clara insinuación a que a ella también

era parte de esa familia, aunque hubiera intentado matarla un par de veces y permitiera a los hermanos relacionarse en escasas ocasiones.

—Está bien —aceptó Sara.

Había pasado tres horas en un aeropuerto y su vuelo se había retrasado dos más, lo que menos le apetecía era discutir con Alis. Esa mujer tomaba las decisiones contra viento y marea, y nada de lo que le dijera le haría cambiar de opinión.

Al día siguiente, Sara esperaba a su cuñado Lucien en el restaurante del hotel, mientras saboreaba un delicioso té recordó las palabras de Denis.

«—¿Una escapada de chicas?».

«—¡No seas bobo! Ya no soy ninguna chica».

«—Lo serás siempre para mí».

Le dijo él, su Denis, como le gustaba llamarlo sin que él lo supiera.

Esos años junto a Denis o Jean Pierre le habían devuelto la fe en la familia y en el amor.

«—No seas mentiroso».

Le sonrió ella.

«—Aún recuerdo nuestro primer encuentro».

Ella también lo hacía y por eso aceptaba ver a Lucien.

Denis dejó el libro y se quitó las gafas. Su cuerpo, a pesar de los años, mantenía aquel magnetismo que aún lograba provocarle cosquillas en el estómago.

«—Yo preferiría olvidarlo».

Le dijo ella muy seria.

«—¡Vamos! Un chico recién llegado de París y una guapa pelirroja se lanza sobre él con una pasión inflamable».

Le dijo burlándose.

A Sara siempre le avergonzaría ese primer encuentro. Denis tenía razón, se abalanzó sobre él como una niña sobre un helado. Dispuesta a no dejar nada. Era suyo, había sufrido un infierno para salvarle la vida y no perdería el tiempo.

«—A veces tenía la sensación de que temías que desapareciera».

Le dijo con el rostro serio.

Sara esbozó una sonrisa, su marido nunca sabría la verdad, no destruiría su mundo perfecto, esos inventados recuerdos que lo habían salvado de la oscuridad. En algunas ocasiones, se sentía despreciable por impedir que Lucien los visitara, además, había puesto una condición a Gerard para ver a su sobrina y acercarse a su hermano. Jamás le confesaría quién era.

«—Siempre tengo ese miedo».

Reconoció ella.

Denis la rodeó con los brazos y la besó.

«—Ni el mismo infierno me separaría de ti».

Le prometió.

En respuesta, Sara sonrió de manera enigmática. Nunca imaginaría lo cerca que el cielo y el infierno estuvieron de destruirlos.

La llegada de Lucien la devolvió a la realidad. Apenas había cambiado. Necesitaba un lugar público para sentirse a salvo. Le agradecería siempre que hubiera ayudado a Denis, a cambio, incluso de su propia seguridad, pero no olvidaría nunca el temor que le provocaba desde que lo conoció.

—Sara, me alegro de verte.

—Yo también, Lucien —mintió, y le señaló la silla.

—¿Cómo está Denis?

—Jean Pierre se encuentra bien. Sigue enfrascado en sus tesis —pronunció ella para dejar claro que aquella vida no lo incluía.

—A Denis siempre le gustó estudiar. ¿Por qué querías verme?

Sara dio un sorbo a su perfecta taza de té y contempló un instante al ser que tenía delante. De los tres hermanos era el que más temor irradiaba cuando se convertía en un caído. Su sentido artístico le jugó una mala pasada, pero si jugaba bien sus cartas, quizá…

—Alis ha hablado conmigo.

—Tiene quince años, tiempo más que suficiente para conocerla.

—¡Y una mierda! —gritó Sara, llamando la atención del resto de clientes. Luego, dejó la taza con mucho cuidado sobre la mesa y bajó la voz—. ¡Ni se te ocurra acercarte a ella! ¡Me has entendido! No vivimos en tu época, las chicas de quince años no se casan con tipos de treinta. Por amor de Dios, tiene la edad de tu sobrina. Esperarás como es debido.

Un fulgor rojizo apareció en los ojos de Lucien. Pero Alis era demasiado lista, si hubiera sido ella la que le hubiera pedido aquello, Lucien se habría negado por completo. Sin embargo, a Sara le debía una compensación por las veces que quiso matarla.

»—No pondrás a mi familia ni a la de Alis en peligro porque… —señaló su entrepierna— no eres capaz de aguantar tus impulsos.

—¡Impulsos! —Emitió una carcajada.

Sara lo miró por primera vez y discernió que algo había cambiado en él. Ya no era el caído que trataba a los humanos como escoria. Gracias a Cinthia, había rescatado su humanidad.

—La amo, Sara, tanto que cinco años serán una agonía.

—Lo siento, Lucien, pero esa chica es una niña aún. Si fuera su madre, te mataría antes que un tipo como tú rondara a mi hija.

Sara nunca le había permitido visitar a Elena.

—¿Cómo es?

—¿Quién?

—Mi sobrina, Elena.

El temperamento de Sara se calmó por los remordimientos que sentía al haberle negado conocerla. Su cuñada le enseñó una fotografía, Lucien sonrió. Elena era el vivo retrato de su madre.

—Puedes visitarla el día de su cumpleaños.

—¿En serio?

—Sí, pero serás el hijo de una amiga. Jean Pierre nunca recuperó la memoria sobre su vida anterior y no quiero que…

—No te preocupes, el hijo de un amigo me vale.

—¿Esperarás?

—Lo haré —reconoció resignado.

Alis tenía razón. Lucien era un hombre leal con su familia, pese a todo, jamás los traicionaría.

—¿Qué haces? —preguntó Lucien al verla sacar un cuaderno y sus útiles de dibujo.

—Dibujarte, me he cansado de pintar ángeles de piedra. Tú aún estás vivo.

—Ni lo sueñes.

—Olvida la invitación al cumpleaños de Elena.

Ella se puso en pie dispuesta a marcharse.

—¡Espera! —La detuvo, emitió un gruñido, harto de las manipulaciones de sus dos cuñadas.

—¿Cuánto tardaremos?

—Un par de horas. La habitación es la 205.

Cinco años más tarde, era el día más importante para Cinthia, aunque se llamaba Claudia y cumplía veinte años. Ese mismo día se había tatuado unas alas en la espalda, sus padres no lo aprobarían, pero se había apoderado de ella un deseo irrefrenable de dibujarse esas enormes alas negras. Salió de la tienda y se montó en su coche, el contorno del dibujo le dolía. Debería ir a casa y tomarse un par de analgésicos, pero el depósito de gasolina estaba casi vacío. Así que se detuvo en una gasolinera donde un par de tipos golpeaban a un hombre rubio que no llegaría a la treintena. Retrocedió un paso y buscó el móvil en su bolso, pero no vio a otro de esos matones que la observaba.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —preguntó, y le quitó el

móvil de las manos. La tomó del brazo y la arrastró hasta la pelea.

—¡Suéltame! ¡Me haces daño! —gritó ella, y le dio una patada en la pantorrilla.

—¡Zorra! Si vuelves a pegarme, te juro que te mato —la amenazó.

Claudia se quedó inmóvil, petrificada por el miedo. Sus palabras no parecían ser simples amenazas.

—Nos la llevaremos —dijo uno de los que golpeaban al motorista—. Nos divertiremos un ratito. Es guapa, la zorra. —Uno de ellos tomó su trenza entre las manos y la olió.

—¡No me toques!

—La gatita tiene uñas. ¿Quién va a ser el primero? —preguntó a sus hombres.

—La última vez fuiste tú, me toca a mí —dijo un tipo que la superaba en estatura un par de centímetros y que necesitaba un buen baño.

—Lo echaremos a suertes —dijo otro.

Las risotadas aumentaron la desazón de Claudia. Entonces, vio a la víctima guiñarle un ojo para tranquilizarla. A pesar de los golpes, sus facciones eran atractivas. Se incorporó ante la sorpresa de aquellos monstruos y se la arrebató de las manos al tipo que la sujetaba.

—Discúlpame —dijo—. Solo será un momento.

—¡Creí que habías acabado con ese cabrón!

—Te juro que le hemos dado tantos palos que debería estar muerto —aseguró el que olía tan mal.

Lucien crujió uno a uno los dedos. Su estrenada mortalidad lo obligaba a ser cuidadoso. El resultado no le agradaba del todo, tenía una costilla rota y necesitaría un par de semanas hasta masticar con normalidad, pero sus años de guerrero le habían dejado un entrenamiento muy superior al de esos bastardos. Solo había esperado la ocasión, el momento en que ella pasara por allí. Don Ángelo organizó aquel ridículo espectáculo. En un par de minutos, terminó la contienda y se vio montada en una Harley, sujetándose a un desconocido al que, sin dudar, su corazón le gritaba que había amado siempre.

Claudia lo besó en la mejilla al bajarse de la motocicleta delante de su casa. Fue un acto reflejo, una necesidad imperiosa que surgía de cada una de las células de su cuerpo.

—Gracias por salvarme de esos monstruos —se obligó a decir.

Lucien seguía sin expresarse bien con las palabras. Temió fracasar, ya que dependía de él conquistarla, lograr que se

enamorara de nuevo, pero ya no era un ser celestial. Solo un humano que trabajaba en un taller reparando motocicletas. En cierta forma, lo intimidó el modo de vida de los padres de Cinthia y en lo poco que él podía ofrecerle.

—No ha sido nada —dijo, decidido a marcharse.

Estaba dispuesto a recibir cien golpes más solo por verla de nuevo. Entonces, ella posó la mano sobre su brazo y le dijo:

—Me gustaría verte otra vez, yo…

—¿Cuándo? —se apresuró a decir él.

Ella debía contestar «mañana» o «en un par de días», sin embargo, aquellos ojos azules, profundos, misteriosos y sinceros que proclamaban unas emociones tan intensas la empujaron a cometer una locura.

—Ahora —dijo ella.

Lucien sonrió y la atrapó por la cintura, atrayéndola con una desesperada urgencia. Todos esos años de incertidumbre y de espera los olvidó en el instante que sus labios se posaron sobre los suyos. En cambio, para Claudia aquel apasionado beso le devolvió los recuerdos de una anterior existencia, demostrándole quienes eran y todo lo que habían sufrido hasta llegar a encontrarse. Se apartó y lo miró a los ojos.

—Lucien, has tardado mucho en venir.

—Veinte años, lo suficiente para no ser condenado por corrupción de menores —se burló.

—¿Todavía es tuya esa cabaña en Rusia?

—Sí, pero necesitaremos un billete de avión y un coche para llegar hasta allí.

—¿Ya no eres un caído?

—Solo soy un hombre y espero que sea lo bastante bueno para hacerte feliz.

—Siempre me hiciste feliz.

Lucien la acercó a él, era incapaz de resistirse a su encanto. Saber que lo recordaba era más de lo que hubiera soñado jamás. Agradeció a don Ángelo que le hubiera permitido esa revelación, tanto uno como otro sabían que se debía a su generosidad.

En ese instante, el perdido jugaba una partida con un anciano y jubilado inspector de policía. Germán había enviudado, su soledad, le permitía permanecer más tiempo en Venecia.

—Jaque mate —dijo el inspector.

—¿Alguna vez te ganaré?

—Muy pronto, cuando tenga que presentarme ante ti.

Después de tantos años, Germán había llegado a tutear al rey de

las sombras, a veces, olvidaba quién era y le brindaba su verdadera amistad.

—No digas estupideces. Por cierto, mi viejo amigo, ¿no quieres saber cómo le va a los chicos?

—Eso es un poco pervertido.

—Soy Satanás. —Alzó los hombros—. Si no puedo ser pervertido, ¿qué me quedaría para divertirme?

Sus palabras arrancaron una torcida sonrisa en Dubois que acompañó con una tos profunda y preocupante.

—Está bien, ¿esta conducta no me restará puntos? —bromeó el inspector, y su pulgar señaló al cielo.

—Prometo no tenerlo en cuenta.

Germán no se acostumbraría nunca a viajar de aquella manera.

—Es igual que ella —dijo el policía emocionado al ver a Lucien besarla.

—Esta vez procuré que se pareciera y, además, retuviera los recuerdos.

—Eres un romántico —le dijo.

—Será mejor que nadie sepa que el rey de las sombras es eso —dijo, con fastidio.

—Un final así, requiere un final feliz.

—Ya tienen ese final.

Don Ángelo movió su bastón sin comprender al mortal.

—Si no fueras el rey del inframundo, te diría un par de cosas.

—Mi querido y viejo amigo, siempre me dices un par de cosas que no aceptaría de ningún otro. Con seguridad hubieran perdido la cabeza y condenado su alma al fuego del averno, pero tú tienes esa licencia gracias al ajedrez.

Dubois alzó la ceja, siempre se había preguntado la verdadera razón de aquella amistad.

—Entonces, llévalos a esa cabaña de Rusia. No hay nada peor para una noche de pasión y revelaciones que realizar miles de kilómetros.

Dubois lo miró con los ojos propios de un cachorro que le pidiera a su amo que le tocara la barriga. Don Ángelo sonrió con malicia.

—Vale, le daremos a esos dos lo que deseas.

—¿Qué me costará?

—¿Cómo haces esa jugada envolvente que no he conseguido evitar en todos estos años?

—Hecho.

Dos segundos más tarde, solo la Harley permanecía en medio de

la calle. Cinthia y Lucien no se sorprendieron.

—Supongo que esto será un regalo de mi padre —dijo ella.

—Imagino que sí. —Lucien miró a derecha y a izquierda buscando al rey de las sombras—. No estaré muy a gusto sabiendo que los ojos de tu padre me ven mientras hago esto a su hija —dijo, acercándola hasta él para apoderarse de su boca.

Cinthia se dejó llevar por esa paz que la invadía cuando estaba en los brazos de Lucien. Se apartó de su lado y tomó su rostro entre sus pequeñas manos. Lo miró fijamente y se reflejó en esos increíbles ojos azules que la conocían tan bien. Ella sonrió y el antiguo caído supo que al fin había recuperado su alma de las tinieblas.

Fin

Agradecimientos

Agradezco a Maribel Sanabria su paciencia y, sobre todo, esas tardes de comentarios y aprendizaje.

Concha Álvarez nació en Linares, Jaén, en enero de 1971. Es diplomada en graduado social y tiene conocimientos de informática. Apasionada de la lectura, su afición y vocación es la literatura. Desde hace trece años reside en Sevilla y, desde entonces, está volcada en el mundo de la literatura en general, y de la literatura histórica y romántica en particular. Ha sido ganadora y finalista de varios concursos de relatos. Con la editorial Edelvives publicó un libro de lectura infantil titulado Descubre tu país para el curso 2011-2012. También ha publicado los relatos *Voces Ajenas, La casa de los ladrillos rojos* y *La casa*. Imparte un taller de iniciación a la creación literaria, orientado a todos aquellos que quieren dar el salto de la lectura a la escritura. Trabaja impartiendo talleres a personas disminuidas y mayores.